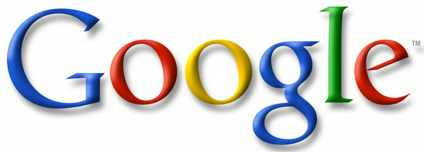

Google

CALL NO.

G868.83
M371h

TO BIND PREP.

DATE 7-9-68

NEW BINDING [x]
REBINDING [ ]
REGULAR [x]
RUSH [ ]
LACED-ON [ ]
BUCKRAM [ ]
SPECIAL PAM. [x]

AUTHOR AND TITLE

Martínez Sobral, Enrique.
Humo.

CATALOGUER dr

RETURN BOOK TO la

CARE IN TRIM: FOLD. MATTER [ ]
STUB FOR: T.-P. AND I. [ ]
LACKING NOS. [ ]
SPECIAL BOOKPLATE [ ]

CATALOGUE DEPT. BINDING INST.





PÁGINAS DE LA VIDA: — PRIMERA SERIE.

Enrique Martínez Sobral

Humo



GUATEMALA:
SIGUERE & CIA., EDITORES.
1900.



Humo

Humo



HUMO.

I

"....Hubo un instante en que pareció anegarse el país en la abundancia; en que el *comfort* llegó hasta el fregadero y las costumbres rechisparon de flamantes y vistosas y creyó el más pobre que había caído de pie en mitad de la famosa Jauja...."—*Don José María de Pereda.*

UN MAL escritorio de caoba, con las aristas gastadas y los pies no del todo en idéntico nivel; descomunal y antiguo, cubierto de una carpeta de ahulado verde, encarrujada ésta en las puntas y de la cual aparecía apenas tal cual fragmento emporcado con tinta, de tal suerte la cubrían los objetos yacentes sobre el escritorio. Que eran: un cartapacio negruzco, indigesto de papeles; quince botecillos de vidrio con tapaderas de latón y sendos rótulos — depósitos de azúcar, *mascabado*, *rapadura*, semilla de *teocinte*, garbanzos, alubias, guisantes y muestras de otros artículos heterogéneos; una pizarrilla blanca, para escribir en ella, con lápiz, los negocios, si les había, las citas, los compromisos; un cuaderno algo grasoso con esta leyenda en caracteres gordos: *Apunte de las personas que dan dinero á premio, con sus direcciones y capitales disponibles;* los títulos de una finca, formando un rollo de papeles, sujetos con un listón de azul y blanco; un número de *La República* y otro del *Diario de Centro-América*, los dos sin desflorar; una revista

del mercado de Londres, firmada por Rosing Bros. & Compañía; una bomba neumática y un farol de bicicleta; un tintero descomunal, empolvado, con una nata gris sobre el licor; "Doña Magnífico en busca de su marido," novelucha de Paul de Kock, con un grabado obsceno en la cubierta, de pésimo dibujo; tres canuteros con plumas roñosas; una regla y un cuchillo; dos frascos de tinta, rojo el uno, verde el otro; un juguete; una pieza de casimir; una botella de *Whiskey*, *Noble Old Bourbon*, casi vacía; otra de *Apollinaris;* un anuncio de las maquinas de escribir *Hammond* y una de las anunciadas, abierta, con un papel levemente azul, escrito á medias; un teléfono de escritorio, con su pararrayo de rúbrica; una lista de subscriptores de la compañía de teléfonos y una mano de papel secante. En las paredes se miraban, un almanaque *exfoliador* de Síguere y Compañía, con números rojos y negros, lleno de notas y apuntes; un mapa de las aventuras del café en los últimos diez años, con líneas ascendentes y descendentes, azules, rojas y negras, comprensibles sólo para los inteligentes; dos cuadros viejos, de muy vergonzante factura, con episodios de la vida de Gil Blas de Santillana; un mapa de Guatemala y el retrato de un señor calvo é imberbe más un reloj descompuesto. En el piso hasta seis sillas, no todas muy católicas de patas; un señor sofá, antediluviano é inmenso, antigualla digna del museo, con forro de cretona y muy injuriado del tiempo que nada respeta; una caja de hierro tomada de orín y los ladrillos pelados y sucios. Sobre la caja, que era muy grande, había otra de puros y una figura sin marco, un cuadro-anuncio representando un vapor de la

Compañía italiana, *La Veloce*, con la leyenda *Servizi celerissimi trastlantici*. Junto al sofá dos escupideras llenas de colillas de puros y cigarrillos que apestaban; en un rincon, medio ocultas, una escoba y una regadera, al parecer inútiles, dada la poca limpieza de aquella covacha. En la puerta de la cual había una vidriera con una inscripción que decía: *dinero á premio con hipoteca ó firmas.* Todo denominado protegido é individualizado por medio de un cartelón enorme con esta leyenda en letras de plata, pintada por Cecilio Soto: *Nicomedes Cortina.—Agente Comisionista.*

En aquella oficina ó despacho ó covachuela, se encontraban matando el tiempo, reventados de ocio, el propietario y su inseparable amigo Chico Fernández; y los dos, por falta de otro asunto, hablaban de sus recuerdos del colegio, del tiempo en que ambos hacían novillos ó padecían bajo la férula del dómine. Era entonces Nicomedes un chiquillo de doce á trece años, lleno de gracias y de habilidades, más vivo que una ardilla y más listo que un conejo—según decían sus condiscípulos que le admiraban y se lo ponían sobre la cabeza, cuando no andaban con el á trompicones. Tenía por los estudios aversión decidida é invencible y las horas de clase se le iban comiendo maní y habas tostadas, cazando moscas para ponerlas luego en libertad con un hilo muy largo, pegando en el cielo raso muñecos de papel por medio de obleas de pan mascado ó "fotografiando" el catedrático en los márgenes de los textos, que eran una compasión, según los traía de rotos y de mugrientos. Era inteligente y despabilado; y aúnque jamás supo lección de ninguna especie, no se quedaba sin contestar así le preguntaran sobre cálculo diferen-

cial, pues por responder, respondía aunque fueran disparates :

—" Niño ¿cual es la capital de Venezuela ?"

—"¡ San Petersburgo !" decía á gritos con el mayor aplomo y se quedaba tan serio.

En otras asignaturas era gran *jerguista* y hablador inagotable y hubo dómines que se quedaran bobos ante la ola inmensa de su charlatanería, en la que nunca faltaba incomprensible mescolanza de verdades y de mentiras, traídas por los cabellos.

Confesaba él que no había nacido para los estudios y que su vocación lo llamaba al comercio. Y él y Chico Fernández recordaban riéndose que Nicomedes vivía continuamente en tratos y en trapicheos, cambiando y permutando, haciendo *cachas*, como se denomina eso en el caló de las aulas. Siempre se le miraba ocupado en grandes negocios y en complicadísimas operaciones de que eran materia panes con queso, naranjas y otras frutas, timbres de todos los países del mundo, dulces, papel, libros, plumas, álbums, cigarrillos, naipes, trompos...; y siempre salía gananancioso. Llevaba una especie de contabilidad que nadie sino él entendía y era dueño de una gaveta á la que los muchachos llamaban *el archivo*, depósito general de los frutos de sus rapiñas y de sus tráficos, cuyo inventario hubiera sido curiosísimo.

Como no le daba el naipe para las ciencias, le sacaron sus padres del colegio, casi al mismo tiempo que Chico Fernández abandonaba los estudios, declarándolos idiotas é insufribles. Realizó entonces Cortina su sueño de dedicarse al comercio; y cayendo aquí, levantándose acullá y tropezando acá, estuvo en seis ó

siete tiendas ó *almacenes*, siempre mal pagado y siempre descontento, porque decía que necesitaba campo más vasto del que le ofreciera el mostrador para ejercitar como debía sus "dotes" y sus "disposiciones," que verosimilmente á los negocios y al alto comercio le llamaban. Y al cabo de algunos años resultó establecido por su cuenta y era un flamante y acreditado Agente Comisionista.

Frisaría entonces en los veintidós y los llevaba bizarramente. Era alto, bien hecho, moreno, con un bigote incipiente y muy poco de barbas; ni feo ni hermoso, pero simpático y dúctil como él sólo; tenía don de gentes y gran ciencia para amoldarse á todos los gustos y á todos los caracteres; era serio con el grave, guasón con el alegre, católico con el católico y judío con el judío. Con la misma facilidad penetraba al despacho del mas empingorotado gerente de Banco, como á la venduta de sal de la regatona de menos fuste del mercado; y en ambas partes se movía como el pez en el agua y estaba en su elemento. Su verbosidad en vez de disminuir, dijérase que aumentaba con el tiempo, como si Nicomedes creyera que en su lengua debía cifrar mayores esperanzas que en su cerebro. ¡ Ay de vosotros, si le veíais venírseos encima armado de un bono — por ejemplo — determinado á hacer que comprarais el papelucho, á bonificaros, como si dijéramos! Lo menos había para que os volvierais locos ante el caudal inagotable de sus palabras, ante sus ponderaciones de la excelencia del negocio...... ; y le comprabais el papel ó reventabais ú os dejaba con dolor de cabeza. Tenía familia: su madre y una hermana, pobrísimas, á cuyo sustento ayudaba él con su

trabajo. Su casa era un zaquizamí casi miserable, una zahurda mal amueblada, no en mejor pié que su oficina; pero el vestía elegantemente y comía de ordinario en el *restaurante* más acreditado. Porque decía que para su profesión, nada tan bueno como aparentar, aparentar mucho y siempre; y él aparentaba maravillosamente, lo que le había valido para hacerse de dos ó tres amigotes entre las gentonas de peso de la capital, amistades que andando el tiempo habrían de serle muy útiles, según pensaba.

— "Hablemos ahora de tus negocios," dijo Fernández, que se interesaba con las confidencias de su amigo.

Pues sus negocios, á juzgar por los anuncios que él ponía en los periódicos, eran complicadísimos; abarcaban todo lo humano y aún algo de lo divino y se hacían siempre por cuenta ajena. Compraba y vendía ú ofrecía comprar y vender — que para él era lo mismo — todo lo imaginable; desde la revuelta balumba de papeles públicos—bonos del ferrocarril, bonos de la deuda flotante, bonos de los tres millones, recibos de empleados, billetes del tesoro, etc., hasta las mercaderías más heterogéneas: café, jabón, cacao, velas de estearina, casas, créditos, alhajas, giros, fincas, manteca importada, harina, sal, azúcar, papel sellado, timbres...... una babilonia. Corría con expedientes de matrimonio y juicios de tierras; buscaba colocaciones y se encargaba de todo lo que buenamente quisieran encomendarle. En sus anuncios decía: "¿Le hacen pago á Ud. con mercaderías y no halla qué hacer con ellas? ¡Mándelas donde Nicomedes Cortina! — ¿Se le pierde á Ud. un perrito y no hay modo de encontrarlo? — ¡Busque á Nicomedes Cortina! — ¿Embarga Ud. y no

encuentra donde depositar lo embargado? — ¡ A Nicomedes Cortina con ello! — ¿ Quiere Ud. vender sus muebles en pocos días? — ¡ Nicomedes Cortina es "su hombre!" — Y así sucesivamente. Fuera de que al pie de los anuncios se leía infaliblemente ésto, en la lengua de la torre de Babel y tal como aparece escrito: "Se habla español" — "On parle francais" — "English spoken" — "Mann spricht deutsch" — "Si parla italiano."

— "¿ Y por qué no catalán y portugués y tágalo, idiomas que conoces tanto como los otros?" le preguntó Fernández.

Además de todo ese variadísimo tejemaneje de negocios diversos y de lenguas vivas, Nicomedes diz que compraba, vendía, alquilaba, construía y pintaba casas. Por último, era su especialidad colocar y conseguir dinero á mutuo con hipoteca ó con firmas.

— "Debo yo declarar á fuer de verídico y sincero," dijo Cortina, "que toda esta balumba de negocios y de comercios y de idiomas, apenas existen en otra parte que en mi imaginación acalorada y en los anuncios que pago en los periódicos." — Y era la verdad. De lenguas constábale á Chico que no hablaba sino el español, si bien lleno de provincialismos. — Por ejemplo decía *opcionar* por enamorar; *cachar* por obtener; *tráido* por sujeto; y *desde hoy* por "hace un momento." — Todo lo confesaba él á su íntimo; y si no lo hubiera querido confesar, mostráralo á dos leguas su oficina, que no era ni con mucho la *bolsa* necesaria para las grandes transacciones de que él se ufanaba; más parecíale — y Fernández le concedía la razón — que para seducir á un público, para *engaratusarlo*, como

él decía en su pintoresco idioma, nada mejor que anunciar, anunciar siempre, mucho bombo, demasiado bombo.

—" El público es muy bestia," era un aforismo que no se le caía de los labios y que comunicaba á sus amigos de confianza. Los cuales pensaban que no iba descaminado con el tal aforismo.

En realidad de verdad, sus negocios eran bien limitados y bien asenderados. Hecha á un lado toda la bambolla, tan conforme con el gusto de la época, se reducían sus escarceos á tal cual gazapo descubierto por aquí, á este dinerillo colocado, al girito de más allá; porque todas sus "operaciones" se encerraban en dos: la busca de capitales á rédito y la compra y colocación de giros sobre el extranjero.

--" Y pásanme á veces con ambas cosas aventuras muy chuscas, cuando no desagradables; sudo con ellas la gota gorda y apenas logro obtener la congrua manutención, debido á la infinita caterva de competidores con que tengo que luchar......"

—"Vamos!" interrumpió Chico Fernández.—"Como que hubo vez que corrieran veinte ó treinta comisionistas, jadeantes y desalados, tras el mismo negocio, que dijérase que habían hecho apuesta al que llegara primero; y ya se ve, muchos son los canes y poca la cacería."

Era, pues, frecuente, que un día de tantos, tal vez aquel en que el pobre agente llevaba ocho ó más de no cambiar saludo con una peseta, penetraba al infecto "despacho" un "cliente" de muchas ó, por lo menos, de algunas campanillas; y después de la plática de rúbrica acerca del "cambio" y de las "cotizaciones,"

le confiaba que tenía singular urgencia de cinco mil pesos, ni uno más ni uno menos, al doce por ciento anual; y que para conseguirlos estaba dispuesto á dar hipoteca de la Catedral, si era preciso, ó la firma del mismísimo Rothschild.

—"Y mírame tú, mordiendo en ese anzuelo, tomando tres ó cuatro notas abreviadas é ininteligibles en mi cartera, dando cita al cliente ó recibiéndola de él para "mañana á las doce" y......en campaña! Desde el Banco Internacional hasta la zahurda del más perro de los prestamistas; desde el lujoso "despacho" del "banquero" de tono, hasta el inmundo montepío ó *montepillo*, como en rigor debiera decirse, todo lo ando, todo lo recorro y lo husmeo, en busca de los cinco mil consabidos pelucones. Dos, tres y hasta quince días desperdicio, hecho un azacán, en vueltas y revueltas, en idas y venidas, quizás no más útiles que las de la ardilla de la fábula. Aquí me citan para "mañana á la una" y al día siguiente sólo me reciben el loro y los canes: allá me hacen volver diez veces y salen á lo último con que el negocio es imposible, si no por haldas, por mangas; los de más alla visitan conmigo la casa que ha de hipotecarse; la examinan desde los techos hasta los sobradillos; la ponen un millon de defectos; inquieren si es ó no *consolidada;* si la habitó en algún tiempo gente *non sancta;* dicen *si*, después de vacilar cinco años, de ir al Registro, de consultar con abogado; y á lo mejor no sueltan la *mosca* porque ya no les da la real gana. Otras veces, ya arreglado el negocio, después de ímprobo trabajo, me ocurre que, al ir por el dinero, salen con ésto ó con algo parecido:—"Lo siento mucho, mi amigo, pero ya

dispuse de los fondos." — "¿Pues qué?" — bramo yo hecho un energúmeno, aunque conteniéndome.— "¿No tenía yo su palabra, no había formal compromiso, no juró Ud. ayer darme "ese pico?" — "Si...... es cierto......pero ¿qué quiere Ud.? Hubo quién me diera mejor interés y......ya sabe Ud. el dicho de los yankees; *business is business:* negocio es negocio." Y yo salgo rabiando y maldiciendo del cliente y de los yankees con el dolor de no poder saltar al rostro del informal para arañárselo......"

Terminó la parrafada y se paseó por su oficina; y, recobrando el aliento, siguió en sus quejas. No pocas veces, después de sudar sangre en aquella caza encarnizada del dinero, después de dar más vueltas que una peonza, después de soportar negativas, desprecios, desconfianzas y malos modales, lograba conseguir la apetecida suma, y al comunicárselo á su cliente; — " Lo siento mucho," le decía éste; " pero precisamente hoy hace quince días que me consiguió ese dinero el comisionista Gómez, á quien tambien di el encargo......"

Fuera de que, por regla general, después de cumplida la comisión le dejaban viendo el cielo estrellado en materia de honorarios. — "¡Ladrones, ladrones!" decía entonces Nicomedes, mostrando el puño lleno de impotente furia, casi llorando......

— "Pues ¿y los giros?" — continuó Cortina diciéndole á Fernández — "Los giros son mi otro gran negocio, el que me autoriza para meterme en todos los bancos y en todas las casas de comercio, el que me permite darme estos mis aires que tú me ves, de persona de tomo y de importancia, disertar sobre los mercados

extranjeros, publicar cotizaciones......Y ocurre con los giros algo semejante á lo que con el dinero á mutuo. — Me encargan, pongo por caso, que busque una letra sobre Nueva York, ofreciéndome suculenta comisión; me dan todos los datos consiguientes; me dice mi hombre dónde debo buscarle á tal hora y dónde á la otra; y mírame corriendo y sudando.—A lo mejor llego á un banco y después de hacer antesala durante cuarenta minutos, logro hablar con el gerente. Pon tú que me recibe bien, y pon que brinco de júbilo al oir cómo me autoriza para contar con el giro al doscientos si el tipo le conviene al comprador. Y cuando ya me marcho: — "Oiga Ud. señor Cortina; esta proposición la sostengo sólo veinte minutos.—Son las tres y media; si á las cuatro menos diez no ha vuelto Ud. con el dinero, el tipo ya no será el mismo." — Y allí me tienes á mi, al "buen Nicomedes," como me dicen, hecho un buscapiés atropellando gente, galopando por las calles para llegar pronto á casa del comprador, porque, en efecto, el negocio vale la pena y yo podré ganarme regular estipendio.—Llego á la casa y el hombre acaba de salir para el Club, aúnque había quedado esperarme; acudo al Club y el maldito no se ha asomado por ahí en ocho días; pregunto por él en el Gran Central, á donde sé que va con frecuencia y me informan que acaba de irse, que tomó un trago hace un instante y se marchó con dos gringos, no se sabe en qué dirección...... Huyo del Central y por milagro de la Providencia encuentro á mi hombre que pasa en el tranvía; corro, grito salto, ya estoy en el carro, echando los bofes...... Lo mejor que puede sucederme, es que el hombre me diga: "El

tipo me conviene...... tome Ud. un cheque...... y su comisión la arreglaremos después......" Y armado del cheque, corro otra vez hacia el Banco, al cual llego como llegó á Atenas el soldado de Marathón: reventado.— Me cuelo por la gerencia; y el gerente, muy agrio, me parte por el eje.—"Son las cuatro menos cinco; ahóra podríamos hacer el negocio al trescientos, si le conviniera......"

Vistos estos antecedentes, por el arte de los cuales solían ser todos los negocíos de Nicomedes, hecha excepción de algunas felices casualidades no muy frecuentes, Chico Fernández comprendió por qué su condiscípulo, su querido compañero, vivía renegando de su suerte, desesperado de su oficio, y por qué sus faltriqueras no adelantaban á su guisa ni aún como sus necesidades más perentorias lo demandaban.—Y en efecto, el pobre estaba más pobre que cuando era simple dependiente de comercio. Los cuadros de su despacho, el reloj, el escritorio, hasta las sillas, no eran cosa suya sino propiedad de algún cliente que se los había dado en comisión de venta; y él se limitaba á sacarles el "usufructo" mientras se vendían.—En su casa padecíanse miserias y trabajos: la mamá y la niña "cosían ajeno" para ayudarse; la comida dijérase hecha en el botiquín homeopático, tal era de tenue y de líquida...... ; y, con todo, Nicomedes debía andar muy finchado y muy decente, para que no le hicieran ascos en el "comercio" y en la "banca."

—"Mira chico," decíale á Fernández: "éste es un oficio de perros ó de negros, un oficio endemoniado. Son muchos los diablos y poca el agua bendita.—

La "plaza" es muy pobre; los otros comisionistas harto "tigres," los clientes muy roñosos é informales, los prestamistas no tienen seriedad, ni vergüenza, ni nada...... Yo me suicido trabajando; á todos hago zalamerías, aúnque me encuentre con humor de canes; yo corro, vuelvo, torno, subo, bajo, vocifero, anuncio, acciono......; y ¡caramba! apenas gano, y me quemo la sangre y tomo cada cólera que tiembla el misterio. —Nada: que ya estoy harto y fastidiado de esta broma de "ganarse la vida con el sudor de su rostro:" yo quiero algo mejor y de más substancia, ganancias fáciles, combinaciones felices que me permitan enriquecerme pronto, como ante mi vista se han enriquecido tantos sin matarse trabajando."

Y para concluir:—"Querido ¿quieres hacerme el favor de prestarme cinco pesos que te pagaré cuando pueda?" Y le reveló que aquel día no había almorzado, ni buenamente se le alcanzaba el medio de pillar su piscolabis matutino.

Fernández le dió los cinco pesos y Nicomedes hizo sus cálculos: "un peso para el almuerzo y otro para la comida en el "Restaurante Central," son dos pesos; otro para cerveza y cigarros, son tres: me sobran dos para convidarte esta noche al circo."

Luego salieron de la oficina y Nicomedes descubrió á un cliente que venía por la otra acera.—Se despidió rápido de Fernández y éste lo vio dirigirse al hombre, detenerle, saludarle, sacar de la faltriquera unos bonos de color verde, restregárselos por las narices, argumentar, patear, marcharse con su presa......

II

—" ¡ Basssta......no másss......fuera manosssss ! "

Y un hombrecillo imberbe, de pelo hirsuto y aborrascado, vizco de un ojo, no muy sano del otro, con el cutis curtido, la boca tuerta, feo él como una maldición, impulsó la bolilla de marfil en la ruleta y se quedó mirando al público desde el cajón en que estaba parado. Los ojos de los jugadores siguieron con febril ansiedad los movimientos de la esfera aleatoria ; la vieron hacer su translación vertiginosa por sobre los números impasibles ; la vieron correr cada vez más lenta, amortiguar sus giros, saltar de los negros á los rojos, cual si dudara del sitio en que debía quedarse, parar por fin y resolver las apuestas con fallo inapelable.

— " ¡ Treinta y tres colorado ! " gritó una voz ronca y anodina, proclamando la solución del viaje de la esferilla ; y al punto cuatro manos que por lo rápidas dijéranse de prestidigitadores, cuatro manazas peludas y groseras, armada cada cual de una paleta, recogieron en un santiamén los rimeros de pesos y los mazos de billetes que en la mesa estaban de manifiesto. — Los últimos se abismaron en un enorme cajón lleno de papeles de todos los colores y de todos los bancos ; los otros aumentaron el ejército de columnas de á diez duros cada una, que cerca del banquero se veían en formación correcta. Quinientos pesos, ni uno más ni uno menos, quinientos pesos en billetes de lomo verde, le fueron contados inmediatamente á Nicomedes Cortina—el único á quien la veleidosa bolita dejara ganan-

cioso...... Y mientras que éste rectificaba la cuenta, se operó entre los circunstantes gran confusión, cual si á la quietud de la espera necesariamente sucediera la tempestad de las apuestas nuevas. — Comentaban el pasado lance, contritos de no haber tenido buena suerte y sacaban de sus bolsillos más pesos y más billetes para colocarlos sobre sus números favoritos, sobre el color de sus simpatías. — Todos agitados, impresionados todos, á fuer de noveles jugadores, de pobretes de poco más ó menos, sin costumbre del juego, cuyos azares buscaban como uno de los atractivos mayores de la feria de agosto.

— "¡ Basssta......no másss...... fuera manosssss ! " tornó á silbar la vocecilla del vizco, con movimiento inperceptible de los labios é inflexiones de gallo acatarrado y el círculo de jugadores se estrechó más junto á la mesa, para seguir con inquieta mirada el nuevo viaje de la esferilla. — La cual con su rodar continuo llevaba en sus vueltas inconscientes, el secreto de las futuras ganancias y de las pérdidas futuras. — Nadie pestañeaba ; nadie vivía allí otra vida que la vida del juego, importándoles á todos muy poco el formidable barullo ambiente, cual si todas sus energías hubieran caído en suspensión súbita, cual si no tuvieran ojos sino para ver los movimientos de la bola y los números del tapete, cual si sus oídos sólo pudieran transmitirles el ruido cadencioso de la esfera que rodaba en su órbita engendrando ciegamente la suerte ó las palabras del que anunciaba los números triunfantes. — El cual en efecto, dijo : — "¡ Casa chica ! "......

Y las manos tornaron á operar sobre la carpeta, para retirar monedas y billetes y abismar en el cajón

las ganancias obtenidas; y Nicomedes Cortina tornó á embolsarse los quinientos pesos con que la fortuna lo favorecía por tercera vez aquella tarde. — Todos los presentes le miraron con ojos de envidia y de sorpresa, preguntándose si tendría algún secreto ese demonio, alguna *mascotta* que le permitiera adivinar de antemano los fallos de la suerte; y hasta el hombrecillo tuerto le consideró un instante, intrigado por aquella protección asidua de la fortuna, sorprendido ante ese que ya, para él, era hombre extraordinario.

Nicomedes no había perdido el juicio con las ganancias. — Llegó á la ruleta con veinticinco pesos — préstamo generoso de Fernández y su único capital para divertirse durante la feria de agosto — y se puso al juego por jugar, por hacer lo que todos hacían, por curiosidad de ver la cara que le hacía la suerte. — E iba de ganancia y era el primero en pasmarse de su buena estrella y en reirse del aire respetuoso y beato con que le determinaban los admirados horteras y los paupérrimos estudiantes congregados en torno de la mesa, que en él descubrían un ser superior, modelo digno de admirarse y de imitarse.

El buen sentido le decía que tomara las de Villadiego con los mil quinientos pesos que tenía en la faltriquera, representándole la dificultad de que aumentara sus despojos; pero por la otra oreja, la ambición, con mil engañosos argumentos, le deslizaba que tal vez ganaría más, azuzándole para que cogiera á la calva ocasión de hacer dinero, por el único cabello que le presentaba.

De pronto tuvo una salida genial, y dirigiéndose al banquero:

—" ¿ Acepta Ud. mil quinientos duros al colorado ?"

—" Sssi......" silbó el vizco, y toda la concurrencia se apuntó al rojo, para que sus pesos hicieran compañía al incongruente montón que en él depositara Nicomedes......

—" Bassta......no másss......fuera manosss......"

Y la bolilla rodó.

El resultado de formidable batalla en que estuviera comprometida la suerte de muchos pueblos, no se espera con más ansia que esperaron los jugadores el fin de aquella apuesta, prudente por parte de la generalidad, insensata y loca por la de Cortina. — Todos tenían los ojos clavados en la esfera y hasta el vizco se alteraba, á despecho de su voluntad de parecer impasible. Se hubiera oído el vuelo de una mosca en el gran silencio que reinaba, contrastando con el ruido atronador de la fiesta. Los ojos dijérase que querían hipnotizar al globito, para hacerle detenerse en el color ambicionado, en el que á todos había de traerles ventura.

—" ¡ Diez y seis colorado ! " rugió por fin la voz, y un *hurrah* formidable brotó de los labios de la asamblea y fue á confundirse con los otros ruidos de Jocotenango. Fué entonces para la banca el vomitar de sus ganancias, el pagar á todos aquellos famélicos que la ponían sitio ; pero el cajón de billetes parecía inagotable y el compañero del tuerto pagó tranquilo é indiferente.

—" ¡ Bravo Nico ! " vociferaron muchos de los presentes, dando palmadas de gozo, en tanto que Cortina, sofocado y encendido, con nervioso movimiento, depositaba sus tres mil pesos sobre el color negro, y diri-

giéndose al vizco, en irreflexivo arranque, en una de aquellas salidas involuntarias é instintivas, que dejó boquiabiertos á los jugadores, le preguntó si admitía aquella suma de una sola vez.

—"¡Sssi!" dijo el hombrecillo, picado ya, sin duda con la esperanza de recuperar de un golpe lo perdido.

Se repitió la escena, rodó la bola, hubo ansiedad, amortiguó su marcha, se detuvo—¡seis mil pesos! Y al embolsarse aquella suma, Nicomedes sintió que una luz laudable se encendía en su mente y en vez de seguir apostando, se abotonó el saco con gran flema, se encajó bien el sombrero, como para asegurarse en la posesión de sus billetes; y, encarándose con el banquero:—"Hasta otras vistas, *mio caro*," le dijo entre risueño y formalote. El vizco puso la cara aún más horrible de lo que de suyo solía gastarla; pero no dijo esta boca es mía. Los papanatas cayeron sobre Cortina, con animo de disuadirlo de su resolución prudentísima.

—"¿Qué, no juegas más, Nico?"

—"¡Mira que vas á hacer saltar la banca si te quedas!"

—"Estás con un *flux* terrible, tú."

—"Si no huyes, esta noche nos cenamos al tuerto......"

Y otros reclamos por el estilo.

Para el ganancioso, como si callaran, tan bien montado estaba en su prudencia.—Les miró á todos con aire de infinito desdén y se marchó de la ruleta, contoneándose con tufos de persona de importancia.—Hasta entonces no había reparado en el espectáculo

interesante y animadísimo que ofrecía Jocotenango en aquella tarde, por excepción buena y hermosa. — El cielo, cual si le hubieran lavado las lluvias de por la mañana, era azul y apenas algunas nubes rompían la pureza de su bóveda.

Caía la luz sobre el paseo, reflejándose en las hojas húmedas de los árboles que parecían de esmalte, en los charcos de la calzada, removidos constantemente con el pisar de los caballos, en las cubiertas lustrosas de los carruajes. — Vecinas á la ruleta que sirviera de teatro á las hazañas de Nicomedes y en la cual aún se oía como el ruido que hace el vapor al escaparse por las válvulas el sempiterno "Basssta......no másss...... fuera manosss......" del banquero, se miraban sobre veinte tiendas de lona, igualmente concurridas, improvisados templos del azar y de la trampa, garlitos de cándidos que allí dejaban sus dineros, sin tener ninguno la suerte asombrosa del comisionista. Hasta cinco serían ruletas, con sus enormes tapetes verdes, llenos de números y de colores, con sus pilas de monedas, con su público embobado en la contemplación de la bolita. — En otras, algunos rufianes jugaban á los dados, en cubiletes con cascabeles, cantando coplas de mal gusto, obscenas á las veces; en tanto que los simples, en torno de ellos congregados, apuntaban medios y cuartillos á los diversos palos de un naipe que bajo de un vidrio mirábase de manifiesto; más allá era un mexicano, con descomunal sombrero de forma de pilón de azúcar, chaparro él y de mala catadura, que manipulaba con una baraja de su invención, llena de figurillas grotescas, las cuales anunciaba con voz triste de flauta inharmónica: "El que le cantó á San

Pedro......" y exhibía un gallo necesitado de especial declaración para reconocérsele...... "Vinieron los pronunciados......" y salían dos como ginetes y el hombre se "pronunciaba" con el dinero de las apuestas...... Allende era un pez con una aguja en la boca, con la cual aguja señalaba números rojos y negros; aquende algunos pretendían hacer que un tejo cayera en la boca de un disforme batracio de bronce; en el extremo se arrojaban argollas sobre cuchillos hincados en el suelo...... Y de toda la gran colmena humana, alegre y gozosa de vivir; de todos aquellos pánfilos que se dejaban explotar por ruleteros, por *chingolingueros* y por el hombre de los "pronunciados," se desprendía un rumor confuso, una especie de zumbido con inflexiones altas y bajas según se calmara ó según subiera de punto, matizándose con gritos, con interjecciones, con juramentos, con bufidos, con bofetadas — multitud en fiesta. — Todo bajo frondosos árboles, embellecido por el sol poniente cuyos rayos se filtraban por entre las ramazones de la gran ceiba de la plaza.

Cortina atravesó la senda enlodada por las últimas lluvias, recogiéndose solícito los pantalones para que no los ofendieran las máculas del suelo; pasó entre el aún no concluído monumento de Morazán y la vetusta fuente fea y sin gracia que hace vecindad á la ceiba y se halló al otro lado, con espectáculo distinto, con otra colmena no menos abigarrada, en muy diversos asuntos entretenida. — Mirábase allí copia de mujeres sentadas á la turquesca, con grandes cestos atestados de cacahuetes, de habas tostadas, de nueces, de dulces, de rosarios multicolores cuyas cuentas eran azucarillos

forrados con hojas de maíz, de frutos diversos, todo revuelto, en pintoresca confusión de colores y de perfumes, excitando las miradas golosas y los apetitos de multitud de chiquillos que por allí libremente ó de la mano de personas mayores vagaban. — Había puestos de venta de horchata, cantinas improvisadas llenas de cerveza y de agua gaseosa, mesas con agua de canela y otros brevajes sosos é insípidos, músicas ambulantes que hacían oir sus piezas machaconas, tiendas de artículos diversos, gente que paseaba, gente que comía y que bebía y gente ebria que se entregaba á todo linaje de disparates. Los chicos compraban golosinas y se daban atracones mayúsculos en medio de una batahola de todos los diablos, las madres se volvían locas entre el bullicio, temerosas de atropellamientos posibles y aún probables : en las tiendas se regateaba, se preguntaba y se pateaba ; el tranvía, atestado de gente, de cinco en cinco minutos iba y volvía, sonando campanillas y trompetas para abrirse paso por entre la multitud abigarrada ; los coches lentos dijéranse temerosos de apachurrar á la gente ; y en medio de todos, Cortina, con aire feliz y satisfecho, con la cara riente y el cuerpo henchido de júbilo y los pies con cosquilleos inquietos, sentía ímpetus de gritar con todos sus pulmones : "Yo he ganado seis mil pesos !"

Después se dirigió por la calle principal de Jocotenango, hacia el Sur, ganoso de recorrer el rústico *boulevard* á esas horas repleto de gente ; y al par que caminaba y al par que se distraía con el gentil espectáculo del paseo, daba libre rienda á sus pensamientos y edificaba castillos en el aire. — Al comenzar de la calle la música marcial, de todo lujo, tocaba con es-

truendo una de las piezas favoritas del público ; por las aceras descubríanse tipos de toda suerte, recorriendo infatigables la alameda. Todos alegres y jocosos, no pensando sino en divertirse, cual si no tuvieran ajetreos y preocupaciones ; las muchachas bien empolvadas, luciendo los trapitos de cristianar, llevando á cuestas la casa echada por la ventana ; cuales en compañía de mamás respetables, cuales del brazo de sus novios y cuales — si aún no se las autorizaba para libertad tan grande — empeñadas con ellos en ejercicio telegráfico que ni conoció *Morse* ni inventó *Marconi*.— Eran las dos aceras un derroche de todas las notas y de los tonos todos, de todas las edades y de todos los semblantes ; todos reveladores del contento, cual si en los tres días tradicionales de agosto se abriera un paréntesis á las penas y á las amarguras en que tan pródiga es esta vida mala. La ciudad entera, su estado medio, mejor dicho, íntegro, andaba á pié por aquel paseo encarnando la risa y el júbilo, la frivolidad amable y placentera. — El vistoso espectáculo infundía la ilusión de gentes en verdad felices, sin permitir que se viera el triste precio de no pocas de aquellas venturas y de muchos de aquellos lujos, deseados rabiosamente; sin dejar trascender las penas del empleado que para aparentar hubo de vender su sueldo, las del pobre hombre que contrajo deudas para poder lucir lujosas á sus hijas, las del que todo lo tomó al crédito y las del que ese día no almorzó para poder concurrir elegantemente al paseo ó las de aquella cuya honra sirvió de precio al goce inestable de un minuto...... La superficie era lo único que se miraba : cabellos blancos de ancianos venerables, al lado de moños negrísimos de chicas

pizpiretas ; todas las telas y todos los matices confundidos como en la paleta de algún artista demente ; la ilusión realzando bellezas naturales y bellezas artificiales ; ojos que parecían ascuas ; bocas rojas ó enrojecidas, talles delgados, sombreros con luengas plumas, piececillos, voces, risas, adioses, amor y alegría...... Todas las fases bellas de la vida, deslizándose entre los árboles recién podados y los edificios enanos de la calle.

Y Nicomedes Cortina marchaba entre la multitud, verdadero hombre feliz, él, con el insólito atracón de dinero que acababa de darse, con el mazo gordísimo de billetes en las faltriqueras, nervioso, excitado, saludando, sonriendo, mirándolo todo color de rosa, cual si los árboles y la gente y los carruajes y el cielo y los caballos, fuera de su aspecto en realidad bello, tuvieran otro singularmente deleitoso. Para los que le oyeran maldecir días antes de su asendereada profesión de comisionista y de sus mil insoportables arrequives, fácil sería adivinar los pensamientos que á Nicomedes asaltaron al no más verse gordo de dinero.

—"Ea," se dijo. "Heme aquí con tal cual dinerillo que me viene como por obra de encantamiento..... ; no es una fortuna ¡ quiá ! pero en manos listas é inteligentes, bien puede ser la base para formarla. En mi poder estos seis mil pesos serán la palanca de aquel sandio matemático de cuyo nombre no me acuerdo. Con ellos conquistaré el mundo y sus placeres.—¡ Vaya si los conquistaré ! ¡ Vamos ! He de entrar en los negocios, como entran todos los que pueden. Seguro, segurísimo, que obtendré pingües ganancias, como ante mi propia vista las han obtenido muchos

que por mi medio han realizado brillantes operaciones. ¿No les he visto sacar ciento por uno sin moverse, de una plumada, como quien dice? No: sino gastaos los seis mil pesos como un tonto y no les deis mil vueltas y no los convirtais en seiscientos mil pesos..... ¡faltaba más! Y cuidado si se puede hacer algo con ellos y con el crédito, hoy que basta mirar tiernamente á una acción de banco para ganarse veinticinco pesos! Decididamente, la suerte me protege; éste es un aviso del cielo que desea que yo gane sin matarme trabajando......mañana mismo me pongo en campaña!"

Y á su júbilo interior respondía y formaba *pendant* el júbilo de la fiesta que con la dulzura del atardecer crecía convirtiéndose en atronador y delirante. Las puertas de las casas permitían ver improvisados salones, donde se bailaba al son de pianos, de orquesta ó de marimbas, en tanto que en otras se cantaba con acompañamiento de guitarras ó se bebía en medio de gran tumulto de botellas y de palabras; eran gentes que al intento alquilaran casa en la calle de la fiesta para ver el bureo, para divertirse y holgarse.—De las tabernas titulares ó improvisadas salían notas dementes, charrasqueo de guitarras, sonoras carcajadas, ruido de copas y de botellas, alaridos y exclamaciones y el soplo ardiente del alcohol que por todas partes se infiltraba al no más anunciarse el crepúsculo vespertino.

Por el centro de la calle azotaba un gran viento de lujo y de despilfarro; pasaban millones auténticos y millones falsos; oro y oropel; confundidas la aristocracia de la sangre y la aristocracia del dinero, los advenedizos y los canallas de levita, derramando á torrentes el dinero, con derroches de locos ó de juga-

dores. Innumerable suma de carruajes de todas suertes, particulares muchos, con troncos riquísimos, alquilados los otros á precios exhorbitantes, diabólicos, insensatos; todos con lacayos y cocheros, mestizos y feos por lo regular, paramentados de lujosas libreas y de sombreros de copa, que resultaban ridículos sobre sus rostros antipáticos de indígenas degenerados.

Había asimismo copia de ginetes de todos los sexos que paseaban en diversos jacos, algunos de ellos espléndidos, importados del extranjero á costa de grandes dificultades, por lo que resultaban carísimos, accesibles sólo para las grandes fortunas verdaderas ó falsas. Las mujeres, lujosamente vestidas, gentiles en lo general y hermosas á pesar de sus afeites, llevaban encima tesoros en trajes y en joyas y pasaban reclinadas en sus carruajes yendo y viniendo, dando sonrisas á sus amigos. Y en todos, así en hombres como en mujeres, se notaba el deseo de gozar, de divertirse, junto con el afán de ser más que el prójimo, de ostentar más esplendidez y mayor riqueza, aúnque fuera á costa de cualquier sacrificio; la lucha por llegar el primero á la meta de la ostentación extremada.

Los espíritus sensatos se asustaban de aquel lujo, creciente cada año, que parecía elevado á máximum, vorágine que se tragaba las rentas de los grandes ricos y las economías ó el crédito de los pobres.

Y Nicomedes, que toda su vida estuviera hambriento de goces y de lujos, que hasta entonces no le habían sido permitidos; Nicomedes á quien como á la gran mayoría deslumbraba aquel aparato, se decía, apretando contra su seno los billetes, creciéndose y entusiasmándose — "El año entrante yo seré uno de

esos, yo pasaré tambien en mi coche ó en mi caballo.— El año entrante yo gozaré...... A mí los placeres, á mí la grandeza, á mí el esplendor, á mí la fortuna que me permita ganarles á todos, ó por lo menos, igualarles." Pues siguiendo en la máquina de sus ensueños y en el hilo de sus ambiciones y de sus apetitos, caldeados por el medio ambiente, por la atmósfera que él respirara desde hacía tiempo, por esa misma demencia de lujo que á la sazón parecía ante sus ojos, excitados por el dinero que tenía, su riqueza subía en su mente á cantidades fabulosas. Y se reía Nicomedes del pobre agente de comisiones que era él esa mañana, antes del gran golpe. ¡ Vaya si se reía de sí mismo y de la farsa aquella de ganar el dinero con el sudor de su rostro ! — ¡ Nada ! La Banca, la Banca (*y al pronunciar ese nombre, la Banca, dijérase un fanático invocando á divinidad formidable*) los grandes negocios audaces, las combinaciones habilísimas que enriquecieran á tantos de los que transitaban por aquel paseo derramando pesos adquiridos sin saberse ni cómo. Lo que habían hecho otros ¿ por qué no había de hacerlo él que no era ningún pánfilo ?

De repente Nicomedes se turbó......

Sencilla, de amable aspecto, de juventud resplandeciente, acompañada de otras, venía una joven bastante bonita, modestamente puesta, con elegancia natural y buen gusto en su traje. — Detrás, un hombre de edad y una señora todavía fresca : sus padres, con aspecto de burgueses pobres pero decentes. — Nicomedes devoró á la niña con los ojos, la hizo un saludo afectado, al que ella contestó amablemente y todo paró allí. — Ella fué una más entre la gente y él siguió adelante

con ligera emoción. — Era su novia, hija de un modesto empleado de Fomento, buena muchacha, virtuosa y humilde, que amaba al comisionista con todo el fuego de sus veinte años puros y castos. Conociérala Cortina porque las dos familias cultivaban amistades viejas y vivían en el mismo barrio. La niña Sofía González era un tesoro : modesta y sin pretensiones, nunca la habían hecho falta los trajes lujosos, el boato, el teatro, el coche ; nunca sintió en su pecho el torcedor agudísimo de la envidia, ni ambicionó lo que se hallaba lejos de su alcance, conforme siempre con su bella posición de hija obediente á la voluntad de sus padres, dedicada á su servicio y al trabajo valiente de la mujer que se sacrifica por los otros. — Su único amor fue Nicomedes, al que amaba por su linda cara, sin importarle sus pobrezas sumas, sabedora de las angustias de su familia, cuya estrechez, análoga á la de los suyos, constituía para ella una prenda de estimación hacia su novio. Un idilio juvenil y fresco hubo entre ambos : juramentos mutuos, ilusiones de porvenir tranquilo, el uno al lado de la otra, discurriendo felices por el sendero de la vida, los dos queriéndose y protegiéndose, sobrellevando serenamente las penalidades de la existencia. Los sueños de ella se reducían á posición plácida y humilde al lado de su amado : mucha tranquilidad en el alma y muy poco boato en el cuerpo. Pero aquel idilio se deshacía de algunos meses atrás cual el hielo se funde al contacto de los cuerpos inflamados. Nicomedes llegaba ahora á sus citas, antes tiernas y descuidadas como amores de pájaros, cansado, nervioso, roído de ambiciones, soñando con grandezas, descontento de su suerte. Y

Sofía alcanzaba á comprender que ella sola no era bastante para llenar á su novio ; que al lado del amor que éste la tuviera, cabían otras pasiones, otros afectos en el pecho de Cortina ; sentía que si ella cifraba toda su ventura en aquel amor, el joven no se conformaba con él, necesitado de otros elementos para ser dichoso.

— " ¿ Para qué preocuparte tanto del dinero, de los goces materiales del mundo externo ? Para qué impacientarte y encenderte la sangre por querer arribar de un golpe á donde los hombres honrados no llegan sino á fuerza de labor y de constancia ? ¿ Crees que por pobre he de amarte menos ? ¿ No te basta mi amor ? ¿ Ya no sueñas conmigo en una vida de trabajo y de valiente lucha en la que toda nuestra felicidad resida en nosotros mismos ? "

Pero él no la escuchaba. — La decía que sus ásperos apetitos eran inspirados por el amor que la tenía, por el deseo de poder brindarla con comodidades y con riquezas en su canastilla de boda...... Y él se lo figuraba de buena fé, como se figuraba no faltar á su amor las veces que acompañado de Chico Fernández daba rienda suelta á su juventud y la corría con él y con alegres muchachas que les vendían besos y caricias ; pero la joven lloraba comprendiendo que por lento trabajo pero seguro, iba siendo la ambición más poderosa que el cariño.

Y allí estaban : ella amándole siempre : él cada día más divagado, viviendo cada día menos la vida del que ama para vivir la del que tiene sed de riquezas y de placeres......

Por la calle pasaron luego grupos de ginetes con los

caballos adornados vistosamente: multitud de chicos, caballeros en jamelgos lamentables, con rosarios de azucarillos en bandolera, sonando furiosamente agudísimos pitos de barro, armando descomunal é inharmónica bullanga. Los coches se abigarraban con peligro de chocar los unos con los otros; piafaban los trotones ó se encabritaban; la masa humana bullía satisfecha y alegre, despidiéndose de la festividad hasta el próximo día en que tendría de terminar el bureo; los alaridos de júbilo, la música, los pitos, el relinchar de las bestias, el rodar de carruajes y de tranvías formaban aquelarre confuso y extraño: había sonrisas; miradas de placer y miradas de cansancio; damas distinguidas y mujerzuelas de alquimia; caballeros de verdad y caballeros de pega, todo un conjunto de tipos innumerables......y el sol poniéndose en el ocaso.

III

Al día siguiente era el quince de agosto — el gran día. El salón de la derecha del Hipódromo, lleno de gente, en apretura tanta que apenas ministraban sus estrechos términos el espacio indispensable para que la concurrencia permaneciera sentada, dijérase colmena en la plenitud de su vida bullidora.

En la pista, hasta entonces vacía, se dejaban caer perpendiculares los rayos del sol, que la arrancaban reflejos dorados: en el interior de la gran circunferencia se miraban hasta veinte caballos impacientes, de diversas estampas, tenidos del diestro por *jockeys* vestidos de colores brillantes. En las gradas muchísima gente. Toda la gente, desembarcada allí desde las once del día, parte por los carros urbanos que corrieran sin cesar atestados de personas, parte por los carruajes de la víspera. Guatemala entera quería venir en multitud informe á ver las carreras, que para ese día por ser el último de las fiestas se anunciaban notabilísimas, al decir de los programas en profusión repartidos; para gozar del día que estaba hermoso y sin amenaza de lluvia, como si el cielo hubiera querido también tener su parte en los festejos.

Nicomedes Cortina, acompañado de su inseparable Chico Fernández, fue uno de los primeros en llegar al Hipódromo.

La noche había sido verdaderamente mala para él, no obstante el haberla pasado contentísimo, sin dársele un comino del insomnio que le impidió cerrar los pár-

pados por un instante. Al llegar á su casa, dando saltos de júbilo, fué el exhibir á su madre y á su hermana el fortunón que se ganara milagrosamente; y las dos buenas mujeres, que ni en sueños habían visto tanto dinero júnto, se deslumbraron de admiración y estuvieron en términos de desmayarse de ventura. Durante la cena, que resultó como de ordinario menguadísima, Nicomedes se estuvo en cerrada plática con las dos hembras, haciendo mil proyectos para lo futuro.

De millonario no se bajaba un punto; y juraba que la madre andaría en coche y que la hermana tenía de gastar brillantes y de emperifollarse como la más pintada.

—"Ya verás: has de ponerte de manera que ni te conozcan; te abonarás al teatro; te llevaré á los bailes; serás de las principales, digna hermana del grande hombre que yo seré pronto."

Y luego, empuñando con ambas manos el mazo de billetes, con aires de profeta y de iluminado, que resultaban sobre manera cómicos: —"¡Creced y multiplicaos!" dijo. "Dentro de un año estos seis mil pesos serán sesenta mil..... ¿que digo sesenta mil? ¡seiscientos mil, ni uno menos!"

La madre no cabía en las enaguas de puro contento; la chica se figuraba estar ya en los grandes bailes.

—"Es una recompensa que Dios te da," decía la buena señora — "porque has sabido ser muy buen hijo. El te bendiga y te acompañe." Y vertía lágrimas de emoción y le besaba con toda la ternura de su alma de madre.

Y era tal la agitación de Nicomedes, que esa noche

no se acordó de ir á ver á su novia, con la que acostumbraba ventaneo cuotidiano y con la que echaba sabrosos párrafos al no más ocultarse el sol. De tal suerte le traían y le trabajaban la máquina de sus grandes proyectos y la posesión de aquellos seis mil pesos que se había encontrado "botados en la calle."

Por último se retiró á su cuarto, á su humildísimo cuarto de pobre que le infundió asco y le hizo sonreir desdeñosamente. Era una destartalada habitación, con un mal catrecillo de hierro, cubierto de ropa no muy á menudo visitada de lavanderas. Tenía una cómoda, en la que Nicomedes guardaba sus trajes de hombre de mundo, que disonaban con el mueble y rabiaban de verse allí introducidos; más un lavador con jofaina de hierro y un espejo roto. En el centro, una mesuca con cuatro libracos y algo de papeles. Fuera de dos ó tres retratos clavados en la pared y de una vela de estearina, lacrimosa y triste, enhiesta sobre un candelero entre verde y amarillo. Todo pobre, humilde, trascendiendo á estrechez; pero todo limpio, reluciente, con orden demostrativo de la presencia continua de mujeres arregladas y laboriosas.

Allí se acostó Cortina esa noche y allí se estuvo dando vueltas, trabajado de sus ilusiones, de sus proyectos y de los castillos en el aire que cada vez más grandes y cada vez con mayor entusiasmo fabricaba. Ya se creía andando en carruaje, socio de todos los clubs, metido en la alta sociedad, abonado á todo lo mejor de aquel gran mundo que le deslumbraba, sin duda porque le eran desconocidas su miseria y la falsedad de sus relumbrones de alquimia. — Levantábase

á ratos en vista de que le era imposible conciliar el sueño; y, medio desnudo, se sentaba ante su mesa coja y á la luz de la vela, se complacía en contar y recontar sus billetes y en mirarlos con ojos de apasionado. Sentía de verdad que el día siguiente fuera festivo, pues gustara de depositar sus fondos en un banco inmediatamente, así por lo seguros que estarían, como por la importancia que sin duda habría de traerle ante sus propios ojos y ante los ojos de los extraños el hecho de tener depósitos en alguno de esos bancazos. Y después de mirar sus billetes y de remirarlos, de descifrar las firmas, de comparar las figuras del uno con los monos del otro, Nicomedes volvía á su cama á seguir soñando despierto. Hubo instante, allá por las dos ó tres de la mañana, en que se medio durmió para despertar luego con gran sobresalto, por habérsele ocurrido soñar que le robaban su tesoro.

Y de la novia ni se acordaba.

A veces reprochábase su olvido, al acertar á encontrarse con el retrato de la joven, suspendido cerca de su cama; pero de los reproches se echaba la absolución en seguida.

—"¡Vamos, si. Yo la quiero mucho, yo me casaré con ella tan pronto como sea positivamente rico!......"

Y tornaba á pensar en sus otros asuntos, hasta que le sorprendió la luz de la mañana, que se metió por la desmantelada pieza, poniendo de manifiesto sus desnudeces y sus pobrezas. Cortina vió su cuarto como ve el prisionero el calabozo miserable en que ha pasado largos meses y del cual está proximo á despedirse para siempre. Luego se vistió, resuelto á darse ese día la grande en el Hipódromo.

Después de almorzar se emperegiló como mejor supo, con lo mejorcito que tenía; se aderezó hasta quedar muy majo y altamente satisfecho de su persona y gozoso y rápido se echó á la calle. A poco dió con Chico Fernández, su grande amigo, que venía á buscarle para discurrir con él la forma de pasar el día lo menos mal posible. El camarada se quedó memo cuando supo la historia del triunfo de su amigo. A poco más abraza en plena calle al dichoso comisionista, tal fué su júbilo de buen muchacho, de amigo fiel y sincero para quien la envidia era cosa inconcebible.

—"Y ahora, al Hipódromo á darnos gusto," dijo Cortina. "Yo pago."

—"Claro que tú has de pagar, puesto que yo no tengo un *rifle*."

Y marcharon los dos, cogidos del brazo, en grandes risas y joviales charlas, hacia la calle real que les recibió llena de sol y de gente, encortinada y embanderada, fecunda en carruajes y en caballeros, verdadero río que iba á desembocar á Jocotenango y que allá se explayaba, invadiéndolo todo hasta llegar al círculo hípico lejano.

En la alameda Fernández dijo:—"¿Si tomáramos el tranvía?"

—"Tomémosle," contestó Cortina, y los dos se precipitaron sobre un carro que venía repleto de gente, marchando con lentitud al paso perezoso de un par de mulas escomendrijas y ruines, verdaderas muestras ambulantes de osteología. Para los dos paseadores faltó el sitio, como que los veinte asientos del carro tenían propietarios; en el pasillo iban de pie hombres mujeres; en las plataformas ya no cabían más via-

jeros y Nicomedes y Chico tuvieron que acomodarse en los estribos.

—"Con todo, es divertido," pensaba Cortina, cuando el armatoste se puso en marcha con lentitud majestuosa. Pasaron por junto á los árboles y por frente á las casas de la calle principal que la víspera recorriera el comisionista triunfal, dichoso, con sus ganancias abrazadas estrechamente. Luego desembocaron en Jocotenango, vieron el pedestal de Morazán, la fuente, las vendutas, las barracas, las ruletas, de las que aún se escapaba el ruido de las voces......"basssta...... no másss, fuera mañosss," y por último corrieron hacia el Hipódromo.

—"Diablo, ¿que pasa?" exclamó Nicomedes al sentir que el carro saltaba sobre las piedras.

—"Sencillamente, hemos descarrilado," respondió Chico.

Y los dos bajaron y tras ellos bajó la gente, para que, aliviado el furgón de su peso, pudieran los conductores restablecerle sobre los rieles. Descendieron como cincuenta, entre hombres, mujeres y niños. Cortina ofreció la mano á las damas, que la aceptaron con melindres, recogiéndose las faldas pulidamente, para saltar en tierra. A los lados del carro náufrago pasaban coches descubiertos con mujeres hermosas, reclinadas en los cojines en compañía de hombres que parecían decirlas cosas agradables.

Cortina tuvo envidia. —"¡Esos tienen carruaje!" pensaba...... ; pero luego se alegró diciéndose: "Yo lo tendré el año entrante." Y se quitó el sombrero ante una cesta de flores que pasaba: un *landau* lleno de señoritas con trajes chillantes y sombreros historiados.

—" Van guapísimas las Peraltas," dijo Chico.

—"Y las acompaña Hortensia Crispi," observó Cortina que se puso á contemplar las maniobras que se hacían en el carro.

Por último lo encarrilaron y la marcha siguió hacia el Hipódromo sin accidente alguno.

—" ¿ Bajamos ? "

Bajaron. —Y después de proveerse de los billetes indispensables, Cortina y Chico subieron al salón de la derecha ; y deslizándose por aquí y manejando los codos por allá y sufriendo pisotones más acá y devolviéndolos acullá, lograron encontrar asiento en uno de los tendidos. En él estaban las Peraltas; y Nicomedes acertó á sentarse junto de Hortensia Crispi.

—" ! Feliz encuentro ! " pensó Cortina ; — y dirigiéndose á la joven, con la más amable de sus sonrisas : — " ¿ La disgusta á Ud. mi compañía, Hortensia ? "

—" Absolutamente, Nicomedes."

—" Entonces yo deberé marcar este día con piedra blanca, puesto que he tenido la suerte de encontrarme á su lado."

—" No demuestra Ud. que eso lo considere como gran fortuna......"

—" ¿ Porque ? "

—" Por que no lo busca. —Hace muchos días que Ud. no parece por casa. Papá ha estado extrañándole......"

Y siguieron charlando

Nicomedes la conocía y eran amigos desde tiempo atrás. El padre, Ercole Crispi, oriundo de Italia, de Nápoles, era uno de los mejores clientes de Cortina,

uno de sus pocos amigotes del "gran mundo," con cuya protección él soñara no pocas veces.

Le ocupaba con frecuencia en sus negocios, le llevaba á veces á su casa que era una de las mejores de la capital; le convidaba de tarde en tarde á echar un trago en buena amistad y compañía, entre negocio y negocio; le relacionó con su mujer y con su hija, invitándole á una fiesta que había dado el año último.

Aquella casa era el rincón por donde Nicomedes había conocido su poco de alta sociedad, en la que figuraban en primera línea Ercole Crispi y su familia. En aquel baile Nicomedes vió pasar rápidas y fantásticas las figuras de mujeres hermosas y de altos personajes: allí vió el mundo "por dentro," aquel mundo que le atraía y le deslumbraba, haciéndole soñar con lujosos carruajes y con escotes de seda y con gargantas alabastrinas adornadas de hilo de perlas.

Si se hubiera preguntado á toda la gente de fuste que visitaba la casa de Crispi y que asistía á sus fiestas cual era el origen de ese hombre, de fijo que nadie pudiera contestar derechamente. Pero la tal gente de fuste miraba al italiano gastar coche y vivir en una especie de palacio lujosamente puesto y derrochar dinero y mangonear en los grandes negocios y no necesitaba meterse en otros requilorios para tenerle por hombre tan de fuste como ella.

Y era lo cierto que todavía quedaban algunos viejos que recordaban perfectamente cómo y cuándo vino al país Ercole Crispi — pronto haría la friolera de treinta y cinco años. Figuraos un tirolés de veintidós, fuerte como un jastial, con bellos ojos obscuros, un pretexto de bigote, formas hercúleas y un organillo destemplado

con el que daba conciertos en las esquinas. Vino de su patria muerto de hambre, en calidad de corista de una *troupe* de ópera de lo más malo que en luengos tiempos se mirara en el país. El extreno de la compañía, en el teatro que entonces se llamaba de Carrera, fué sonadísimo desastre, cuyo recuerdo hace que se relaman los antiguos. Los artistas estuvieron en grave riesgo de ser linchados por el público, manso y bondadoso de suyo, que aquella vez se salió de madre y arrojó al palco escénico grajos y pedruscos y naranjas verdes. A las pocas funciones, el empresario se fugó con la primadona, en compañía de las ganancias insignes y miserables de la banda. La cual se quedó sin amparo y sin qué llevar al estomago para sostenerse.

Aquello fué para los tristes italianos terrible aventura; y el modo de salir de la situación apuradísima en que les dejara el felón empresario, motivo de que aguzaran su ingenio. Al principio procuraron los histriones volver á su patria dando piezas en su propio beneficio; y era cosa de dar lástima, el ver á aquellos infelices, descorazonados, mohinos y miserables, cantando malditamente ante las lunetas casi vacías y ante los palcos desalquilados. Por último, algunos lograron emigrar no se sabe cómo; otras — las coristas principalmente — se colocaron con chicos adinerados que las hicieron sus queridas; otros sentaron plaza en el comercio y en la agricultura y Ercole Crispi, no hallando mejor cosa que hacer, se improvisó músico ambulante, en compañía de otros compatriotas suyos, venidos antes que él, que alegraban la triste y melancólica ciudad con el matraqueo inharmónico de sus instrumentos.

Pero el italiano tenía inteligencia y ambiciones y venteó en Guatemala un país fácil de conquistar para los hombres audaces. — Su figura era gallarda y él se dijo que con aquellos elementos que la naturaleza le otorgara sería muy bestia si no hacía fortuna.

Y la hizo.— Al cabo de algunos años resultó de comerciante, establecido por su cuenta en un tenducho vecino á la plaza de toros, en el que vendía multitud de artículos heterogéneos y el cual le daba fachada para entregarse á otras "operaciones" no menos heterogéneas. Crispi arriesgaba algunos fonditos en la compra de recibos de empleados, con descuentos hebraicos; Crispi hacía contrabando y cobraba primas por denunciar el ajeno; Crispi vendía vino adulterado y Crispi explotaba con gran sigilo á tres ó cuatro muchachas de la vida alegre, con las cuales tenía sociedad comanditaria: él capitalista y ellas industriales.

Por entonces fué su primera quiebra; pero quiebra habilísima de la cual resultó con el doble de lo que tenía antes, con gran apetito de nuevas combinaciones y con aires de persona de gran habilidad mercantil, lo que le atrajo los respetuosos saludos de muchas gentes que empezaron á distinguirle. A raíz de aquella excelente operación financiera, como el decía acordándose del modo que empleara para embolsarse á sus acreedores, Crispi ensanchó la órbita de sus negocios y abrió una tienda de muy mayores bríos y de mucho más grande representación que la primera. Cómo se las compuso él con los tales acreedores y cómo se arregló con la gente de justicia, es cosa dificil de averiguarse: lo cierto es que, sin que nadie se le opusiera, su nave parecía navegar cada vez más próspera y que, hablando

de él, decían algunos "que era un tigre" y los otros "que era muy listo" ó que sabía "más que el diablo," y reconocían todos en él una potencia que se levantaba.

Dos años pasaron de prosperidad creciente para Crispi, al cabo de los cuales pensó en casarse, porque juzgaba que para conquistar completamente al país nada le ayudaría mejor que el entroncar con una familia noble y empingorotada de Guatemala. De tanto se juzgaba digno. Y en verdad, se había pulido de tal suerte, que del corista de antes, del jayán sin educación que fuera, casi no quedaba ningún punto ostensible. El iba á bailes y banquetes; era miembro de una sociedad italiana de socorros mutuos; por doquiera se le aceptaba, con las gentes entre las cuales quería buscar la soñada conjunta alternaba frecuentemente. Cierto que á veces, en la intimidad, cuando echaba sus copas, sobre todo cuando no tenía cerca de él los respetos sociales ni cosa que le recordara de cerca su papel de *gentleman*, le asomaban sus algos y aún sus muchos de la burda hilaza del tipo suyo, que á dos leguas mostraban lo bajo de su extracción; pero él se vigilaba; siempre sobre sí, siempre procurando parecer perfecto caballero; y eran muy raras las veces en que le ocurrían las tales exhibiciones de la tal burdísima hilaza.

Y vino á suceder que la fortuna le soplara tan bien en lo relativo á su casamiento, como en lo que concernía á sus trapicheos mercantiles. Ni siquiera hubo menester muchos afanes para conseguirse novia linajuda, sino que le cayó en la boca, sin saber ni cómo, la patata mondada, como si dijéramos. Y fue que la

hija de un nobletón pergaminudo, de lo más rancio de Guatemala, se enamoró de él hasta la locura.

Era Leonor Andueza de enjundia atufada é insufrible. Por línea recta de varon descendía de conquistadores y de finchados encomederos, sin tener en su árbol genealógico ribete de moro, ni de indio ni de hereje ni de judaizante. Decían sus parientes que un Andueza había dado su caballo al mismísimo San Fernando en descomunal batalla sostenida contra los musulmanes; juraban que entre sus antepasados tenían nada menos que seis oidores, dos virreyes, un capitán general, tres arzobispos y muchas dignidades de España y de sus Indias. Bien es verdad que á última hora, ante las ideas modernas y revolucionarios imperantes, algunos de la familia se democratizaron; pero otros — los viejos principalmente — seguían montados en sus pergaminos y en sus tufos y de allí no los bajaran frailecitos descalzos. De estos viejos era el padre de Leonor, el cual no conservaba de las grandezas de su ilustre prosapia, sino el recuerdo y el parentesco con todos los personajes de la alta aristocracia, con los ínclitos ganaderos y terratenientes de la calle real de Guatemala. Pedro Andueza, con todo y sus humos, era un bestia pobrísimo y mentecato, que jamás pudo pasar más allá de administrador de la hacienda de uno de sus parientes. Lo que no impedía que se tuviera por gran cosa y que mirara con desdén y muy por debajo á todo lo que le olía á pechero.

Pues la hija de este Pedro, Leonor, fea y poco agraciada, tonta, vanidosa y con rabioso deseo de matrimonio, se enamoró del italiano Crispi y halló modo de

hacerle comprender el "casto fuego que ardía en su pecho apasionado."

Ercole percibió luego los entusiasmos de aquel vástago de oidores y de virreyes y los encontró muy de su gusto, juzgando que aquella hembra, ni mandada hacer de encargo, hubiera salido tan buena para el logro de sus honradísimos propósitos El no la amaba —¿qué tenía de amarla? él la consideraba fea y sabía que era pobre. "Pues precisamente por esas tres razones" —se decía— "me conviene y mucho que me conviene." Porque cuanto al no amarla, maldito el amor que Crispi buscaba en el matrimonio; y en cuanto á la fealdad, eso aumentaba las probabilidades de conseguirla, fuera de que, goces con cuantas mujeres se le antojaran, nunca habrían de faltarle: mejor si fea, porque así el casamiento se presentaba sin obstáculos. En lo relativo á la pobreza, Ercole pensó mucho antes de decidirse.—Más le gustara rica; pero en falta de campo para escoger, la aceptaba aúnque fuera sin blanca, pensando que el dinero lo ganaría de cualquier modo y que aquello de casarse con mujer pobre era lucir desprendimiento generoso. Finalmente, lo que el tagarote quería, era *llegar* por medio del casorio; era entrar, por esa puerta, á una posición que lo colocara entre lo mejor de Guatemala. Ya el dinero lo doraría todo; y tan pronto como los potentados, los banquèros, los nobles y los propietarios fueran sus primos por afinidad, nadie se acordaría de lo que había sido, para pensar sólo en lo que era.

Y al par que emprendía amores con Leonor Andueza, Crispi pensó que, para casarse con fausto, no le quedaba sino redondear su capitalito y que, para re-

dondearlo, forzosamente había de quebrar por segunda vez.

Y quebró de nuevo, como lo pensaba ; esta vez con mayor audacia, con más atrevidas combinaciones que la primera ; y de la segunda quiebra salió más respetado, más distinguido, hombreándose con altos personajes que tenían su amistad por muy honrosa, ensanchando sus operaciones notablemente, metiéndose en la agricultura y en la industria naciente del país.

A los seis meses se casó ; pero su casamiento — no obstante el tener de su parte á la interesada — hubo de resultar negocio más dificil que el de sus dos felices falencias. Y fué que Pedro Andueza, cuando le hablaron de aquel casorio, estuvo á punto de volverse loco y de dar de golpes á su hija, para castigarla como cumplía por haberse atrevido á poner los ojos en parte tan baja, como lo era aquel "tirolés desconocido," aquel "huevo de quien sabía qué inmunda pata."

Y allí vino el deplorar que no hubiera conventos para meter en alguno á la osada ; el echar de menos las antiguas épocas en que las niñas no se atrevían á tomar estado sin la voluntad de sus padres y el maldecir de las invenciones modernas y de las pícaras libertades y de la atmósfera corrompidísima del día ; y el invocar á las sombras venerandas de sus abuelos, que se habian casado todos con sus parientes y el traer á colación á sus bisabuelos y á sus tatarabuelos, que de seguro se extremecerían de coraje en sus tumbas, sabedores de la mancha que aquella mal nacida doncella quería arrojar sobre su enjundia ; y el mantenerse montado en creciente cólera conforme veía á su hija encalabrinarse más y más por el italiano.

—"Repara que Crispi es rico," decíale su mujer, una mema que debía hablarle á gritos, porque Andueza era bastante tardo de los oídos.

—"Te digo que aunque sea millonario......"

—"Observa que Leonor le quiere."

—"¡Que se la lleven los diablos y que te lleven á tí y al italiano y á todo el mundo!"

Y luego, poniendo fin á la discusión:

—"Te digo y te repito que Leonor no se ha de casar sino con uno de la familia, con un noble como nosotros. Así me casé yo, contigo, que eres mi prima hermana por ambos lados y que eres Andueza como yo. Así nos hemos casado todos, con nuestras tías ó con nuestras primas ó con nuestras sobrinas. Y así se ha de casar Leonor, pésela ó no la pese. Pues no era nada lo del ojo! Vamos! Una Andueza, pariente aúnque remota del Rey de España, prima quinta de duques, descendiente del "gran Babieca" *(quería decir "el gran Cid," pero en materias históricas no se tenía muy firme en sus estribos el bueno de Pedro Andueza)* descendiente de Babieca, si no mienten los árboles genealógicos; una Andueza, Medinilla, Andueza y Andueza, como quien no dice nada, casarse con un pelagatos, con un tirolés venido nadie sabe de dónde, con un plebeyo! Repítote que si Leonor no se casa con un pariente, mi hermano Benito, pongo por caso, se quedará para vestir imágenes; y de aquí no me sacan así me emplumen!"

Los mismos parientes se obstinaban en vano en conmover su terquedad inaudita. Hasta hubo quien se atreviera á decirle:

—"Hombre, Pedro, no engordes tanto con nuestra

nobleza. Acuérdate que el bisabuelo era un destripaterrones que en España no valía nada...... Deja que Leonor se case: Crispi es un buen partido. ¡ Que se mezcle la raza, hombre! Si los Anduezas seguimos por donde vamos, nuestros nietos nacerán en cuatro patas, con albarda y todo!"

Como si callaran. Y era lo curioso que Andueza no objetaba en Crispi los sucios tripotajes, las quiebras, la farándula: objetaba lo plebeyo, y más allá no veía nada. Los otros Anduezas, medio ganados ya por las corrientes del siglo, le hacían burla y no sólo no desdeñaban á Crispi, sino que le trataban de igual á igual, con aquella consideración que siempre se dispensa al primero que llegue, con tal que traiga dinero.

Y es lo cierto que Ercole Crispi no hubiera entrado jamás en aquella insigne familia, si Leonor no salta por sobre todos los obstáculos y por sobre todas las oposiciones, fugándose de su casa, como se fugó, en ejercicio de su mayor edad, para ir en depósito á la de un pariente que estaba en el secreto.

Grande fué con el que se casaron.

Y Pedro Andueza, á su pesar, tascó el freno; y cuando vió á su hija y á su yerno arrodillados á sus plantas, pidiéndole su perdón en términos humildes, sinceros en Leonor y admirablemente fingidos en Crispi, se apiadó, se dió por desagraviado y les abrazó derramando lágrimas.

—"Se salió con la suya esta condenada," decía después á su mujer: "se casó con el *musiquero*."

Pero á lo hecho pecho. Y el matrimonio aquel pasó en autoridad de cosa juzgada y no fué en lo

sucesivo sino un escandalito más en los anales de la sociedad guatemalteca. La bendición nupcial encarnó para Crispi el otorgamiento en su favor de letras patentes de hombre distinguido. Y entonces observó que lo tenía todo : gallardía física y buena inteligencia ; dinero y enjundia ; y comprendió que no le faltaba sino seguir subiendo, con las nuevas alas que le ministraba su altísima posición social.

Y siguió subiendo.

Después de un viajecillo á California, en el que deslumbró á la pánfila de su mujer y en el que puso las cosas en su punto, demostrándola que no era más que un mueble ni había sido otra cosa sino un peldaño para que él, Crispi, se metiera entre la gente, vuelta á los grandes negocios, esta vez verdaderamente grandes. No había banco de que no fuera director, ni compañía anónima en que no se le reservara puesto por derecho divino, ni empresa que no contara con él como principal miembro y factor indispensable, ni negocio sucio en el que no metiera las narices. Practicó en grande las especulaciones ; se robó dos ó tres herencias ; dejó en la calle á cuatro ó cinco gaznápiros que en él confiaron y realizó multitud de operaciones sospechosas en las cuales se engulló gruesas comisiones. Todo bajo una capa de hombre impecable, de caballero *comme il faut*, que engañaba perfectamente á las gentes de poco más ó menos. Había dado con la piedra filosofal y pudo convertir en oro de ley lo que no era sino bajísima escoria. Bien es verdad que operaba en un medio en que la moneda falsa corre con prima sobre la moneda legítima.

Vivía como un principe. Su casa era un caserón

con sombras y barruntos de palacio, en el cual se daban bailes y banquetes. Le acataba todo el mundo, teniéndole por millonario, viendo sus carruajes y su boato. Las mejores actrices que venían al Colón, sitio de sus primeras hazañas en el país de Guatemala, eran infaliblemente sus queridas y con ellas derrochaba lo increíble; viajaba por Europa cada cinco años, tenía posesiones de recreo y cualquiera jurara que era un nabab auténtico y verdadero, un hombre con más oro que cuerpo — y eso, que con los años le tenía grandísimo y obeso por extremo.

Su mujer vivía contentísima, sin ver más allá de sus narices — satisfecha sobre manera de ser rica y orgullosa y acatada. Pedro Andueza, más viejo ya que Matusalén, no cabía en los calzones, principalmente desde que tuvo nieta; y á ratos confesaba que al lado de la nobleza de los pergaminos y aún por encima de ella, podía tomar principal asiento la enjundia de las libras esterlinas.

Por último, fuera de muchos hijos naturales, Crispi no tuvo otra sucesión que Hortensia, muchacha de veinte años, la misma que en aquel quince de agosto sostenía cerrada plática con Nicomedes Cortina, el enriquecido de la víspera, el hambriento de goces y de riquezas, que en ese mismo día y viendo á la hija del italiano, soñaba con llegar á ser él, alguna vez, su poco ó su mucho de Ercole Crispi.

Era Hortensia asaz fea: el vivo retrato de Leonor Andueza, con grandes rasgos de Crispi, dispersos y como esfumados en la fisonomía. Sus facciones tenían tan poco artística combinación, que su conjunto resultaba desgraciado y pobre; ojos pequeños y metidos en

párpados carnosos; nariz aquilina y desaforada—heredada en línea recta de Crispi, hombre de presa por excelencia; la boca grande. Con todo, tenía buen cuerpo y la frescura y la robustez de la edad que en ella no habían gastado abusos ni apetitos censurables. Vestía cual su rango lo demandaba, opulentamente: un sombrerazo carísimo; un traje de lo más rico que se concibiera en Guatemala. Fuera de brillantes y de perlas, que los portaba de gran precio.

Cortina estaba deslumbrado con el lujo de Hortensia. Hasta la veía bonita y deseable, él, que nunca había parado mientes en ella como mujer, diputándola por persona desprovista de sexo; y se decía que en lo de adelante podría alternar con ella, ya no con simples relaciones superficiales, sino de igual á igual, como amigo suyo, como compañero á quien se profesa estimación y no simple acogida de etiqueta.

Y al deslumbramiento de Nicomedes ayudaban en no pequeña parte el escenario, la decoración que servía de fondo á la joven aquella, la atmósfera ambiente, hecha de placeres, de lujos, de opulencias, saturada de los efluvios de todas aquellas mujeres, bellas por lo general, bizarramente paramentadas con trajes ricos y joyas preciosas. Y el sol, al herir con sus reflejos el tendido, parecía iluminar un ramillete espléndido, en el cual confundidos con las flores á modo de avispas, se destacaban los hombres, cada cual con alguna amiga, ocupados en el amor, en el paseo, en las apuestas.

Pero una campana aguda suspendió todas las conversaciones y puso á toda la gente en espectativa. Los *jockeys* de vistosos colores vestidos, sujetaron á

sus caballos, montaron con ayuda de espoliques y se pusieron en formación incorrecta, difícil de arreglar por la impaciencia de los brutos, esperando la señal de marcha. En un gabinete de vidrios estaba el jurado: en otro los altos funcionarios de la República con su corte; en el kiosko central, la música; en el salón de la izquierda la gente de medio pelo; abajo *el totalizador* lleno de *amateurs* y la multitud á pie ó montada según las proporciones; y todos devoraban con los ojos á los dos caballos finos y nerviosos que pronto emprenderían la carrera. La campana tornó á sonar y los caballos partieron rápidos, formando casi una línea recta, con los *jockeys* sobre las orejas. Chico Fernández, á quien Nicomedes presentara con Hortensia Crispi, quien á su vez le relacionó con las Peraltas, seguía con entusiasmo la marcha de los dos contendientes.

Cortina apostó. Apostó con Hortensia, de la que se sintió atraído, por la cual notaba que le nacían vivas simpatías. Y en su interior y casi sin quererlo, pensaba que aquella sería una novia á propósito para él: una novia inmejorable. Apostaron una simpleza, los dos encantados: ella de tener sus negocitos aparte; él, de tenerlos con una muchacha distinguida.

—"Yo voy á *Temístocles*, Nicomedes; voy un par de guantes á *Temístocles*......"

—"Pues yo voy á *Cupido*......voy un ramo de flores, pagadero mañana mismo."

—"Aceptado."

Y en la pista los dos caballos corrían en medio del polvo y del sol, con sus *jockeys* anhelantes; mientras que los del tendido, al seguir con los ojos ansiosos los

movimientos de los corredores, lanzaban gritos de entusiasmo. Y los caballos seguían corriendo, corriendo, sin notable diferencia, los dos esforzándose por dejar atrás al contrario, los dos echando espuma sanguinolenta por la boca, los hijares castigados á cada instante de los tacones de los ginetes, devorando el espacio, cual si de veras volaran y no hirieran el suelo con sus remos. Por último llegaron á la meta en medio de *hurrahs* y de aplausos estrepitosos.

Temístocles ganó, dejando á Nicomedes Cortina en la obligación de pagar al día siguiente el ramo de flores prometido á su compañera.

Las carreras continuaron con diferentes lances que al día siguiente habrían de ser comentados en la prensa por los repórters cursis. Se hablaba de grandes apuestas que se cruzaban entre personajes finchados. Ercole Crispi, que había ganado un dineral según decían, pasó con grandes dificultades cerca del grupo que formaban su hija y los amigos de su hija y se detuvo un instante. Iba apresuradísimo, á apostar con un "pez gordo," que por señas desde lejos le llamara. Se decía que ese personaje era su socio en quien sabe qué turbias especulaciones y se juraba que entre los dos se ganarían todas las apuestas de aquel día memorable.

Cortina continuó enfrascado en su plática con Hortensia. Hablaron de toda clase de vaciedades, sin abrigar él propósito de enamorarla, sintiéndose atraído sin saber por qué, pareciéndole que la de aquella joven era sociedad que le convenía desde que era dueño de seis mil pesos. De Sofía González no se acordaba ni por casualidad. La conversación decaía á veces por

falta de leña, con ser materia suficiente para suministrarla todo lo que desde el tendido se advertía......"

—"Yo voy á *Esopo*, Hortensia. ¿Y Ud.?

—"Yo también á *Esopo*."

—"Bueno; pues entonces yo cojo á *Titán*."

—"¿Quiere Ud. que apostemos un frasco de perfume?"

—"Bueno: pero *¿heliotropo blanco?*......"

—"Vaya por el heliotropo; y si Ud. pierde ¿que me paga?"

—"¿Yo?......"

—"Si ¿qué me paga?

—"Lo que Ud. quiera."

—"Pues el mismo par de guantes de la vez pasada."

Y así sucesivamente: sosos hasta reventar, como necesariamente habían de serlo para estar ambos en carácter, para ser de su tierra y de su tiempo. Luego tornó á perder Cortina, lo que trajo bromas y risas y mayor confianza en la conversación: él la habló de tres ó cuatro novios suyos, más ó menos auténticos y quiso tomarla el pelo discretamente á propósito de esos supuestos amores; rechazó ella energicamente la imputación que se la hacía: — "No señor; no tengo novio.—Las personas que Ud. me cita son simples amigos mios." Para pagarle sacó Hortensia á la plaza tres ó cuatro muchachas que supuso novias de Cortina. Pero éste sostuvo con desfachatez que jamás había amado. Encontraron los dos muy gentil eso de parecerse en la virginidad de sus corazones y se miraron los ojos en silencio.

Ella pensaba: — "Decididamente, este Nicomedes es muy simpático."

Y él: — "¡ Caramba! Esta chica me convendría: si yo fuera fuerte debería casarme con ella."

Por último tuvieron su término las carreras, después de nuevas apuestas ganadas unas por Hortensia y las otras por Cortina.

— "¿Si refrescáramos?" dijo el último; y toda la compañía, — Hortensia con Nicomedes y las Peraltas con Chico Fernández, refrescaron. Cortina pagó con mucho rumbo.

Luego hubo bailoteo, para aprovechar la tarde espléndida y la orquesta magnífica que en el salón se encontraba.

Se organizaron parejas al capricho de la casualidad, sin previos compromisos. Los más audaces dieron el ejemplo; y pronto el salón no fue sino una masa inmensa y confusa en la que flotaban cintas y sombreros y faldas de levita — todo moviéndose al compás y al ritmo de la música. La generalidad estaba radiante de júbilo. — Así los perdidosos como los gananciosos, los que tenían novia y los que la buscaban. Por las ventanas del salón se descubría la calzada abundante de coches y de gente; á lo lejos Jocotenango, hirviendo, y en el fondo las torres de las iglesias.

Cortina no se separó de Hortensia, la cual estaba contentísima. Había brotado entre los dos algo nuevo y estaban en el encanto del que empieza á enamorarse. De pronto el joven volvió repentinamente la cabeza y vió que Sofía González, la humilde y buena muchacha que le diera el título de novio, le estaba observando. En sus ojos negros, que clavados en el tenía, notábase profunda tristeza. Su traje sencillo y modesto contrastaba con los vestidazos de las otras.

Su belleza no valía nada en medio de aquel lujo y de aquel derroche externos. Nicomedes afectó no verla y tuvo la intuición de que estaba en presencia de su porvenir y de su pasado: Hortensia, la que le amaría rico, Sofía la que le amó pobre. Y por intuición también supo que su vanidad y su egoísmo darían el triunfo á la primera.

Sin confesarse tales intuiciones, Nicomedes pensó: "No sabía que ésta se hallaba aquí," é hizo un gesto de disgusto. Pero luego se dijo: "Bah! ya la contentaré más tarde." Y el baile y Hortensia Crispi, cuyo talle él enlazaba y la música y la alegría, le hicieron olvidar á su pobre novia, á la que él juzgaba inferior suyo desde que tenía seis mil pesos en el bolsillo.

Concluido el baile, Ercole Crispi llegó por su hija y por las amigas de su hija. Saludó con cariño á Cortina, al que decididamente distinguía, él, tan orgulloso de su dinero, como su suegro lo había sido de su enjundia.

Y al despedirse:

— "Conque venga Ud. á vernos, *per Bacco;* venga Ud. á vernos!"

Al volver del Hipódromo, Chico y Nicomedes comieron copiosamente en una fonda improvisada en Joçotenango y se tragaron dos botellas de vino. Cortina pagó, de lo que estaba Fernández encantado.

Luego se acordó el ex-comisionista de Sofía González y se dijo que al fin aquella muchacha era su novia, que debía guardarla consideraciones, desagraviarla esa misma noche de lo que había hecho durante el día — nada menos que mirarla como cero...... Mas pocos minutos después, dirigiéndose á Chico:

— " ¿ Por qué no nos vamos mejor donde *las gringas?* Estoy en fondos y te convido; beberemos champagne y habrá jaleo."

Fernández se le humilló lleno de júbilo.

Esa noche, cuando Cortina volvió á su casa, á las dos de la madrugada, perfectamente ebrio, encontró que su madre le esperaba muerta de angustia. El gozo de volver á ver á su hijo al que su imaginación ya daba por víctima de algún accidente, impidió á la señora reñirle. El se sorprendió de la sorpresa de su madre y declaró con voz alcohólica que en lo sucesivo haría vida nueva.

Y cuando se arrojó en su lecho, se durmió pensando en Hortensia y en la americana con la que acababa de emborracharse.

IV

Era en un gabinete del "Banco Unido Financiero"......(así, como suena, sin muchos respetos por la Gramática pero con sobra de rimbombancia). Uno de los bancos más famosos y empingorotados de aquella época de desenfreno en los negocios. Un bancazo del que apenas si queda memoria entre algunos de los accionistas que se arruinaron en su quiebra y en su edificio suntuoso, de dos pisos, con estatuas y esculturas, que aún se mira en las vecindades de la plaza del teatro y el cual edificio ya no es banco ni cosa que lo parezca.

¡ Oh, el Banco Unido Financiero, con su fachada lujosísima, sus dos tigres de hierro en la puerta, sus balcones de mármol, su escalinata reluciente y vistosa importada directamente de Carrara ! Muchos lo recuerdan con tristeza y al pasar junto á la casona se dicen : "He ahí la tumba de mi dinero." En tanto que otros sonríen y lo determinan con cariño, porque de allí sacaron sus riquezas.

Era en un gabinete del Banco Unido Financiero. Piso de mármol, puertas de caoba con grandes vidrios opacos en los que el ácido realzara estas letras : B. U. F...... ¡ Buf !..... Sillones y sofás de color verde obscuro con preciosas maderas esculpidas rebosando ostentación y fausto ; techo de artesonado magnifico lleno de pinturas al óleo ; paredes revocadas con yeso; grandes mapas de la América del Sur, de Europa y de Africa colgados de las paredes. Y eso era en el gabi-

nete, en la antesala ; más allá estaban el despacho del gerente, el salón de sesiones, con nuevos lujos, con discretos cortinajes, con alfombras espesísimas.

Metido en un sillón estaba Nicomedes Cortina quien, con nueve meses de negocios y con nueve meses de esplendor y de grandeza, de veras parecía muy otro del pobrete comisionista que antaño padecía de hambre y de miseria. Si ya antes la echaba de elegante, ahora era un modelo de corrección y de atildamiento, "un figurín," como dicen las gentes. Su cabello negro, pura obra artística parecía ; su bigote menguado y corto no era sino un par de púas por lo tieso y por lo agudo ; su cuello era descomunal ; impecable su corbata, en la que traía un grueso solitario ; en el ojal llevaba un gran ramo, en la mano un bastón cuyo pomo de oro semejaba enorme pico corvo de algún animal imposible. Tenía cierto aire de suficiencia, de hombre en su casa ; pero se le notaban rasgos de cansancio y de inquietud, cual si todavía no estuviera muy satisfecho de su suerte y cual si lo marchito de su tez y las ojerazas negras suyas tuvieran su origen en excesos y en calaveradas. Determinaba con aire de protección á un tipo mal trajeado, con barba de quince días, maneras encogidas y rostro en que se le leía el susto de mirarse entre tanta opulencia que, sentado en el extremo de un sillón, con una mano mantenía un antiquísimo sombrero sudoroso y grasiento y con la otra guardaba un rollo de papeles.

Los dos esperaban al gerente, que andaba ocupado en conferencias con la directiva y hablaban por matar el tiempo.

—"De suerte, señor don Próspero Cuernavaca,"

decía Cortina con voz afectada, "que Ud. viene á este banco en busca de dinero?"

—"Si señor," contestó el otro enjugándose el sudor de la frente con un pañuelo enorme de cuadros rojos y blancos. "Si, señor mío: tengo urgente necesidad de tres mil pesos con hipoteca de una finca que, aúnque me esté mal el decirlo, vale más de veinte mil......; son para levantar mi cosecha de café. Estos" —y exhibía con orgullo el mazo grasiento de papeles —"estos son los títulos en toda regla, otorgados de escribano é inscritos en el registro de la propiedad....." Y luego, entusiasmándose al evocar su plantación de café, los árboles vestidos de cerezas rojas, el campo verde obscuro sembrado en toda su extensión—"oh, es una bellísima finca situada en la costa *Cuca*, con preciosas plantaciones y buena maquinaria.........; y como este banco ha hecho tantas y tan generosas promesas de proteger al comercio y á la agricultura; y como la garantía es inmejorable......"

—"Ya: Ud. cree que le darán dinero, buen hombre. Pues vea Ud., yo vengo por diez mil pesos y no pienso dar más garantía que mi firma," dijo Nicomedes lentamente, dejando caer las palabras una á una, cual si quisiera aplastar al buen señor de Cuernavaca.

El cual le miró con ojos desmesuradamente abiertos, henchidos de admiración beata. ¡Diez mil pesos sin más garantía que su firma! Sin duda ese caballero era algún millonario......

—"Pase Ud. adelante señor don Nicomedes," dijo con acento alemán un hombre alto, flaco, imberbe y agrio, que se asomó por el vano de una de las puertas

y que al determinar á Cortina dulcificó un tanto su áspera fisonomía. Era el gerente.

Diez minutos más tarde, Cortina cobraba en la caja del banco — un soberbio departamento con rejas de hierro sobredorado y enormes cajas negras — diez mil pesos que le habían dado con su firma; y Cuernavaca marchábase con trompetas destempladas, no obstante el haber ofrecido la hipoteca de su finca, á buscar en otra parte los tres mil pesos necesarios para el levantamiento de su cosecha.

Nicomedes salió del banco; subió á una carretela que en la calle le aguardaba, se detuvo en una tienda en la que pagó cien pesos por un ramo lujosísimo que con su lacayo envió como presente á Hortensia Crispi y, manejando él solo, se dirigió á su oficina, en cuya puerta hizo entrega del vehículo á otro sirviente. Por el teléfono comprometió un asiento del teatro para esa noche; y después de meter el dinero en su caja de hierro se sentó ante el lujoso escritorio de su despacho.

El cual, para seguir á su dueño en su fortuna, no era ya la mal amueblada y poco limpia covachuela de hacía seis meses, sino una flamante y suntuosa oficina armonizada con los nuevos posibles del propietario. Conservara Cortina el carácter de agente comisionista, aúnque ya no se ocupaba en comisiones, por el buen parecer y por tener pretexto para gastar oficina abierta; pero halló mucho más de su gusto el título retumbante de "banquero," con el que decoró su puerta, para dar á entender á amigos y á enemigos que giraba "por su cuenta."

Embebido se quedó ante su escritorio, consultando

unos librotes ricamente encuadernados, con todos los sellos que las leyes exigen, debidamente rubricados de Juez y de Escribano, en los cuales llevaba su contabilidad complicadísima. Si Nicomedes supiera historia, de fijo que, parodiando al bárbaro Atila y aún enmendándole la plana, habría exclamado con orgullo: — "Donde yo pongo la mano brota el dinero," misión verdaderamente distinta de la que aquel salvaje guerrero atribuía á los cascos de su caballo, aniquiladores de toda yerba. Porque, en efecto, desde que se metiera en los negocios, con tanta suerte y de tal modo le habían éstos menudeado, que el novel banquero se diputaba ya por hombre rico.

Imposible averiguar cómo se las compuso, aúnque sea lo probable que con los relieves ganados en la ruleta y con la ayuda de algunos amigos, se echara en la general y torrentosa corriente de las especulaciones que á la sazón cubría al país con su ola inmensa; y que, nadando aquí, sumergiéndose allá y reapareciendo acá, se encontrara finalmente metido hasta los sobacos en aquel revuelto mar del alto comercio y de la banca, con que soñara tantas veces y en el que todos, con mayor ó menor habilidad, sin darse punto de reposo, ejercían de pescadores. Lo cierto es que en aquella sazón eran sus negocios baturrillo tan complicado, que á veces él mismo no lograba entenderle. Y ganaba dinero — ó creía ganarle — de manera fabulosa, con lo que, y con que la gente compartiera su creencia, se había convertido en uno de los personajes de más peso y de más fuste del "mercado."

Nicomedes Cortina recorría las páginas de sus librotes y en ellas encontraba el catálogo de sus operaciones

audaces, de sus escarceos de especulador atrevido, de sus sergas de hombre de negocios. Primero venían los bancos, ni tan lujosos todos, ni tan espléndidos como el B. U. F. el ¡ Buf ! de los tigres y de las estatuas ; pero sólidos y respetables al decir de sus directores y al creer de los pazguatos. Habíanlos hasta diez y seis, distintos, con edificios propios, con grandes personales generosamente remunerados, con más ó menos lujos en sus instalaciones. Eran entre otros, el "Fiduciario," que dirigían Casavieja, Gamelli y Zamacona ; el "Territorial," otro palaciazo superior al del "Buf," dirigido por Gamelli, Zamacona y el yerno de Casavieja, chico muy listo y muy discreto ; el "Centro y Sud Americano," que gobernaban Casavieja, Zamacona y un polaco cuñado de Gamelli ; el "Chapín," el de "Guatemala é Inglaterra," el de "París y Chiquimula," el "Judío," el "Suizo"......una verdadera erupción de bancos, dirigidos por los mismos hombres, por identico círculo, todos confabulados, con tendencias análogas y análogos vicios, todos dedicados — hecha excepción de algunos que, no contaminados aún por la universal locura, se manejaban á la antigua — todos dedicados á fabricar billetes y á dar dinero á premio, no siempre á los individuos del pelaje de Cuernavaca, siempre á los congéneres de Cortina.

Al cual decían sus libros, con la elocuencia de sus columnas atestadas de números, que era dueño de acciones de diez de estas diez y seis empresas y que tenía en ellas metidos ochenta mil pesos. Sorprendíase él mismo de verse amo y señor de tantos papelotes, lujosamente impresos, llenos de firmas respetabilísimas, pareciéndole un sueño que él, "el buen Nicomedes,"

hubiera llegado á forzar la puerta de aquellos establecimientos, no ya como pobre husmeador de negocillos insignificantes, sino como socio principal y considerado de ellos. Y se acordaba del sencillo método que empleara para hacerse dueño de aquellas acciones constitutivas de buena parte de su fortuna y de no pocas de sus ilusiones de color de rosa. Para comprar del "Turco," le había prestado á descuento el "Chapín," mediante prenda de sus acciones del "París y Chiquimula," adquiridas mitad con el dinero ganado en la ruleta y mitad con el crédito. Luego empeñó las del "Turco" y compró del "Judío;" y con las del "Judío," que dejó en prenda en el "Fiduciario," se metió en el "Buf" como Pedro por su casa: y así sucesivamente, manejando el crédito, el gran resorte formidable de los tiempos modernos. Por manera que de todas las acciones de banco que pomposamente figuraban en sus inventarios, casi no había una sola en su poder; pero él cobraba los dividendos y no pagaba los intereses, que le fueran de antemano descontados. A más de que no le faltaron amigos de su propio pelaje, metidos como él en todo aquello, que le prestaran sus firmas mediante otras que él á su vez generosamente les concediera; y de esa suerte había obtenido lluvia de pesos para otros negocios. Y era lo célebre, que viéndole hombre de cien acciones de diez bancos diferentes, nadie cuidaba de profundizar en la cosa y todos, sin disputa, le concedían lugar principalísimo entre la gente de negocios.

Después de recorrer algunas hojas de su soberbio "Mayor," se halló Nicomedes con otras columnas llenas de números relativos á la segunda especulación

de las suyas: las construcciones. ¡Oh, las construcciones! Decía la gente, y Cortina lo afirmaba bajo juramento, que Guatemala había de convertirse á la vuelta de pocos años, en un París pequeño, en una perla preciosa que sería el orgullo de América. Atraída por los negocios y por el trabajo, tenía de venir la inmigracion: cientos, millares, millones de inmigrantes, destinados á engrandecer la ciudad, á transformarla en centro tan populoso, que mal año para México y para Santiago y aún para la misma Buenos Aires. Al impulso irresistible y fecundante del capital, brotarían barrios nuevos, magnos edificios al estilo moderno, grandes calles recorridas por tranvías eléctricos, *boulevards* plantados de frondosos árboles, paseos con cardúmenes de estatuas, de fuentes y de alegorías, palacios y templos suntuosísimos......

Cómo, por qué, y en virtud de qué leyes se verificarían ese crecimiento y esa grandeza; cuál fuera la causa de aquella plétora de habitantes, ni para qué averiguarlo: aquello debía ser así, porque sí; y adelante no se pasaba.

Y con el fin de preparar la mansión de los inmigrantes futuros, se construían ya los nuevos barrios, los preludios de las magnas obras; se trabajaba con actividad febril y se hacía del dinero el derroche exigido por los materiales y por la mano de obra que la excesiva demanda pusiera carísimos. Eran tres los barrios que ya brotaban, en espera de sus habitantes, aumentando la ciudad para que hubiera donde alojar á los que vendrían, nadie sabía á ciencia cierta de dónde. Uno al Norte y los otros dos al Sur de la ciudad melancólica y pacífica, cuyas calles tristes y quietas se

burlaban de los soñadores y de los ilusos. Llamábase el del Norte, *Calderón de la Barca*, sin que las gentes pudieran explicarse por qué extraña asociación de ideas, se aplicaba el nombre del gran dramaturgo del siglo de oro á aquellas viviendas bajas y feas que empezaban á esbozarse en los alrededores de Jocotenango. Eran los del Sur, *La Exposición* y *el Progreso;* y en los tres se miraban casas á medio construir, montes desbrozándose, materiales en número inmenso acaparados, ir y venir de arquitectos, de albañiles y de carpinteros y el trabajar rápido y violento de personas á quienes urgía concluir, sin duda en previsión de que los inmigrantes pudieran llegar de un día á otro y se regresaran por donde vinieran, al ver que no les recibían habitaciones razonables. Y era de ver el entusiasmo de los constructores, soñando con la ciudad futura: aquí habría una plaza; en el centro de ella una estatua; en aquel sitio una fuente; por esta calle — aún no trazada — pasaría el tranvía eléctrico; en aquel extremo levantaríase la sinagoga; más allá bulliría la población heterogénea dirigiéndose al teatro......

Nicomedes era accionista de las tres sociedades constructoras y de otra, asimismo anónima — "La Industriosa" — cuyo oficio era fabricar los materiales de que las primeras se atiborraban. Cuarenta mil pesos tenía en estas acciones; cuarenta mil pesos, conseguidos en los bancos con prenda de otros papeles, con firmas de nuevos amigos que, como él, andaban locos con los negocios y con las especulaciones, contaminados de aquel virus de grandeza y de insensatez que por todas partes se infiltraba y todo lo invadía y no dejaba títere con cabeza. Y pensando en aquellas acciones, en la

gran fábrica de materiales cuyas chimeneas echaban torrentes de humo negro, en los tres barrios que ya surgían rodeando á la ciudad con un cinturón de andamiajes y de paredes nuevas, de veras se entusiasmaba Nicomedes y de veras creía ser algo, siquiera fuera un fragmento, del Creador á cuyo impulso brotan las obras grandes y admirables.

—"Si," decía cuando alguno le objetaba: "esta ciudad tan triste, tan mustia y tan despoblada; esta ciudad melancólica en cuyas calles desiertas se puede impunemente azotar un Cristo tan pronto como suenan las ocho de la noche, nosotros la transformaremos, la engrandeceremos nosotros! Los viejos edificios enanos, con sus techos insoportables hechos de tejas en los que verdeguean los líquenes invernales, caerán con estrépito, para dejar su sitio á las construcciones elegantes y modernas, cuyos pisos se elevaran gráciles y robustos, sin aleros, sin maderámenes y sin esas insufribles ventanazas que no parecen sino rejas de calabozos obscurísimos. Las casucas que existen en los barrios, morada del pueblo infecto y desaseado, serán demolidas y sus habitantes huirán á los campos á revolcarse en su propio estiércol, lejos de los centros civilizados. A las aceras miserables, á nuestro infeliz empedrado blanco, propicio á las oftalmías, substituirán adoquines y ladrillos de cemento! Surgirán los palacios de los grandes capitalistas, los edificios monstruosos de los bancos enriquecidos hasta la locura, las construcciones de hierro de las compañías anónimas ebrias de millones, el teatro de la ópera al Norte: al Sur el mercado inmenso; al Oeste el parque vastísimo...... Y los pobres, los del pueblo miserable, los que se aferren á

la idea de conservar esta población tal como es hoy, este cementerio de vivos en que el tedio tiene su trono, esos......fuera! fuera de aquí, carroña!"

Y no parando allí, metiose en las compañías industriales, que ocupaban en su *Mayor* largas páginas. En ellas le introdujo Ercole Crispi, su futuro suegro, de cuyos consejos en materias mercantiles él era cumplidor obediente y sumiso. Eran más de veinte empresas, todas presididas, dirigidas ó intervenidas por Ercole, que en ellas tenía su trono, su lugar propio, sin por eso dejar de mangonear en los bancos y en las construcciones. Imposible pensar en sociedad alguna sin tocar antes con el italiano, que era siempre el encargado de obtener la concesión, de redactar los estatutos, de buscar subscriptores, en pago de la cual se le asignaban pingües acciones liberadas, con lo que el gran Crispi había obtenido consideraciones más grandes de las que ya antes usufructuaba y era diputado por la primera autoridad del país en materia de finanzas.

Pues estas compañías industriales eran entre otras — y todas más ó menos con los mismos accionistas — la "Gran fábrica democrática de calzado," con edificio propio y flamante maquinaria y la cual se proponía monopolizar la fabricación de zapatos y había ya repartido un dividendo gordo, sin perjuicio de prometer otros aún más gordos; la "Pecuaria guatemalteca," cuyas acciones se cotizaban altísimas, destinada á ocuparse en las grandes matanzas de ganado y á echar por tierra á los ricos criadores aristócratas; la "Pizarrera," para explotar unas minas de pizarra que estaban aún por descubrir; la "Tabacalera," cuyo engrandecimiento dependía de que se arruinara el comercio de

tabacos de la Habana; la del "Palo de Campeche," la de "Navegación del Polochic," la de "Inmigración egipcia," la de "Aclimatación del Avestruz," que ya había pedido al Africa un millar de estas interesantes corredoras; "La Mutua," de seguros de vida; la "Rápida," que construiría ferrocarriles; la "Bananera," para mandar plátanos á los Estados Unidos......

Fuera de estas sociedades, en las que Nicomedes tenía acciones por más de cincuenta mil duros, era propietario de otros cincuenta mil en bonos de todas las deudas, cuyos intereses religiosamente le eran cubiertos por el Estado. Sólo que la mayor parte de aquellos bonos, los tenía empeñados, para poder girar más ámpliamente con el dinero percibido sobre ellos.

Finalmente, el negocio monstruo de Cortina, el que le iba á dar mejor utilidad según sus cálculos—su grande empresa, era una compañía de ópera italiana que muy pronto vendría del extranjero á lucirse en el Colón. Nicomedes, asociado del maestro Mascarini, hombre entendidísimo en materia de ganado teatresco y de representaciones dramáticas, había obtenido del Gobierno una subvención de ochenta mil pesos, para contratar á los mejores cantantes europeos. Cuarenta mil, pagados ya por el Fisco bajo la fianza del banquero, sirvieron á Mascarini para marcharse á Europa, donde debía ya de estar enganchando cómicos, coristas, mimos y bailarinas. Nicomedes le fue á acompañar al Puerto de San José; le deseó feliz viaje; le abrazó estrechamente; y, ya en el muelle:

—"Compañero," le dijo—"Sobre todo le encargo muy especialmente, que me traiga una bailarina ó corista de lo mejor: un *boccato di cardenale*, exclusiva-

mente para mi. Escójala Ud. como si fuera cosa propia: ni muy alta ni muy baja; rubia, con hermosos ojos azules, regular de gorda y muy ardiente......"

Mascarini se lo prometió con la mayor amabilidad del mundo.

Esperábase con ansia á la nueva *troupe* la cual, según promesas del italiano, sería compuesta de magníficos artistas. Vendría un cargamento de muchachas guapas y gentiles, para proveer á los jóvenes distinguidos de la capital, que ya se relamían de entusiasmo aguardando ansiosos la carne importada. Aquel era quizás el *truc* más importante del negocio; y cuando la compañía viniera y el gobierno soltara los otros cuarenta mil pesos y el Colón rindiera pingües utilidades, la jugada quedaría redonda, magistral, magnífica. Mientras le llegaba su italiana, Cortina tenía amores platónicos con Hortensia Crispi, su novia desde hacía seis meses, y sostenía otra clase de relaciones con Rosa Rios, tiple de una mala compañía de zarzuela que daba piezas del genero chico, por tandas.

Con esta balumba de negocios, con la novia del gran mundo, con la querida del teatro y con otros placeres que le menudeaban, le vinieron á Nicomedes grandes pujos de grandeza, soberbias inauditas y acritudes de carácter.

Pasábase el día entre los negocios y los placeres, derrochando las que él consideraba sus ganancias, siempre excitado, siempre en la áspera persecución del dinero, tras del cual corría como insensato, cual si eso fuera el único objeto de la vida, para emplear después en derramarlo facilidad mayor de la que empleara en adquirirlo. Mirábasele siempre inquieto, nervioso;

devorado de proyectos y de ambiciones, maquinando cada vez cosas más grandes, prohijando todas las audacias y todas las locuras, gastándose en excesos de calavera. No salía de una preocupación sino para dar con otra ; y en las horas en que debiera entregarse á descansar de aquellos tráfagos y de aquellos ajetreos, no hacía sino fatigarse más con el juego, con el alcohol ó con las mujeres.

Su casa había cambiado tambien con su fortuna : ya no era el chiribitíl de antaño, sino una habitación decente en la que su madre y su hermana vivían con relativa comodidad y ya no "cosían ajeno" — positiva ventaja de todos aquellos negocios y de toda aquella banca. Pero ¡ mejor mil veces la zahurda antigua, tranquila y plácida, que no la casona actual, á la que el ex-comisionista llegaba enervado, con fatiga, sin frescura de alma y sin frescura de cuerpo, con humor de todos los diablos, armándoles camorra á la madre y á la hermana, convertido en hombre exigente, en una especie de amo de las dos mujeres que no le reconocían !

— "En mala hora y en punto menguado," decía la madre, "se metió este hijo mío á negociante y se hizo rico. Antes era la dulzura misma, la amabilidad personificada ; antes era buen hijo y excelente hermano : ahora mírale grosero é irascible, intratable y brutal, olvidado de los respetos que nos debe." Y la buena mujer lloraba, echando de menos aquel su Nicomedes pobre y humilde, que dormía en el modesto catrecillo de hierro, que ganaba su vida con el sudor de su rostro, que era con todos afable y bondadoso.

De sus amigos de antaño, de los que con él compar-

tieran sus antiguas miserias, no le quedaba uno solo. Habíase deshecho de todos, considerándolos muy poca cosa para él, que ya iba á grandes bailes y que era recibido en las casas principales y jugaba al dado con los príncipes de la banca.

Hasta riñó con Chico Fernández, su compañero de la infancia, su íntimo amigo en prósperas y adversas fortunas, cuya bolsa siempre estuviera abierta para remediarle sus angustias, cuyo afecto nacido en los bancos de la escuela, no le abandonara nunca. Desde hacía tiempo empezaba á pesarle la amistad de Chico, que le estorbaba en sus relaciones de gran señor, que no podía acompañarle en sus aventuras de gran tono. Fueron viéndose cada vez menos y su buena aparcería antigua, empezó manifiestamente á enfriarse.

Y quizás no era el menor de los motivos de aquel enfriamiento, la circunstancia de que Chico iba en el carro triunfal de Nicomedes, representando el papel del esclavo que acompañaba á los vencedores romanos, recordándoles su calidad de mortales.

—"Pero vamos á cuentas," le dijo un día Chico, asustado al ver el *mare magnum* en que Cortina navegaba: "¿Cuánto es lo que tú tienes, tuyo; y cuales son tus ganancias?"

Y resultó que el activo del banquero, en guarismos nominales, ascendía á doscientos cincuenta mil pesos, representados por un cúmulo de acciones y de documentos; que su pasivo, en distintas é intrincadas deudas y sin contar las firmas de complacencia que prestara, era de doscientos cuarenta y cuatro mil, con lo que en buenas cuentas, no quedaban líquidos sino seis mil pesos, los mismos seis mil pesos ganados en la ruleta

memorable; que "aquello" le producía una renta mensual de tres mil pesos, de los que, deducidos los intereses, le venían á quedar mil libres, que apenas le alcanzaban para sus gastos y para la satisfacción de sus nuevas necesidades y exigencias y que, por último, si vendiera sus acciones y sus bonos y todo lo demás en aquel mismo instante en que los papeles iban de alza, le quedaría en caja una utilidad de cincuenta mil pesos en moneda sonante.

—"Y ¿por qué no te apresuras á vender esos papelotes para realizar una ganancia positiva?"

—"¡Blasfemo!" dijo Cortina, exaltándose ante las observaciones de Fernández, cuya censura no le caía en gracia. "¡Te atreves á llamar papelotes á mis acciones!......" Y luego, mirándole con lástima y haciendo un gesto desdeñoso y sarcástico—"¡Cincuenta mil pesos! ¿Para qué quiero yo cincuenta mil pesos? ¿Qué valen? ¡Eso lo tiene cualquiera! Eso puede deslumbrar sólo á infelices como tú! Yo necesito medio millón por lo menos y te juro que he de sacarlo ó dejo de llamarme Nicomedes Cortina!"

—"Sacarlo...... está bien; pero ¿de dónde?"

—"De mis acciones; de mis bonos; de la compañía de ópera, de mis actuales negocios, de otros que imagino; de todo esto que bulle en mi cabeza y á veces me quita el sueño; de lo que se respira en la atmósfera de Guatemala y corre en nuestra agua y sopla en nuestros vientos y se infiltra por todos nuestros poros! De allí: de esa balumba de papeles! ¿La ves? Es decir...... verla no puedes, puesto que toda está empeñada, ó por lo menos lo está en su mayor parte, sirviéndome para esgrimir el arma poderosísima del

crédito — Pues esa balumba de "papelotes" — como tú neciamente los llamas, — que ahora vale trescientos mil pesos, valdrá mañana quinientos mil, pasado mañana ochocientos mil... Y entonces quizás venda. Venderé para volver á comprar, para darle al dinero infinitas vueltas entre mis manos; porque así son los negocios, desengáñate: el dinero ama al que le mantiene en actividad constante y no se conduce mal sino con aquel que le guarda neciamente."

— "¿Y no temes que toda esa papelería con la que tanto te entusiasmas, esa papelería que á mí me produce el efecto de un juego de azar, un golpe de dados en grande — un juego, para decirlo en una palabra — baje en vez de subir y te aplaste?"

— "¡Bajar!..... ¡Bajar!....." Y Nicomedes miraba á Chico de hito en hito, con la faz cerrada, cual si no comprendiera, cual si en verdad el verbo "bajar" fuera alguna palabra hebrea ó china. Por poco se sofoca. "¿Bajar, has dicho? ¿Qué tiene de bajar, insensato, pedazo de alcornoque, niño inocente que ignoras el *a b c* de los negocios? ¿No ves cómo sube todo y por la acción que hoy subscribes y aún no piensas pagar, te ofrecen primas mañana mismo? ¿Qué, estás ciego ó eres por tal manera bruto (*y al decir esta palabra, de veras estaba furioso y de veras mereció admiración la paciencia de Fernández*) que se te oculta el movimiento general de los negocios? Sube el café en los mercados extranjeros; y el fruto exquisito que antes no valía nada, se vende hoy á precios fabulosos; y en cambio del grano dorado y riquísimo cuyo perfume embalsama nuestros campos, en cambio de los sacos con que henchimos los férreos vientres de los vapores, Europa

nos devuelve agradecida su oro, sus sedas, sus lujos, sus obras de arte y las maravillas de su industria......" Y viendo que Chico quería meter baza: —"No me interrumpas, pedazo de...... Sube la propiedad raíz, y al subir, enriquece á todo el mundo; las fincas, las casas, valen hoy cinco veces más que antes; sube el azúcar; suben las acciones de todas las compañías......"

—"¡Y sube el cambio!" interrumpió Chico.

—"Si lo tomas por el lado de interrumpirme á cada paso, no acabaremos nunca (*agrio ya y deseoso de conservar las distancias*).—Suben los bonos, todo sube. Y todo seguirá subiendo, porque cuando estos negocios envejezcan, habremos inventado otros nuevos...¡Bajar dices! Bajar, cuando estamos cambiando la capital hasta el punto que si un viejo de hace veinte años se levantara por milagro de su tumba, caería muerto otra vez inmediatamente, del purísimo susto de ver con luz eléctrica, con tranvías, con grandes edificios y con todo lo demás á su Guatemala de antes, á la necrópoli en que vivían nuestros padres! Bajar, cuando están por venir las grandes industrias, cuando se diseña ya la red de ferrocarriles que ha de cruzar el país, cuando los transatlánticos están en vísperas de llegar á Puerto Barrios y cuando mañana podremos coger á Europa con las manos, como si dijéramos!"

—"Ojalá que así sea; pero por mi parte y á fuer de antiguo condiscípulo tuyo y de amigo que siempre te ha estimado, quisiera traerte á la memoria un proverbio que á mi juicio envuelve el consejo que á tí más te conviene.

—"¿Y cual es ese proverbio?"

—Pues aquel tan usado de nuestros viejos: *más vale paso que dure y no que madure.*"

—"Ya! Me haces gracia con tu madure y con tu dure. La eterna lógica de los chochos: matarse trabajando para acaparar unos cuantos pesos miserables y para que, al venir la muerte, después de una vida de labor continua, se encuentre uno con aquello de "lo comido por lo servido:" escoger neciamente el camino más largo y el más áspero..... Bah! tú estás loco!"

—"Me parece que el loco eres tú," dijo Chico, ya incómodo.

—"Tú me cargas, por fin. ¿Y á ti, qué te importan mis negocios? ¿Quién te ha dado vela para este entierro ni quién te ha nombrado curador ó consejero mío?"

Y naturalmente, Fernández se había escamado. Si él se metía en aquello, era por cariño......—"Pero, puesto que mis observaciones no son de tu gusto, ricazo de nuevo cuño, tendré cuidado de excusarlas; y aún excusaré el verte, para que mi figura no te haga estorbo, porque aún tácitamente, con mi presencia sola, tendría yo de reprobarte tus insensateces."

Dijo: y se marchó sin que Cortina intentara siquiera detenerle. Y los amigos y el club y las diversiones y Hortensia y Rosita Ríos, hicieron que no volviera á acordarse de su inseparable Chico.

Aquella tarde, después de despachar sus negocios, Nicomedes, que por casualidad no tenía convite, dispuso ir á comer á su casa antes de marcharse al teatro.

Y en la calle, en la ardiente tarde de mayo, bajo el

cielo nublado que encerraba á la tierra como enorme estufa, le pareció que la ciudad presentaba inusitadas animaciones ; la vio llena de obras en las que se construían las casas del futuro y se reedificaban las casas del pasado : vio á los albañiles subidos en los andamios, derribando y construyendo, colocando materiales, substituyendo los antiguos tejados por elegantes cornisas y los vio en el suelo, arrancando las piedras de las aceras, para colocar en su lugar ladrillos de cemento : y vio cómo se levantaban entre redes de alambre los postes de hierro en que habrían de colocarse espléndidas lámparas eléctricas, cuya luz alumbraría la muerte del pasado y el nacimiento del futuro ; vio los paseos que se abrían, las estatuas que se levantaban, los palacios en esbozo, la ciudad trasformándose como crisálida que deja de arrastrase y surge de su encierro convertida en pintada y brillante mariposa. Y pensó que él y los que con él estaban, eran los que tenían razón, los que permanecerían triunfadores en su audacia imprevisora ; y ante los rostros alegres y afanados de los que marchaban en busca de grandes negocios, soñando fortunas colosales ; y pensando en las fiestas que se preparaban y en los derroches que se condensaban en la atmósfera y en las grandezas que ya se entreveían : y en presencia de aquel conjunto de risueños celajes, de aquella masa de ilusiones y de esperanzas, se deslumbró y no vio el punto negro al rededor del cual crecería alguna vez la tormenta horrorosa y pensó que él y los que obraban como él y los que navegaban con él en el piélago de las especulaciones, serían los dueños del porvenir, que habría de otorgarles la victoria.

V

La semana que precedió á aquel domingo, que debía ser célebre en la historia de Cortina, fue una de las más borrascosas de su vida de hombre del gran mundo.

Durante aquellos siete días habían de tal suerte menudeado sobre él las diversiones, los jaleos y las aventuras, que ni siquiera dispuso del vagar necesario para ocuparse en sus negocios. Verdad es que por este lado hallábase perfectamente tranquilo: despachos de Mascarini elevaban al quinto cielo á la compañía de ópera ansiosamente aguardada; y aún uno de esos despachos, escrito con clave especial, anunció á Nicomedes el feliz desempeño de su encargo; estaba lista para él una moza de rechupete; una italiana — de Nápoles — de lo más bello que "en gran parte de lo descubierto de la tierra pudiera buenamente encontrarse." Las acciones y los bonos seguían subiendo, cual si juraran conceder la razón á Nicomedes en sus optimismos. Nada. Que no había causa alguna de preocupación y que el chico podía muy bien darse el gusto de dedicar unos cuantos días única y exclusivamente al regodeo y á la *parranda*.

Y sucedió que, casi sin sentirlo, aquellos siete días se le pasaron en frasca y en diversión perpetuas. La cosa había empezado el domingo anterior, en los toros, por haberse reunido allí con un grupo de amigos, de lo más eximio de la juventud alta y dorada de la capital.

Comieron esa noche en el *restaurante* de moda, no

escaseando los vinos y las viandas apetitosas, y luego marcharon al teatro á oir la *Verbena de la Paloma*, que por entonces "hacía furor." En un entreacto — el único en que Nicomedes pudo escaparse de la alegre turba, subió á saludar á Hortensia Crispi, que ostentaba en su palco su nariz enorme, verdadera excrecencia entre la cascada de encajes, de sedas y de pedrerías de que la niña estaba cubierta y de la cual brotaban los brazos gordos y apetitosos y el nacimiento de los pingües senos, que casi hacían que se la perdonara la nariz insufrible. Después de la función y sin acordarse de Rosita Ríos que estaba enferma, partió Cortina en unión de sus amigos y cenó con ellos en el Gran Central, de donde la comitiva se marchó á visitar á unas chicas del partido, cuya "mansión de amores" quedaba algo remota. Iban por la calle, metiendo ruido, riéndose á carcajadas, cantando trozos de *La Verbena*......

"Una morena y una rubia,
Hijas del pueblo de Madrid......"

Y llegaron á la casa, que estaba lujosamente puesta y cuya puerta les abrió un negro abominable. Eran hasta doce yankees, que chapurraban malditamente el castellano, todas pesadas y sosas, vacas obesas, sin pizca de gracia ni de espíritu. La comparsa invadió la casona, que estaba profusamente iluminada de luz eléctrica y situó sus reales en la sala, á donde no tardaron en acudir las hembras, llenas de afeites y apestando á perfumes baratos, con grandes escotes y trajes flojos que dejaban resaltar las formas, pronunciando medias palabras en su español infame, con mucho de "*my darling*" y de "*my sweet heart*" y de besos apasiona-

dos, perezosamente fingidos. Alguno se sentó al piano y pronto empezó una danza descabellada é impúdica, con groserías de los hombres que trataban con brutal desprecio á aquellas mujeres envilecidas, en tanto que ellas todo lo soportaban, en espera de la paga que no habría de faltarlas. Hubo coros macabros y destemplados, canciones obscenas, bailes indecentes, cancanes ruidosos y gran profusión de champagne, del que hicieron beber hasta al malísimo piano de la casa. Se rompieron con estrépito copas y botellas ; se emprendieron pugilatos entre hombres y mujeres, que terminaban por rodar de los luchadores, ebrios, por la alfombra húmeda con las libaciones ; y por último cada mochuelo marchó á su olivo á pasar una noche de insípido amor comprado.

Al día siguiente, parte por que no los vieran salir de la infecta morada, parte por cansancio y por pereza, resolvieron pasarlo allí, en la amable compañía de las *gringas*, que despertaron ojerosas y rendidas de la faena de la víspera, con arrugas en el rostro y canas en los cabellos, con la piel marchita y sin nada de los oropeles ni de los relumbrones que, de noche y á la luz engañadora de los focos eléctricos, deslumbraran á sus amantes de un minuto. Allí almorzaron mucho después del medio día y allí fueron explotados terriblemente ; durante el día jugaron á las cartas por distraerse y en la tarde pidieron coches y se marcharon á la Reforma, después de despedirse de las chicas ofreciéndolas pronto regreso y más generosos dispendios. En la Reforma, que apenas estaba concurrida, no tuvieron ocasión de hacer raya, ni de que alguno se enamorara de sus aires soñolientos de calaverones incorregibles.

Nicomedes guiaba una carretela, en la que íban otros tres amigos y no tuvo ocasión de ver pasar sino rarísimos coches, en uno de los cuales iba Hortensia Crispi — su Hortensia, que le miró con ojos que á él se le antojaron de cariño y á la que él saludó cortesmente. Sus amigos le preguntaron para cuándo era la boda.

— "Todavía no se sabe á punto fijo," contestó él.

Después de dar algunas vueltas se fastidiaron.

— "Esto es idiota," declaró Nino Rocafuerte, que iba junto á Nicomedes; y de común acuerdo resolvieron volver á la ciudad y comer en el mismo punto de la víspera. Acabaron á las ocho y media y algunos de ellos tomaron soleta, cansados ya de tanta juerga. Nicomedes fué de los que se quedaron y se marchó con los otros camaradas á uno de los clubs, con el propósito de gandulear, de matar el tiempo y aún de jugar un poco, como para ello hubiera ocasión y ganas.

Diéronse en el club con viejos abonados, jugadores de alto coturno ellos, que se dignaban á veces de apostar con los jóvenes, para mostrarles los senderos que guían á la alta tahurería. Para Cortina era grande orgullo el tratar con aquellos personajes, con aquellos "maestros," que andaban como él en los negocios y en la banca.

Dos de los viejos opinaron que en el club no se podía jugar á gusto esa noche, por esto ó por lo otro, é hicieron moción para que la sociedad se trasladara á cierta casa de confianza, en donde, al mismo tiempo que jugaran, beberían de un traguillo digno de los dioses. "Como se pide," contestó la comparsa en el acto y todos, jóvenes y viejos, maestros y discípulos, se mar-

charon con buen compás de pies en direccion á la susodicha casa de confianza, donde se bebía el ponderado traguillo digno de ser catado de los inmortales. Los maduros prometieron que, después del juego, se haría escala en la mansión de unas chicas que ellos habían descubierto y que eran de gran mérito. Muchachas honradas, casi doncellas, de buena conducta, que no gustaban de exhibirse y que solo recibían á personas de calidad. Aquello se aprobó por el voto unánime de los circunstantes y la visita á las perlas de que hablaran los viejos se anotó en lugar principalísimo del programa.

Llegaron á poco á uno que no parecía sino tugurio sospechoso, húmedo por fuera y pésimamente encarado; pero que de puertas adentro derrochaba claridad y lujo. Manejaba aquel "establecimiento," un hombrecillo imberbe, alto, flaco, amojamado, de muy pocas palabras y rostro tal que hacía parecer dulce al mismísimo vinagre. Este gallinazo, queridísimo y muy considerado de su clientela, entre la cual disfrutaba de grande influencia, era el natural alcahuete de los jugadores de fuste, á los que cobraba gruesos derechos, so color de comisiones, de gastos generales, de primas, de desembolsos para mantener grata á la policía y obligarla á hacerse de la vista gorda.

En varios de los cuartos se miraba gente conocida y honorable, rindiendo culto al dios del juego; y en uno de tantos, Ercole Crispi, con su enorme humanidad echada sobre una mesa, de veras parecía un sacerdote majestuoso del dicho dios, tal era la prosopopeya con que tallaba. Había rostros alegres de personas gananciosas, rostros furibundos de gente que perdía y rostros

impasibles y estólidos de aquellos que sabían dominarse lo bastante para no dejar traslucir sus impresiones. Oiánse palabras cuchicheadas, murmullos monótonos y tristes como los de alguna iglesia en oraciones; y á veces injurias y juramentos.

Los recién llegados jugaron toda la noche, contra sus previsiones y contra sus propósitos. La partida se complicó y se hizo interesante; los dados dijérase que no sabían decidirse por ninguno de los presentes, la balanza vacilaba, sin resolver á quien correspondería la victoria. A las doce hubo de mandarse por cena y licores á la *Maison Dorée* que estaba próxima y se dispuso aplazar la visita á las "casi doncellas" para mejor oportunidad. Cenaron y brindaron, muy contentos, porque, felizmente, ningún desagrado había surgido. Después siguieron jugando y por último se disolvieron, cuando ya los gallos anunciaban con sus gritos agudísimos la llegada del día. Cortina salió contento, no sólo por las libaciones que menudearan, sino por un millarcito de pesos que bonitamente se había ganado. Admirábase él mismo de su fortuna en el juego, que le parecía extraordinaria. Ni modo de que perdiera; ni aún cuando, para "hacer la mañana," jugaba los *cocktails* en la cantina del Gran Hotel.

Como ya clareaba el día, Nicomedes durmió en la casa de juego con tres de sus aparceros, tres jóvenes, como él, calaveras y distinguidos.

Las doce serían cuando se levantaron con resolución de ir á almorzar al Guarda Viejo. Schuman les envió en el acto un coche, pedido por teléfono; y en él se metieron los cuatro, medio amodorrados, con las huellas del mal sueño y de las visitas que en la pasada noche

hicieran á las botas. En el Guarda, excelente almuerzo, boliche y nuevas libaciones. Después, ayudados del teléfono, tomaron asientos en el teatro y luego, al ferrocarril que les condujo á la ciudad.

Cortina y sus amigos pasaron un instante á la casa de éste. Ni por cortesía se acordaron de preguntar por la madre y por la hermana del hombre, el cual se acicaló y leyó dos cartas que le aguardaban: una de Hortensia Crispi que le hacía reproches por no haberle visto la vispera; la otra de Rosita Ríos que, ya buena de su enfermedad, le comunicaba que podía volver á visitarla tan pronto como lo apeteciera.

—"¡Bien por las buenas fortunas!" dijo uno de los presentes. "¡Bien por los chicos que enamoran por partida doble!......"

Y en el camino del teatro hubo muchas cuchufletas y bromas á propósito de los dos amores de Cortina,—su amor platónico y su amor carnal.

En el Colón fué para Cortina el excusarse con la Crispi, pretextando graves negocios é ineludibles ocupaciones; y, terminada la zarzuela, vino el irse á dormir con Rosita Rios, sin escándalo, sin fiesta, ganosos los dos de reemprender sus amores, que llevaban ocho días de interrumpidos.

Al siguiente día hubo gran baile en casa de doña Marcelina Guerra, señora de muchas campanillas, viuda de un valiente general del ejército. La tal señora—un jamón por lo gorda y una jamona por lo antigua—celebraba el cumpleaños de sn hija Concha, chica izquierda, sin asomo de gracia, alta, macilenta y flaca, con evidentes señales de aquella clorosis que asoma cuando se acercan los cinco lustros y cuyo remedio no

se encuentra en las farmacias ni aún pagándolo á peso de oro.

Nicomedes, que saliera después de medio día del Hotel en que moraba Rosita Rios, estaba invitado á aquel tiberio de gran lujo y tenía el propósito de ir, con tanto mayor motivo, cuanto que su Hortensia figuraba entre las convidadas y aún ambos convinieron en juntarse allí y bailar juntos más de una pieza. La tarde se le pasó en comprarse una gran corbata, camisa bordada, cuellos, puños, botones de brillantes, que deseaba estrenar en aquella fiesta, zapatos de charol, agudos como puñales, y un *clac* que le costó carísimo.

A las nueve de la noche, Nicomedes llegó á casa de Hortensia Crispi, para servirla de caballero y acompañar á la familia al baile. Encontró alli á Ercole, recién comido, beato y satisfecho, como de costumbre ; más contento esta vez que de ordinario, acaso por ser cierto lo que se decía de una gruesa suma que la víspera ó la antevíspera ganara al juego. Ya estaba ensamblado en su enorme frac, que ponía de manifiesto la panza descomunal, que con las riquezas y con la gran posición le había brotado. Las piernas le resultaban cortas y el rostro, afeitado, con el bigote entrecano, tenía aspecto de gran tranquilidad y gritaba sus buenas digestiones y sus buenas noches con queridas amadas por él con sabia y prudentísima moderación. El lujoso traje, junto con los gruesos brillantes de su *plastron* impecable, distaban de revelar en Crispi al *parvenu*, ni al gañán que fuera, sino que positivamente conspiraban á hacerle pasar por un prócer de la mejor ley, sin punta de alquimia ni de falsificación engañosas.

Luego entró Leonor Andueza, que con la edad se había puesto horrible y que venía paramentada de un traje tan ridículo como costoso.

— "Uf! qué calor, Dios santo!" Y reparando en Cortina. "Pensábamos que no venía, Nicomedes..."

Al chico le chocaba su futura suegra de modo inevitable. Nunca, ni rica ni pobre, había sabido de achaque de vestirse bien: gastaba dinerales en trajes y en joyas: portaba sobre sí un tesoro, imaginando que la elegancia consistía en lo costoso de las prendas, como lo sabía muy bien Cortina á quien más de una vez dijera: — "¿Sabe Ud. cuánto me costó esta piel de seda? ¿No? Pues me costó tal disparate en casa de Bauer...... Yo quisiera saber si una gente de poco más ó menos puede permitirse un género de estos. Y el fastidio es que me imitan, hijo; me imitan. Tan pronto como yo estreno un traje, media Guatemala se manda hacer vestidos iguales...... ¿Qué dice Ud. de eso?"

Era lo peor que tenía pésimo gusto, que la encantaba el innundarse de cintajos y de adornos exagerados, el vestirse de colores chillantes y ofensivos, con lo que su opulencia resultaba soberanamente cursi y churrigueresca. Aferrábase á la juventud con todas sus garras; y, no contenta con negar descaradamente sus años, se colmaba de afeites que la volvían más fea de lo que ella era naturalmente: se escotaba hasta lo indecente, para exhibir un par de hombros flacos y descarnados, la garganta marchita y los brazos que parecían cañas por lo nudosos y por lo entecos. Finalmente, Leonor — "esta ruina," como la llamaba Crispi — estaba con los años y con los afeites y con los ador-

nos que literalmente la cubrían, literalmente insoportable. Cortina huyó de ella en seguida, temeroso de que le cogiera en las redes de su conversación anodina y sosa, hecha de chismes y de murmuraciones y se fué á echar con Ercole una mano de plática acerca de los negocios.

Después pareció Hortensia, vestida con el mismo lujo y con el gusto infame de su madre. Parecía de veras una cesta de flores y de cintajos, con todos sus adminículos extravagantes, con sus adornos recargados, llena de ostentación *á outrance*, que resultaba sencillamente cursi. Dijérase al verla un *pierrot* hembra disponiéndose á lucirse ante el público; y los maleantes de la ciudad, por lo emperegilado y chillante de sus trajes, la habían bautizado con el nombre de aquellos cántaros que forrados de papeles de todos colores y llenos de dulces y de bombones sirven de diversión á los chicuelos. Traía el escote al intento exagerado, para exhibir siquiera un poco de lo que por necesidad debe ocultarse; mostraba desnudos los brazos; la cintura mínima, casi absurda; las caderas amplias: todo de acuerdo con las modas contemporáneas que parecen no asignar á la mujer ninguna misión que no sea provocadora y llamativa. Pero si el cuerpo era jocundo y hermoso, la cara no había podido embellecerse por más arte y por más afeites que Hortensia pusiera en juego. Y era lo peor la nariz, la enorme y desaforada nariz, tan fea de suyo, que la niña diera de grado la mitad de sus joyas por trocarla por otra más á su sabor y á su gusto.

Ante aquella polla cuyos veinte años veían en el cuerpo de su madre el reflejo, la promesa de lo que

habrían de ser algunos años más tarde, era de preguntarse cómo Nicomedes Cortina pudo preferirla á Sofía González, su antigua novia, con la qne había roto al no más venirle la locura de la grandeza, sin dignarse de guardar siquiera las fórmulas que exige la cortesía: un abandono brutal, inmotivado, sin explicaciones, que hacía llorar aún á la pobre joven, cuyo amor por el excomisionista era sincero y profundo. Y si al compararlas por lo físico—la González tan agraciada y tan bella, tan elegante en su pobreza; y la Crispi tan malaventurada y tan ridícula entre sus olas de seda—resultaba infinitamente mejor la primera, al compararlas por lo moral y por lo discreto y por lo que á la educación en sus diversos capítulos atañe, el triunfo resultaba con creces brillante para la pobre hija del empleado de Fomento, que, por todos lados valía más que el vanidoso vástago del "Rey de la Bolsa" y del linaje nobilísimo y empingorotado de los Anduezas y Medinillas.

La vaciedad de Hortensia merecía el título de heroica y eminente. Heredó toda la pobreza de espíritu de su madre, sin recoger nada del ingenio acaparador y despierto de Crispi. Era en puridad una sandia, con la que no era posible otra cosa sino los chismecillos y las murmuraciones que tanto encantaban á Leonor Andueza. Tenía del mundo la idea más absurda, pues se figuraba que unos, como élla, como los suyos, habían nacido expresamente para gozar y para ser servidos, en tanto que los otros vinieron á la tierra sin más fines que el de servir y el de que les oprimieran. Cargábase una vanidad y un orgullo insoportables; pero atribuía poca ó ninguna importancia á la limpieza de su sangre, para

asignarla toda al dinero y á los trajes. Figurábasele que los pobres y los que no portaban un capital en su vestido, eran seres inferiores, casi animales, indignos de que se les mirara siquiera. No concebía el alternar con gente que no gastara coche: tenía á menos y consideraba "personas *cualquieras*" á todas las que por lo menos carecían de abono en algún palco bajo del Colón. De hombres, perecíase por los gomosos insignificantes y sietemesinos, cuya habilidad única era la de vestirse y embellecerse y tenía muy en poco á cualquiera otro, asi fuera un sabio ó un hombre eminente. Reducíasele la vida al dinero, al que estaba hecha á considerar como la única divinidad de la tierra; sus pensamientos no llegaban más allá de lo relacionado con el lujo externo, con los goces de la vanidad más insipiente; y en su aristocracia artificial edificada sobre base de oro, tenía ella más tufos de los que su abuelo Andueza tuviera nunca en la suya construida sobre la pretendida nobleza de su sangre. Esto — y algunos devaneos eclesiásticos, hechos más bien que por devoción por *pose*, por llenar sus vacíos, puesto que ella nunca tuviera novio en regla, completaban á Hortensia Crispi.

Seguro que aquella hembra no había hecho brotar pasión alguna en Cortina. Este gozador, hambriento de placeres, ganoso de llegar á la altura por cualquier medio, dominado de la idea de que el trabajo y la honradez son compañeros inútiles en el viaje de la vida, se sintió halagado al pensar en la proporción de tener por novia y más tarde por mujer á aquella que figuraba entre lo más alto de Guatemala. En resumen, su amor se componía de deslumbramiento por la grandeza de su novia y de apetitos por la fortunaza del suegro, de la

que contaba embolsarse buena parte en no más recibiendo la bendición del cura. Para él ese matrimonio era el seguro de vida más eficaz. Existencia de placeres: mucho dinero, posición brillante — ¡ la felicidad sobre la tierra !

Si Hortensia le amara, siquiera con la mitad del amor que le había tenido la noble Sofía González, aquello valiera la pena para Nicomedes. Pero la Crispi era fría é insensible: demasiada carne, demasiado tejido adiposo para que en ella cupiera amor por nada ni por nadie, fuera del amor más desenfrenado de sí misma. Capricho hubo en ella por Cortina, como no otra cosa sino capricho, hubo en Nicomedes por ella. Con todo, los dos se creían adorados.

Aquellos amores no marcharon bien al principio: buen trabajo le había costado á Cortina el hacerse aceptar por novio de Hortensia. La guerra que le hizo Leonor Andueza fue sin cuartel. No bien venteó sus pretensiones empezó á recibirle con sequedad tal, que á no ser por el cariño que le demostraba Crispi, quizás Nicomedes desistiera de su empeño. Decía ella que "ése" era un plebeyo de "medio pelo," sin noble ascendencia, indigno de mujer tan principal como su hija. De veras dijérase resucitado al viejo Andueza con el cardumen de sus pretensiones necias y trasnochadas.

Crispi tampoco gustó mucho de la cosa en un principio, por cuanto veía á Nicomedes pobre y sin porvenir alguno; pero así como le vio levantarse y asaltar puesto distinguido en la Banca y convertirse en hombre que manejaba miles de pesos, abrazó resueltamente el partido del pretendiente.

—"Este chico hará fortuna," se decía. "Tiene talento y disposiciónes—yo le ayudaré y hará fortuna."

Y sentía experimentar por él grandes simpatías, al descubrirlo hombre de su raza, devorado como él de la sed de riqueza, resuelto á subir por cualquier medio.

—"Más abajo empecé yo," pensaba Crispi.

—"Todo está muy bien; pero no es noble," objetaba la obtusa de Leonor Andueza, montada en sus rancias preocupaciones.

—"Déjate de tonterías: déjate de antiguallas estúpidas. *Per Bacco!* Yo no soy noble y sin embargo, te casaste conmigo. Y eso que Pedro Andueza, tu padre, tenía mayores motivos para oponérsenos de los que tú tienes para hacer hocicos á las pretensiones de Cortina." Y, después de reflexionar un rato: "Porque, en fin, aquellos eran otros tiempos y la mujer podía darse el lujo de escoger y de esperar un partido que de veras por todo concepto la conviniera. *Ma* hoy día, dime: ¿No ves cómo escasean los hombres? ¿No ves cómo las chicas se perecen por encontrar marido y no le hallan ni por un ojo de la cara? ¡Y son bonitas! y tienen—si tú lo deseas—doscientas mil cualidades: ¡que si quieres! el hecho es que no se casan. ¡Buenos estan los tiempos para pedir gustos! No: sino ten á Hortensia como santo en escaparate, esperando el advenimiento de algún duque y ya verás como se queda para vestir imágenes. Y noble por noble, y decente por decente, prefiero mil veces á Cortina que es chico de ingenio, que á cualquiera de los parientes tuyos que dado que se case, acabará por botar miserablemente el dinero de tu hija."

Con aquella parrafada, dicha en defensa de su congénere, Crispi hizo que su insignificante mujer — cuya debilidad se plegaba siempre en admiración respetuosa ante la fuerza suya — pusiera punto en boca y Cortina quedó aceptado "en teoría."

Con la doncella marcharon las cosas por el estilo que con su padre. El chico, en sí y como figura, no la desagradaba; pero al principio teníale por tan inferior á ella, por tan ínfimamente situado en la escala social, que apenas se fijara en él, las veces que Crispi le había llevado á la casa. Después de las carreras de agosto, después de las apuestas y después de que mutuamente se pagaron los guantes y los perfumes, llegó el día en que Hortensia se dijo: — "Vamos, este joven ha mordido en el anzuelo."

Aquello de verse enamorada por Cortina la gustó por un lado y la disgustó por el otro. Agradola el dar al fin con un pretendiente, ella que jamás le tuviera, á causa de su físico: cierto que escuchara á veces requiebros que casi de burlas la decían en los bailes; pero novio en regla, tela de donde cortarse un marido, ni olerlo; ni de broma. Y ella venteaba en Cortina al novio, al marido posible. Mas veíale tan por bajo de ella y le consideraba en tesis general con desdén tan grande, que, por otro lado, ni forma de pensar en aceptarle. Para ella aquel chico pobre, que no iba á los saraos de copete, que no se presentaba en coche en "La Reforma" no existía.

Y estos dos órdenes de ideas informaron su respuesta, ni afirmativa ni negativa; desdeñosa si y llena de orgullo, como de divinidad que se digna de bajar hasta un simple mortal insignificante. Con todo, algo se la

escapó, revelador de que en el fondo la mujer se sentía halagada de tener al fin quien la quisiera.

Mas cuando vio á Nicomedes subir como la espuma en la cresta de la ola formidable de los negocios; cuando le vio elegante, inscrito en la pandilla más *chic* y más gomosa de la capital y topó con él en todas las fiestas de tono y en las grandes casas que ella visitaba y supo por experiencia que gastaba palco en el Colón y coche en el paseo y que se casaba con todas las modas extravagantes y exageradas, la chica se cambió como por ensalmo; sus pretensiones se tornaron en simpatías, le encontró muy de su gusto y manejó las cosas de suerte que á los tres meses de requestarla, despues de mucho coqueteo y de muchas alzas y bajas, Nicomedes pudo llamarse orgullosamente su novio.

¡ Oh, qué triunfo para el ex-comisionista á quien el *sí* de aquella moza pareció una especie de consagración, un *pax tecum* que le convertía por virtud propia en hombre grande, admirable ante sus propios ojos!

¿ Qué le importaba que Hortensia no le quisiera como aman las mujeres de corazón y que no le aceptara sino porque era ya bastante para satisfacer su vanidad? Como no le importaba tampoco verse siempre humillado, sujeto á ella y á sus menores caprichos, sufriendo su geniazo voluntarioso y lleno de variaciones. Como tampoco le ardía el verla negarle su cariño y jugar con él y aún hacerle desprecios sólo por satisfacer malos instintos en ella innatos y por obligarlo á suplicarla y á desagraviarla cada vez que la venía el berrinche. Todo lo pasaba él y todo le parecía poco á trueque de tenerla por novia. Parecíale que el prometido de una que se llamaba Crispi y Andueza era una espe-

cie de ser superior y que esa superioridad bien valía cualquier cosa. Con más, que el atrapar alguna vez el fortunón de Crispi, era motivo más que suficiente para que él soportara la posición de lacayo de amor en que le tenía la muchacha y para que fuera servilísimo con ella y aún para que descendiera á cualquiera otra bajeza. Ni aún se le ocurría pensar qué mujer resultaría aquella cuando se casaran — tan dominante, tan vanidosa, tan hueca, tan montada en la idea de que le favorecía altamente poniendo su atención en él. En nada reflexionaba, lleno á su vez de vanidad necia, figurándose que entrar en la familia Crispi era coger el cielo con las manos y que para cogerle bien valía la pena el soportar las impertinencias de su novia y las sandeces amodorradoras de Leonor Andueza. Fuera de que, por de pronto, tenía ya la amistad de Ercole, su consejero áulico en materia de finanzas, su consultor en sus grandes negocios, en los cuales el italiano soplaba como en la hoguera que habría de fundir el oro de su futuro yerno.

Se fijó el casamiento para dos años más tarde, cuando sin duda el novio tendría completamente hecha su fortuna y dispondría de los posibles necesarios para casarse como la alcurnia de la novia lo demandaba y para mantener su posición con el brillo que convenía á la crianza y á la enjundia de su esposa — lo cual en el lapso del plazo sucedería infaliblemente, dados el talento de Cortina y la marcha próspera y bonancible de los negocios.

Pero un criado hizo oir su voz :

— "El carruaje está listo."

Y los Crispis y Cortina descendieron por la escalera, montaron y se dirigieron á la casa del sarao.

En la cual se hallaba congregada *la crema de la crema* de la buena sociedad guatemalense, á creer las pomposas declaraciones de *Caramelo*, el cronista obligado de los salones de moda, que aquella vez no escaseó los ditirambos entusiastas y los términos almibarados. Se bailó toda la noche; se bebió y se consumió de lo lindo y se despedazó en corrillos á la misma que diera el baile y la bebida y el resto. Para Cortina fué esa noche la querella número ciento uno con su novia. Acaparábalo ella, temerosa de quedarse sola y de que no la bailaran; pero tan pronto como Nino Rocafuerte, por humorada, la invitó á danzar, dejó á Cortina y se echó en el bureo, meciéndose en los brazos de su nuevo compañero—mocetón robusto, de ojos y bigotes formidables. Nicomedes, para vengarse, bailó con Milagro Girón y á propósito de esa miseriuca estalló entre ambos la batalla. Se enfureció la Crispi de ver que Cortina sabía consolarse con otra; le dirigió reproches:

—"¿Para qué vienes al baile si no es para bailar conmigo y sólo conmigo?"

Cotestó él; discutieron; hizo gestos y trompas ella y por último vino la riña y aún quedaron en devolverse el archivo de cartas con que habían tramitado sus amores. Cortina se largó del baile, furioso, antes de que concluyera y pasó noche cruel escribiendo cartas á Hortensia, rompiéndolas luego, figurándose que la chica y sus adminículos se le escapaban. La noche siguiente, en la retreta de la plaza de armas, mientras la banda hacía oír los acordes de *Carmen* y la gente

se abigarraba al rededor del kiosko, se reconciliaron jurándose de nuevo amor eterno.

El resto de la semana lo pasó Cortina en nuevas distracciones que se encadenaban engendrándose las unas á las otras como anillos de serpiente. Rosita Ríos, Hortensia Crispi, el juego, las excursiones, las grandes comidas suculentas, las borracheras, la compañía de gomosos de su especie, le embargaron su tiempo y le hicieron derrochar gorda suma de pesos, que él soltara sin afligirse, imputándolo todo á la cuenta de sus ganancias.

Para la noche del domingo, después del teatro, dispusieron algunos amigos celebrar opípara cena en casa de las cómicas. Eran cuatro ellos: Nicomedes Cortina, amante de Rosita Ríos, Nino Rocafuerte, que andaba en tratos con Carmen Alba; Luis Peralta, cuya querida era la descomunal Paca Valero y Jacobo Reynolds, que se entendía con Remedios Zárate. Las cuatro chicas eran de la compañía que representaba en el Colón — españolas muy majas, que se las componían de manera que lográban vender carísimos los restos de sus bellezas medio marchitas. Para la cena se designó un apartado del hotel en que vivián las comediantas y se dispuso que, para amenizarla, hubiera canto y fandango y peteneras y malagueñas. Todo en honor de Rosita Ríos, cuyo cumpleaños caía en el día designado.

La cena resulto alegrísima, á lo que contribuyó en no poco la sal de las heroínas. La Ríos era una andaluza muy hábil para el canto y muy graciosa: irresistible con la guitarra, coqueta y provocativa, semejante á una gata por lo elástico y por lo flexible y delgado

de su delicioso cuerpo de pecadora. Las otras eran asimismo guapas — ó lo parecían merced á sapientísimos revoques — especialmente Carmen Alba, la aparcera de Nino Rocafuerte, que había concebido por él una pasión loca, hábilmente explotada por éste para que su querida lo fuese *gratis*. Comieron como heliogábalos y bebieron de lo caro como silenos, embobándose con las cancionillas picarescas de las chicas, derramando todos frases de doble sentido. A las dos horas todos estaban borrachos y en gran confianza. Los hombres desabrochaban sus chalecos ; las hembras se hacían insolentes y los determinaban con miradas voluptuosas y lúbricas en las cuales ponían nuevo ardor las canciones que cada vez más libres y conceptuosas se entonaban. Rosita Ríos bailó una jota que arrancó alaridos de entusiasmo é hizo gala de desgarbo y deshonestidad que los hombres juzgaron adorables.

Mas cuando parecía que todo iba á terminar tranquilamente, se turbó todo y todo se lo llevó el diablo. Y fue que Rosita Ríos, con los cascos alegres, dió en coquetear con Nino Rocafuerte, para producir celos en Cortina : se sentó junto á él en posición íntima : le dirigía miradas voluptuosas y llegó á tal punto, que Nicomedes, fuera de si y tambaleando de puro borracho, dejó su asiento para plantar tremenda bofetada en la propia nariz de Nino. Todo fuera tortas y pan pintado, sin la Carmen Alba, que al ver como querían robarle su querido, saltó como pantera y se prendió del moño de la Ríos, emprendiéndola con ella á golpes y á arañazos. Aquello se volvió un aquelarre en que había gritos, injurias, bofetadas y efusión de sangre. Cortina menudeaba los golpes sobre Nino : Nino se los

devolvía con usura y aún los condimentaba con formidables coces; la Ríos mordía á la Alba y la Alba clavaba sus uñas en la Ríos y nadie se daba punto de reposo ni dejaba donde ponía la mano cosa con cosa. Las botellas, los platos y las copas volaban por los aires y se hacían pedazos con descomunal estrépito; las sillas rodaban por el suelo, los peinados de las mujeres se deshacían, los trajes se rasgaban, las corbatas de los dos hombres eran girones, y los otros convidados sacaban algunos golpes por equivocación, si se empeñaban en meter la paz en aquel campo de Agramante, en tanto que los criados del hotel reían y gozaban contemplando impávidos el lucidísimo espectáculo.

Sabe Dios como acabara aquella zambra, si á alguno, por vía de recurso heróico, no se le hubiera ocurrido avisar á gritos que se aproximaba la policía. Cesó entonces la tempestad como por ensalmo: pararon tirios y troyanos y nadie pensó sino en ponerse en cobro, temerosos todos de acabar la noche en alguna infecta "sección" de seguridad pública. Lo mejor con que dieron fue el encerrarse en sus cuartos y allí, rápidos, se metieron en sus camas y apagaron las luces, fingiéndose dormidos.

Nicomedes, que echaba sangre por las narices y que tenía un ojo hinchado, durmió sin embargo perfectamente, en los brazos de Rosita Ríos.

VI

Sonaban las tres de la tarde en el reloj de la catedral y era el día siguiente de la gran trifulca, cuando Nicomedes, que tranquilo se hallaba en su oficina, preocupándose más de una equimosis que le apuntaba en el ojo izquierdo, que de pensar en nuevos combates, fue citado por teléfono para encontrarse en su casa dos horas más tarde. A las cinco le visitaron Luis Peralta y Jacobo Reynolds, que iban en nombre de Nino Rocafuerte á desafiarle por la aventura de la víspera. Con ser los dos íntimos amigos de Cortina y compañeros de sus calaveradas, le trataron con fingidas cortesías, como la severidad del caso lo demandaba.

—"Lo que hay, Señor Cortina, es que el Señor Rocafuerte, nuestro ahijado, exige de Ud. inmediata y cumplida reparación en el campo del honor, terreno reservado á caballeros como Ud. y como él...... Un duelo á muerte, lo único que á su juicio puede lavar la ofensa que Ud. le infligió al ser el primero en abofetearle....."

La verdad era que á Nino maldito si se le había pasado por la testa lo del tal desafío; pero Reynolds y Peralta le dijeron que era indispensable, absolutamente indispensable, el batirse, tanto más cuanto que Cortina —que estaba hecho un demonio, según informes, no tardaría en desafiarle. Rocafuerte accedió, pensando que aquello se arreglaría de algún modo; y dijo á sus bondadosos padrinos que estaba dispuesto de todo corazón á dar explicaciones á Cortina y aún á abra-

zarle, siempre que él consintiera en ello, puesto que todo había sido cuestión de borrachera y puesto que aquello, ni con mucho, merecía que dos hombres de mérito como ellos se rompieran las almas.

—"Sea dicho en confianza, señores y amigos"—dijo Nicomedes—"me parece que lo que desgraciadamente ocurrió anoche entre Rocafuerte y yo, no es motivo bastante para provocar un duelo."

—"¡Así se lo hemos dicho!" repuso Jacobo Reynolds, "y hemos luchado cuanto nos ha sido posible para hacerle desistir de su terrible intento; pero......, ¡anda tú......digo vaya Ud. á tratar de sacarle algo á Nino de la cabeza cuando en ella se le clava! Nada: hay que batirse y batirse á muerte porque aquel demonio no admite satisfacciones distintas de las que se encuentran en la boca de una pistola ó en el filo de un sable!"

—"Sea: me batiré," dijo Cortina, que no quería pasar por cobarde, pero pálido como un papel y tembloroso como la hoja que el viento mueve. Y designó á sus padrinos que resultaron ser Pedro del Valle y Escipión Saravia. Se despidieron los otros para esperar en casa de Peralta á los mandatarios recién nombrados; llamó á éstos Cortina; les confió el aprieto atroz en que se hallaba; prometieron ellos su concurso y aún arreglar el lío si era posible y marcharon á buscar á los "hombres buenos" de Rocafuerte. El desafiado salió con ellos y le dejaron en casa de un celebérrimo maestro de armas—un polaco muy diestro en todo lo que con aquella suerte de lances se relaciona.

—"Démele Ud. unas cuantas lecciones de tiro á pistola, Mr. Kowsky," dijo Saravia. "Este chico se

bate mañana y creo que en su vida ha hecho un disparo, como no sea con escopeta, cazando palomas en la laguna de *Barbales*."

Cortina se quedó solo con Kowsky — un hombrazo colorado, mofletudo, de aspecto bondadoso y satisfecho — y estuvo tirando bajo su dirección hasta las siete de la noche, hora en que volvieron sus padrinos. Algunos disparos dió en el blanco, otros cerca de él y otros muy lejos.

— "Para ser la primera vez que Ud. tira," le dijo Kowsky, "no lo hace del todo mal. Recomiéndole sobre todo la serenidad, mucha serenidad en el terreno."

— "Si..... ¡en el terreno!....." contestó Nicomedes. Y siguió tirando maquinalmente, pareciéndole que se hallaba en un mundo distinto del que se usa de ordinario. La idea de que al día siguiente iba á batirse, le producía una sensación extraña, igual á la de aquél que estando en un punto sintiera todos sus actos y todas sus impresiones referidas á otro punto diametralmente distinto.

Cuando volvieron Saravia y Valle dijeron haberlo arreglado todo para el desafío.

— "Imposible conseguir un acomodamiento, una transacción honrosa," dijo Valle, atusándose su grueso mostacho rubio que tiraba á rojo — "Rocafuerte, al decir de sus amigos, está furioso, con apetito de beberse hasta la última gota de tu sangre."

— "Puras baladronadas, buen Cortina, interrumpió Saravia, mocetón robusto y colorado, casi imberbe — "Puras baladronadas: Nino es un hombre como cualquiera otro; y la prueba de que sus intentos no son

tan feroces como aquellos dicen, es que se ha arreglado el desafío en condiciones muy favorables : el combate será mañana á las siete, en la Reforma, en el campo donde piensan hacer el parque : un duelo á pistola : un solo disparo, á veinticinco pasos de distancia, después de tres señales...... "

Todo lo tenían previsto : las pistolas Kowsky las daría, de las mejores de sus panoplias ; el Doctor Noriega estaba ya comprometido á acompañarles con sus instrumentos. Por último — y esto era lo bueno — el *Diario de Centro América*, en su número de esa noche, daba la noticia del desafío, sin mentar personas por supuesto, pero con tales señas, que todos juraban quienes eran los espadachines.

Nicomedes oía todo aquello como si le hablaran pupuluca ; y á cada nuevo detalle, le daba un horrible calofrío...... Mas no había modo de volverse atrás : preciso hacer de tripas corazón, pena de pasar por menguado y por cobarde.

Luego dispusieron marcharse á comer á la fonda de que eran abonados. Encargaron *consommé*, ostras, pescado, macarrones, *Chianti*, puros...... Los padrinos comieron con devorador apetito : Nicomedes hizo esfuerzos sobrehumanos por tragar, pero los bocados se le detuvieron en la garganta, que casi le andaba obstruida. Desquitose con el Chianti y con mil fanfarronadas que soltaba por parecer valentón ; pero á ratos se quedaba con la vista fija, como sonámbulo, abstraído y estólido. Le hablaban y se extremecía, cual si de improviso despertara.

Vino bebió regularmente, por parecerle que lo necesitaba para cobrar ánimos y para detenerse cierto tem-

blequeo de piernas del que, desde que se hablara la primera palabra del desafío, empezó á sentir inequívocos barruntos. Se bebió tres botellas y se envalentonó, sintiéndose capaz de romperse con media docena de Rocafuertes y aún de embestir él solo con todas las rocas y con todos los fuertes que se le pusiesen delante.

Sus amigos le dejaron en la puerta de su casa; y al despedirse "hasta mañana á las seis y media," le hicieron doscientas mil recomendaciones, entre otras, que procurara dormir para tener sólido el pulso al siguiente día. El se los prometió.

Tan pronto como Nicomedes se vio en su casa, quiso quedarse solo para que ni su madre ni su hermana observaran lo agitado y lo nervioso que con aquel asunto se encontraba. Felizmente, las dos señoras andaban de visitas esa noche y Nicomedes se encerró en su cuarto, deseoso de reflexionar con tranquilidad y con calma.

¿Con que era verdad que al día siguiente se batía? ¿Con que era posible que dentro de veinticuatro horas él ya no existiera, si no había quitado la vida á otro hombre — extremos ambos igualmente terribles?

¿Y todo por qué, Dios santo?

¿Qué motivo había para que jugaran su existencia dos hombres que en lugar de aborrecerse eran amigos?

Decididamente aquello era idiota, soberanamente estúpido.

— "Pero, por otra parte," pensaba en voz alta: "¿qué más podía yo hacer sino aceptar ese duelo?"

Porque creía que, en rehusándolo, todos le señalarían con el dedo y echarían sobre él la losa inmensa del

desprecio público. Ya se figuraba oirse llamar cobarde y vil por todos lados, verse de todas partes expulsado, visto con lástima hasta por infelices infinitamente más cobardes que él, que con aquello osarían subírsele á las barbas. Ya se figuraba oir al de Rocafuerte promulgando por todas partes que él, Nicomedes, le tenía miedo : ya creía encontrar en la calle á su contendiente y verle reirse de él con risa burlona y aún preparar una escupida para encajarsela en pleno rostro...... ¡ No ! primero mil veces batirse, antes que perder la posición adquirida y caer para siempre en el ridículo.

Y hechas estas reflexiones, para convencerse, para encajarse en la cabeza la necesidad de aquel duelo, siempre sentía que algo físico, algo muy hondo — ¡ el miedo ! ¿ qué otra cosa sino el miedo ? -- rechazaba aquello y se burlaba de todos los prejuicios sociales y de todas las reflexiones.

¿ Y si Rocafuerte le mataba ? ¿ si la bala de aquel demonio de rostro de bandido feroz, le penetraba en el pecho y sin trámites le tendía cuan largo era en el suelo, con alguna sanguinolenta herida ? *¡ Re-contra-córcholis !* hasta la piel se le erizaba de sólo pensarlo.

Y Cortina, cuyos nervios estaban exaltadísimos, jugaba con los dientes como andaluza con un par de castañuelas, al verse con los ojos de la imaginación exánime en el campo de la Reforma. Oía el grito de sorpresa de sus amigos, el alarido triunfal de Rocafuerte..... Percibió la expresión despavorida de todos los circunstantes : los médicos catándole la honda herida, examinándole, haciendo constar la muerte horrible, fulminante. Ya columbraba el cadáver rígido, piadosamente recogido, llevado á su casa, tendido en la sala en medio

del llanto de su madre y de su hermana..... Y luego la autopsia, como quien sala un puerco: el entierro, con sus responsos y sus dobles, con la iglesia empavesada de negro, con el carro fúnebre seguido de su cauda de carruajes...... la tumba por fin, la tumba lúgubre y sombría, en la que habrían de sepultarle para que se lo comieran los gusanos, miserable despojo encerrado en la inmensidad infinita que encierran las paredes estrechas de un ataúd de lujo.

De veras se figuró entonces sentir la opresión de aquella estrecheza última y horrible y se incorporó queriendo pedir socorro, sintiendo asfixia, cual si ya estuviera enterrado. Para calmarse se echó al estómago una enorme copa de cognac dorado, á través del cual se miraba la lámpara con luz extraña, como de fuego fátuo.

Aquel duelo seguía pareciéndole monstruoso é idiota.

Y sus imaginaciones seguían llevándole á su guisa, como con la hojarasca leve juega el vientecillo de la tarde, presentándole nuevos aspectos, figuras nuevas de aquel hecho que necesariamente dentro de pocas horas habría de verificarse según se lo anunciaba el implacable reloj del que no desprendía la vista, contando con ansia los minutos.

Ahora ya no era él quien moría: era Nino Rocafuerte el que se desplomaba sobre las yerbas húmedas del parque con la horrible herida abierta: era ante el cadáver de su competidor donde se formaba el círculo de gente asustada por la catástrofe y era ante los restos de su enemigo donde los circunstantes lanzaban exclamaciones de angustia...... Pues esa hipótesis tampoco era buena, ni aceptable, ni consoladora. ¡ El — Nico-

medes Cortina — él, deudor de la vida de un hombre de quien era amigo, de un hombre que jamás le hiciera nada, de un hombre que no le odiaba y al cual no odiaba! Pero ¿por qué esa estupidez, divino Dios, por qué? Y le asaltaba la percepción de las consecuencias que aquella muerte habría de acarrearle: la fuga, inmediata y rápida si era posible; una existencia de bandido, siempre oculto, siempre á salto de mata, extremeciéndose al menor de los ruidos, perseguido por el espectro espantable del difunto. ¿Y si le capturaban? ¿Y si después venían el proceso, la prisión, el traje del presidiario, la penitenciaría para siempre? Acaso valía más morir que aceptar ese destino.

¡Oh, sus ilusiones de color de rosa, su porvenir risueño, su fortuna que iba en camino de ser tan grande, su novia, su querida, sus amores y sus placeres! Todo estaba en vísperas de acabarse, todo estaba á punto de disiparse, como se disipa la columna de humo que sale de la enhiesta chimenea y luego se funde con la atmósfera. Todo aquello, con lo que él había soñado, tras de lo cual había corrido, todo aquello que era su felicidad, que era su existencia misma, quizás habría dejado de ser dentro de pocas horas, cuando su cuerpo mísero estuviera en el campo, atravesado de una bala, ó cuando el destino le arrojara prófugo á playas extranjeras, con el estigma del criminal sobre la frente. Tanta juventud como la suya, tan espléndido horizonte como el que veía ante sus ojos... todo, disiparse... aniquilarse... destruirse... desplomarse como castillo de naipes. Y ¿por qué, de nuevo, por qué? En vano revivía su frasca con Nino, acordándose de los menores detalles, en busca de algo serio, de algo grave, de algo que se

saliera de los cauces comunes en que marchan esas querellas que surgen tan á menudo entre amigos, cuando hay de por medio copas y mujerzuelas. En vano lo reconstruía y lo registraba todo, con admirables precisiones de memoria: siempre venía á dar en que aquel duelo no tenía razón de ser, en que era mil veces estúpido, inmoral y salvaje.

Sintió que el miedo se le duplicaba; pero tornó á comprender que era imposible dejar de batirse. Al frente miraba el retrato de Hortensia Crispi, de su Hortensia, con su eterna expresión egoista de auto enamorada. Lloró al verla, pensando en todo lo que aquella mujer le representaba. El fotógrafo había procurado disimular la narigaza lo mejor que pudo y la chica no parecía tan fea. Y mirando aquella efigie, se preguntaba cómo tendría valor para parecer ante ella, ante su novia, si no se batía, tildado de cobarde, con el inmenso ridículo de no haber hecho lo que todo hombre de honor hace so pena de no serlo?

Sin saber por qué, se acordó de Sofía González, su antigua novia, con la que él se portara tan indignamente. Pase presentarse ante ella después de rehusar un duelo, "porque aquella me quería de veras *(viendo las cosas claras, merced al peligro en que creía encontrarse)* aquella era una santa que se fijó en mi, creyendo que juntos seríamos felices; que para amarme no se preguntaba si yo era rico, que más me hubiera amado mientras más pobre y más miserable fuera, que de fijo me hubiera socorrido en este lance de los infiernos." Pero humillarse de tal suerte en presencia de la Crispi, jamás por jamás.

Pero el miedo tornó á crecerle y entonces, por una

clarividencia propia de las grandes crisis nerviosas, Nicomedes sintió impulsos de renegar de las cosas que en aquel punto le tenían ; vio claro en su conciencia y en su vida y comprendió con mayor claridez cómo había equivocado el sendero y cómo el género de su conducta le traía necesariamente á los atrenzos en que se encontraba ; todo se lo reprochó en aquel involuntario examen íntimo : el no ser ya buen hijo como antes, cariñoso hermano como fuera : el haberse alejado del hogar en busca de quimeras y de placeres falsos, que llenaban de amargura á su familia ; el haberse conducido como un canalla con su excelente novia, con la digna joven que de verdad le amara, para correr tras un fantasma de amor, impuro porque no era sincero ; el haber dejado á sus amigos que le querían, para otorgar ese dulce título á compañeros de jarana, cuando no á moscardones, que venteaban en él sólo al ricacho explotable ; y hasta se reprochaba el olvido de sus honestos placeres de antes, de sus trabajos honrados, para correr detrás de oropeles y de relumbrones, detrás de los goces prohibidos y envilecedores, detrás de la vida que se compra al azar y no á la labor fecunda y digna. E hizo voto de reformarse, de tomar otra vía si Dios le daba permiso para escapar de aquel lance ; y aún se arrodilló (*él que no rezaba nunca*) y dijo un *credo* y una *salve*, pidiendo al Ser Supremo que le salvara la vida de aquel estrechísimo término.

Luego pensó orta vez : — " Mañana á estas horas quizás ya estaré muerto," y le acometió un espantoso desconsuelo, como si algo se le desgarrara por dentro, junto con gran necesidad de extenderse, de dilatarse y de moverse. Largo rato se paseó por su cuarto, con

andar precipitado, derramando lágrimas. Se confortó con un trago de *cognac* y dispuso despedirse del mundo, para el caso posible de su muerte.

La primera carta había de ser para Hortensia Crispi: una carta con odio, revelándola que no la amaba, declarándola que su amor había siempre sido de Sofía González: "Hortensia: cuando recibas esta carta, yo habré dejado de existir......" — Desgarró el pliego, por parecerle aquello muy cursi y empezó otra carta. Pensaba luego escribir á Sofía, pidiéndola perdón, implorando lágrimas y flores para su tumba: y no faltaría la epístola de Chico, en el mismo tenor, ni otra para su madre y su hermana, para que, por lo menos muerto, le absolvieran, comprendiendo que se había arrepentido. "Hortensia: yo he muerto...yo he muerto..." Nada: que ni la primera carta le salía. Y las ideas, que con tanta facilidad le brotaban en el cerebro, borrábansele al no más intentar traducirlas en aquellas cuartillas que ya miraba como su lápida mortuoria. Por último, instintivamente, paró por ponerse á dibujar monos, contemplando á la luz de la lámpara eléctrica, la botella de *cognac* casi vacía, cuyo licor se había trasladado al estómago de su dueño.

Se quedó dormido sobre la mesa con un sueño pesadísimo que no le permitió soñar cosa alguna; y así se estuvo, ni supo si minutos ó si horas, hasta que despertó con los ojos enrojecidos, la cabeza doliente, la boca pastosa, las piernas pesadas, con malestar en el cuerpo, del que se sentía brumado, cual si le hubiera pisoteado un ejército. Abrió la ventana y la claridad difusa del amanecer se metió por su cuarto, al tiempo que una ráfaga de aire frío le refrescaba el rostro.

"¡ Demonio!" se dijo: "hoy es el día..." Y al punto se puso á temblar como si estuviera atacado de cuartanas. De nuevo quiso gritar, pedir socorro, escribir una carta al director de policía, denunciándole el duelo para que lo impidiera — ¡ Que honor ni que niño muerto!

Se oyeron en la puerta de la calle dos fuertes golpes que en el pecho de Cortina tuvieron extraña resonancia. Comprendió que llegaba la hora; deshizo su cama para que se creyera que allí había pasado la noche; ocultó el *cognac* y se puso á lavarse con visible alivio. Para los temperamentos nerviosos, el peligro no es nada, comparado con la amenaza del peligro: *obrar* es el único remedio contra la tortura horrible de pensar.

Valle, Saravia y el Doctor Noriega entraron hasta el cuarto.

— "¿ Cómo has pasado la noche?"

— "¡ Excelente!"

— "¡ Bravo, eres un hombre!"

— "¡ Choca, chico!" *(tendiéndole la mano los dos padrinos.)*

Nicomedes seguía lavándose y daba diente con diente.

-- "Tiritas...... ¿ qué tienes?" dijo Saravia.

— "Nada: es el frío."

— "Si que le hace," dijo el Doctor Noriega.

Luego se echaron al coleto sendas copas de *cognac*, guardando el desayuno para más tarde. Después montaron en el coche.

— "¡ A la Reforma!" dijo Valle y, dirigiéndose á Cortina que por instinto había palidecido al ver la caja de armas de sus padrinos y la caja de instrumentos del médico:

—" Procura tener mucho valor, *viejito*."

Cortina cayó en profundo silencio, divagando, repitiéndose á cada instante en su cerebro, con la tenacidad de la obsesión, esa frase: " Procura tener mucho valor, *viejito*."

El coche saltaba sobre el empedrado anfractuoso de la calle: la mañana estaba fresca y el sol empezaba á caer sobre los techos húmedos del sereno de la pasada noche; apenas se miraba gente y la que se miraba, se sorprendía de ver un coche tan temprano; las casas dijérase que estaban dormidas —los cuatro hombres marchaban en silencio, resistiendo los fuertes movimientos del vehículo. Nicomedes pensaba:

—" Procura tener mucho valor, *viejito*."

El trasto llegó á la fuente de la "Libertad," pasó junto al Calvario, cuyas campanas llamaban á misa; orilló el *cielito*, cruzó por los talleres de Ayau y siguió con dirección á la penitenciaría. Los árboles estaban llenos de rocío matinal: en lo alto del fuerte de San José brillaba el sol de las mañanas de mayo; á un lado de la calzada pasó violento el ferrocarril *Decauville* arrojando un infierno por la chimenea de la locomotora, en viaje hacia "La Reforma." Los presos, vestidos de uniforme, barrían y regaban el frente de la prisión enorme y sombría. Dos ciclistas tempraneros, vestidos de *sweater* y calzón corto, adelantaron al carruaje, pedaleando con toda la fuerza de sus pantorrillas; el parque de la Federación se entrevió, con sus estatuas enanas y gordas, sus árboles y sus bambúes; el carruaje bajó una cuesta, se metió bajo el enorme viaducto de piedra sobre el cual pasaba zumbando el Ferrocarril del Sur. Y entre tanto todos callados; y

Nicomedes viendo aquello como cosa fantástica, como si las personas y el jardín, y los edificios y los árboles, no fueran sino las vistas de algún enorme cinematógrafo. Seguía ensimismado, divagando, repitiéndose : — "Procura tener mucho valor, *viejito*......" "Procura tener mucho valor, *viejito*." De allí no le sacaban.

Al pasar por las verdes llanuras del barrio de "La Exposición" — para el que Cortina soñara palacios en sus imaginaciones de negociante — el abrumador silencio de aquel fúnebre coche se rompió un punto y Valle quiso encender la conversación. Habló del teatro y de las cómicas, de la compañía de ópera que se aguardaba, de las coristas y de las bailarinas prometidas á la sensualidad de los jóvenes No obtuvo respuesta. Todos estaban serios y conmovidos, pensando en lo grave, que estaba próximo. Todos se preguntaban si no habrían de volver á la ciudad con un cadáver ó, por lo menos, con un herido. Y el coche dobló hacia la calzada del treinta de junio, en la mañana espléndida, bañado de frente por el sol que ya se levantaba sobre el Oriente; penetró en el *boulevard*, rodando rápido sobre las sendas enarenadas, entre los jardines que despedían perfumes y frescura, bajo los árboles en que los pájaros gorjeaban satisfechos; dejó atrás el monumento de García Granados, que elevaba su columna esbelta y elegante, con el tribuno en lo alto, en noble actitud y corrió hacia la Exposición. El término se acercaba : en la plaza Reyna Barrios se vieron un instante los toros de bronce, el ciervo y los jabalíes del mismo metal, empapados de fresco rocío. Frente á Villa Algeria, Saravia habló del grupo de estatuas que

allí se encontraban y las calificó de inmorales por estar desnudas. El, que era un calaverón incorregible y un pecador de primera fuerza, cuyas aventuras de ricazo desordenado todo el mundo conocía, afectaba por *pose* rígidos principios de moralidad en materias literarias y artísticas. — El desnudo en las estatuas le parecía sencillamente atentatorio á las buenas costumbres, censurable desde el punto de vista de la moral pública. Valle le hizo burla y le preguntó si su opinión respecto del desnudo era extensiva á las mujeres, á las chicas alegres sobre todo.

— "Distingamos," dijo Escipión Saravia. "En las meretrices, lo inmoral sería el vestido."

Todos se rieron, hasta Cortina, que no había oído una palabra y que seguía repitiéndose con martilleo insoportable la eterna canción suya: "Procura tener mucho valor, *viejito!*"

El Hospital Militar, con su verja de hierro y su torrecilla y "Santa Clara," se quedaron atrás, entre los árboles. El coche se detuvo junto á la estatua de Rufino Barrios, frente al suntuoso palacio de la Reforma. Bajaron del coche, penetraron á una cantina inmediata y *Parrinello* les sirvió amablemente todo el *whiskey* que quisieron. Después, vuelta á subir al coche, el cual cruzó hacia la derecha, junto al acueducto; pasaron por "La Aurora," por el instituto de Indígenas, cuya estatua de Fray Bartolomé de las Casas tenía un grajo en la venerable calva y llegaron al sitio convenido, al palenque donde Nino y Nicomedes tenían de batirse. El coche se apartó por orden recibida y los cuatro hombres, parados sobre la hierba húmeda, esperaron.

Hubo cinco minutos de ansiedad, al cabo de los cuales

Cortina empezó á sentir vislumbres de júbilo, pensando que Nino faltaría al duelo y que á él le cabría la doble satisfacción de salir de la aventura con honra y sin daño de barras. A los seis minutos apareció otro coche que paró á veinte varas de distancia. Cuatro hombres bajaron. Rocafuerte, con sus enormes bigotazos destacándose sobre la palidez extraordinaria de su rostro. Los otros eran Reynolds, Peralta y el Doctor Sánchez.

Los cuatro padrinos avanzaron ceremoniosamente.

Antes de marchar, Valle dijo á Cortina, que daba diente con diente:

— "Sé que eres muy valeroso, todo un hombre; pero le tengo horror á la efusión de sangre. ¿Me autorizas para arreglar *ésto* si se pudiere?

Nicomedes determinó á Valle con ojos que á la vez denunciaban gratitud y gozo. Sin embargo:

— "A menos de condiciones muy honrosas para mi...... En fin...... haz lo que te parezca."

Los cuatro padrinos conferenciaron. — "Caramba," dijo Reynolds. "Es lástima que estos muchachos se maten."

— "Lo mismo pienso yo," afirmó Valle.

— "Pero como según Uds. Rocafuerte está hecho una hidra y tiene ganas de beberse la sangre de Cortina......"

— "¡Quiá!" interrumpió Peralta. "Eso pensábamos ayer; pero ahora juzgo que Nino tiene tantos deseos de batirse como yo de volverme cafre."

— "Entonces ¡qué ca......nastos!" concluyó Saravia. — "Todo se arregla, porque pienso que el buen

Nicomedes es de las mismas doctrinas que el gran Rocafuerte."

Luego conferenciaron otro rato y cada par volvió hacia su ahijado.

— "Todo se arregla," dijo Valle.

— "¿Sin nada que perjudique á mi honra?"

— "¡Ya lo creo!"

— "¡Que honra ni que ocho cuartos!"

— "¡Vamos!"

— "Entonces, vamos," rugió Cortina, dando un suspiro que pareció devolverle la vida.

Y ya juntos los ocho, los padrinos peroraron como unos Cicerones. Lástima grande sería que dos chicos como ellos, dos bravos muchachos como Cortina y como Rocafuerte, se rompieran las almas por un quítame allá esas pajas. Nada: lo sucedido entre ambos no valía la pena de nuevas trifulcas. Todos, hasta los médicos, opinaban por la reconciliación, pensando que aquel era el mejor camino que podían tomar los acontecimientos.

Nicomedes y Nino vieron el cielo abierto y se crecieron, llenos de un valor que nunca sospecharon: se sentían capaces de poner en fuga á un ejército:

— "¡Yo me bato!" vociferó Cortina.

— "¡A muerte!" rugió Rocafuerte.

— "Aquí nadie se bate, *nom de Dieu!*" exclamó el Doctor Noriega, que la echaba de afrancesado.

— "¡Ea! Pelillos á la mar!" No sean Uds. tontos, gritaron Peralta y Escipión Saravia.

— "¡A abrazarse tocan!" chillaron Valle y Reynolds.

— "*¡Tableau!*" dijo el Doctor Sánchez, riendo á

carcajadas en el instante en que ambos paladines, después de muchas vacilaciones y de mil melindres, se abrazaron y quedaron tan amigos como antes.

Luego hubo palique y los dos guerreros charlaron. Reconocían que aquello de batirse era idiota; pero aún les salían pujos: "Vamos! No es que yo tuviera miedo! Yo te quiero mucho, viejo; pero con todo el dolor de mi corazón te hubiera metido una bala en el cráneo."

—"¿Pues, y yo?"

Los circunstantes declararon que ambos campeones eran unos héroes, comparables sólo á los hombres de Plutarco y levantaron una acta que para los dos resultaba igualmente honrosa. Se habían batido como leones, "con toda la energía y el coraje de la desesperación" *(redactó Peralta que era algo literato).* El estrecharse las manos vino después de dieciocho disparos, cuando los padrinos intervinieron, juzgando que "aquella lucha era ya homérica;" ellos no querían ceder; pero al fin flaquearon ante la súplica de los que querían evitar la efusión de sangre, etc., etc.

Después, á almorzar al Guarda Viejo, que bien ganado se lo tenían combatientes y médicos y padrinos. Los primeros marcharon en el mismo carruaje, tan satisfechos ambos y tan orondos, cual si en verdad fueran un par de valentones.

El almuerzo en el jardín del Guarda, resultó opíparo y repuso á todos de las fatigas pasadas.

Los periódicos, en términos velados, hablaron del desafío y ponderaron la ferocidad de los duelistas.

La opinión pública los diputó por dos grandes hombres,

Y ellos acabaron por creer que realmente se habían batido y tanto que esa noche, ya en el lecho, Nicomedes decía á Rosita Ríos:

—"Si Rocafuerte está vivo es por milagro. ¡Pobre chico! ¡Cuánto lo hubiera yo sentido!......"

VII

Tres meses pasaron. Y durante esos tres meses, Nicomedes, á quien el duelo había dejado altamente orgulloso y satisfecho de sí mismo, Nicomedes, que apenas disipado el peligro había vuelto con entusiasmos nuevos y con mayores energías á su vida de antes, Nicomedes, que llegó á estar de moda por sus audaces derroches, vio aumentar sus negocios, subir sus acciones y sus bonos, crecer sus esperanzas, irse su dinero con la facilidad con que le venía, en grandes gastos insensatos. En esos tres meses Cortina llegó al máximum de su locura; emprendió negociaciones atrevidas y funambulescas; jugó y bebió; gozó con mujeres; tuvo tres queridas para substituir á Rosita Ríos, que partiera con su *troupe* contratada para el El Salvador. En esos tres meses Cortina siguió cada vez más asiduo con Hortensia Crispi, verdaderamente encaprichado por ella, creyendo amarla, aúnque sin llegar á sentir el amor en el profundo sentido de la palabra, soportando sus desprecios, sus lunas y sus geniadas, de rodillas siempre, convertido en vil adulador de la adoración que ella abrigaba por si misma. Y pudo durante esos noventa días creer Nicomedes que sus sueños eran realidades, que verdaderamente había introducido un fuerte clavo de la rueda veleidosa de la fortuna; do quiera que metía mano, surgía el éxito, como para recompensar su audacia é invitarle á continuar en aquel camino; todo mostrábase risueño y próspero; y al par de su riqueza, Nicomedes veía crecer la riqueza

del Estado, con lo que se jurara que todo aquello era estable y positivo. Barruntos mirábanse por los expertos, de negras tempestades; síntomas de que aquella bonanza era pasajera; indicios que dictaban á los marinos prudentes el deber de ponerse en guardia. Pero Nicomedes y los optimistas de su jaez no se curaban de barruntos ni de indicios ni de síntomas y marchaban adelante, seguros del triunfo, incontenibles.

Y al fin de esos tres meses crujió por la primera vez el edificio de la fortuna de Cortina y sus sueños empezaron á disiparse al tener el primer choque con la realidad positiva é implacable, que al fin quería abrirse paso entre el laberinto de las ilusiones.

Los despachos de Mascarini habían seguido viniendo durante un mes, suministrando minuciosos informes acerca de la gran compañía de ópera en perspectiva, describiendo á las partes principales que resultaban estrellas del arte, poniendo por los cielos á la chica que el italiano eligiera para querida de su socio. Nicomedes había hecho publicar en todos los periódicos de la capital el "elenco" de la *troupe*, lleno de ditirámbicas ponderaciones. No se les quitaba un punto la impaciencia á Saravia, á Valle, á Reynolds, á todos los chicos de la camada, en espera de las artistas, á las que pensaban ir á encontrar hasta el Puerto de San José, para tener tiempo de buscarse sus aparceras. De pronto Mascarini anuncia el embarco: la ansiedad crece: las noticias — como es muy natural — quedan en suspenso...... Pasa un largo mes de espera; la compañía debe de estar en Panamá; casi se puede fijar el día de su llegada. Pasan quince días más y la compañía

no viene...... ¿habrá ocurrido algún accidente? El cable funciona y se dirigen despachos á todo el mundo, para averiguar lo positivo. Y pasan quince días más de alarmas y de inquietudes y Cortina casi se vuelve loco de incertidumbre. Hasta que por fin se supo la verdad amarga y desconsoladora. Mascarini no era sino un canalla, un bandido que bonitamente se había puesto en cobro con los cien mil francos de la subvención y al que seguramente jamás volvería á vérsele el rostro en Guatemala.

La furia de Nicomedes no conoció límites; fué inmensa y desesperada, como la de aquel que por más que busca no encuentra sobre qué descargarla. No le importaba tanto el ridículo en que el bribón del italiano le pusiera, cuanto la gorda responsabilidad por él contraida al constituirse en fiador de Mascarini. Vamos! que cuarenta mil pesos no eran moco de pavo; y perderlos cuando se piensa en ganar cien mil y haber de aprontarlos en pocos días, son materia más que suficiente para dar á todos los diablos al más flemático.

Y como todas las cosas tienen su término, al cual llegan tarde ó temprano, por este ó por aquel sendero, llegó el día en que Nicomedes fué apercibido para pagar la fianza; y allí de sus penas y de sus angustias, porque se hallaba sin un centavo en la faltriquera. Hizo sus cuentas y resultó que en los quince meses que llevaba de ser grande hombre y de darse "vida de príncipe," había gastado más de veinte mil pesos; principalmente en los últimos, en que el juego le produjera muy poco y en que había derrochado lo increible en sus escandalosas sergas de calaverón de buen

tono. ¡ Veinte mil y pico de pesos gastados, no en especulaciones ni en negocios, sino en disparates y en locuras! Veinte mil y pico de pesos "botados á la calle," como quien dice! Si ni él mismo lo creía! Sólo las cuentas de hoteles y de carruajes se llevaban cinco mil pesos! Rosita Ríos costó arriba de siete mil y era barata, baratísima: los ramos regalados á Hortensia valían mil..... aquel era un abismo sin fondo, un monstruo cuyas fauces pedían dinero, más dinero, siempre dinero. Era para gritar *¡ Nom de Dieu !* parodiando al Doctor Noriega.

Pero Nicomedes debía pagar, costara lo que costara. Iban en ello su honor y su vanidad.

—"¡ Bah! ¡ Cuarenta mil pesos no son nada para mi!" decía con afectada indiferencia á los que le hablaban de la estafita del "salado italiano." En resolución, él vendió cuanto papel tenía en las manos; convirtió en dinero, previo pago de su deuda, algunas de las acciones que tenía empeñadas, en las cuales no se ganó lo que pensaba; y, por último, se dió por muy satisfecho por haber conseguido los cuarenta mil pesos con una disminución del activo nominal suyo, por valor de treinta mil pelucones.

Aquello le dajaba flaco. ¡ Vaya si le dejaba flaco! Pero...... ya se repondría...... ¡ qué diablo! Para eso era joven é inteligente. Y la experiencia no se adquiere sino á fuerza de contratiempos. Había hasta para agradecerle la leccioncita al "salado hi de perra."

¡ La experiencia! La experiencia le hizo burla, viéndole seguir por los senderos de antes, más de impenitente calavera y de empecinado botarate que de pecador contrito y arrepentido. Creíase él tener edifi-

cada su fortuna sobre roca inconmovible y no sobre movediza arena y aquella admonición que debiera llamarle al orden pasó inadvertida, sin que se le ocurriera economizar un cuarto de sus ganancias para hacer frente á las eventualidades del futuro.

Puesto que su querida italiana — aquella hija de Nápoles, ni muy gorda ni muy flaca, pero muy ardiente, con la que él se relamiera de antemano — puesto que aquel *boccato di cardenale* ya no vendría, Nicomedes anduvo discurriendo si le estaría mejor buscarse una en el país ó pedirla al extranjero, como quien pide á Chile un potro ó un toro padre á California.

Sin llegar á resolver aquel grave problema se le pasaron otros tres meses, durante los cuales la plácida superficie de las cosas pareció seguir imperturbable. Pero al cabo de estos noventa días, como en memoria del sablazo Mascarinesco, los negocios de Nicomedes sufrieron nuevo golpe, más rudo que el anterior y, como el anterior, inesperado, imprevisto. Esta vez fueron cincuenta mil pesos, valor de dos fianzas que Nicomedes prestara á Patricio Escribá, negociante español que en la plaza era tenido por riquísimo, por colocado muy sólidamente sobre sus negocios. Este Escribá, hombre de gran fachada mercantil, que aparentaba millones merced á equilibrios funambulescos, de nadie á ciencia cierta explicados, había á su vez fiado á Cortina por cincuenta mil pesos. Lo que se llama una "obligación mancomunada," en el horrible lenguaje de la bolsa. Cien mil pesos con sus dos firmas: la mitad para cada uno. Y un día de tantos, un día de esos en que el diablo debe de gozarse á costa nuestra, ved que Escribá desaparece llevándose todo el dinero que tenía y se mar-

cha en derechura al Perú con ánimo sin duda de no volver jamás á Guatemala. Como cernícalos cayeron los acreedores — que los tenía muchos y gordos — sobre la tienda que dejaba en la calle principal de la ciudad. Hubo concurso, juntas, litigios, resmas de papel sellado y litros de tinta. Todo por cinco ó seis cajas vacías y por unos cuantos objetos desvencijados que no bastaron para pagar lo que el "maldito *chapetón*" adeudaba por alquileres á su casero. Y Cortina tuvo que pagar los cincuenta mil pesos de las fianzas, esta vez con grandes dificultades, "somatando" sus acciones á precios irrisorios, abriendo, para cubrir aquel crédito, nuevos créditos que le daban con gordos intereses. Comenzaron entonces las carreras, las angustias, las especulaciones indecentes y sucias para procurarse fondos á cualquier precio y no perderlo todo en aquel nuevo abismo; y el día en que Cortina pagó los cincuenta mil pesos de Escribá, pudo jurar que verdaderamente había sudado la gota gorda y que de veras aquella sangría le dejaba flaco y debilucho. Nada: que entre el "salado del tirolés" y el "hi de tantas del godo" — como el les llamaba — le habían comido un costado. No quería él fiarlo todo á sus grandes recursos extremos, á sus reservas últimas — el juego y la dote de Hortensia Crispi — con los cuales contaba sólo como con un postrer refugio, para el día en que lo perdiera todo — que ya lo iba viendo posible. Decíase que mientras tanto, era de su deber seguir en la brecha, procurar reponerse de aquellas pérdidas estúpidas. Y se puso á imaginar negociaciones aún más audaces que las anteriores, con la esperanza de que algún repentino cambio de la suerte le reembolsaría aquellos

noventa mil pesos que tan infamemente le robaran Escribá y Mascarini.

Durante un mes, la atmósfera pareció serena, los negocios reflorecieron, los valores disfrutaron de brusca alza, semejante á aquellas llamaradas vivísimas que expiden las velas exangües antes de apagarse para siempre.

Pero al cabo de ese mes y cuando ya Nicomedes empezaba á tranquilizarse, cayó sobre él — con la prontitud del rayo que cae y arrasa en segundos — otro golpe que le dejó maltrecho y casi inutilizado.

El "Banco Unico Financiero," el pomposísimo y retumbante "¡ Buf!" que ostentaba orgulloso su gran maquinaria, sus estatuas y sus mármoles; el "Buf" de las grandes cajas de hierro, del gerente áspero y ensimismado, de los billetes multicolores llenos de figuras artísticas; el bancazo aquel que parecía tan tieso, que se preciaba de proteger al comercio y á la agricultura, suspendió de repente sus pagos y produjo en los círculos mercantiles el efecto de una bomba de dinamita que estallara en la plácida superficie de un estanque.

Todo un largo proceso obscuro y subterráneo había venido á concluir en aquella bancarrota. Brotaron del fondo y se pusieron á la vista multitud de cosas mal olientes: cálculos disparatados, hechos con la mira de favorecer á personas especiales; complacencias que no se compadecían con los intereses comunes; operaciones insensatas y descabelladas; toda una administración demente y derrochadora, de la que nunca los socios se curaron, dándose por satisfechos con percibir cada mes opíparos dividendos, sin preguntarse jamás

cual era la marcha positiva del negocio. Cuando estalló la nueva, los accionistas se vieron en términos de volverse locos y pensaron hacer terrible escarmiento, cortar las cabezas al gerente y á los directores ó, por lo menos, suspenderlos del gaznate en sendos postes del alumbrado eléctrico. Hubo sesiones borrascosas, en las que aquellos que se quedaban sin pitanza aullaron como carreteros, pidiendo en el acto su dinero, levantando los puños amenazadores, sin fijarse en que les correspondía por su conducta pasiva y apática, buena parte en la responsabilidad de lo sucedido.

Por último, aquello se arregló como Dios quiso ; y el banco siguió marchando penosamente, apoplético de un lado, no moviendo sino una ala, arrastrándose como cuerpo sentenciado á desaparecer en breve, sujeto á intervenciones de gruesos acreedores extranjeros.

Natural y justísimo que con aquel crujido, las acciones del "Buf" bajaran á la cuarta parte de su valor nominal y que en muchas casas de comercio se produjeran graves complicaciones que casi las arrastraran al abismo de la quiebra. La enfermedad de aquel banco ejercía su influencia por medios simpáticos sobre todos los organos del comercio.

A Nicomedes Cortina se lo llevaron los demonios con el suceso. Como que los tres cuartos de sus acciones eran del "Buf" y como que en aquello perdía la insignificante suma de cincuenta mil duros, por lo menos, fuera de sus esperanzas. Entonces fue cuando se mesó los cabellos, lleno de arrepentimiento positivo, cuando se maldijo mil veces por no haber vendido á tiempo las acciones del malhadado banco; entonces cuando se increpó su falta de olfato y su necedad suma

que le habían impedido ventear la catástrofe que se aproximaba ; y entonces cuando consideró como tortas y pan pintado el robo de Mascarini y la fuga de Escribá, que se le figuraban cosa de poco momento al lado de aquella desventura que le desquilibraba, que abría profunda brecha en sus negocios y que para colmo de males perturbaba el mercado, sembraba la desconfianza y hacía que bajaran todos los valores !

Pero el desastre del *Financiero* no había sido otra cosa sino el primer chaparrón de la tormenta que venía preparándose y que nadie había querido observar, ciegos todos por el áspero apetito de gozar y de enriquecerse.

De repente bajó el café, único producto sólido de la agricultura — el café cuyas cosechas futuras empeñaron todos en su afán de conseguir dinero para sus lujos y sus especulaciones ; y la depreciación del fruto hizo que las fincas se vinieran al suelo, que los acreedores se echaran sobre los propietarios y que muchos ricos se convirtieran de la noche á la mañana en pordioseros.

Después hubo conatos de guerra con facciones en las fronteras : el país en armas ; los hombres dejando las cosechas para empuñar los fusiles fratricidas. Y entonces pareció desencadenarse sobre el país un huracán de destrucción y ruina que todo lo asolaba ; y entonces fue la *debacle*, la catástrofe espantosa y violenta, en la que empezaron á hundirse las fortunas hechas al modo de la de Cortina y aún las fortunas sólidas que aquellas arrastraban en su caída.

Vinieron las quiebras — algunas de ellas escandalosas que casi provocaron el linchamiento de los falli-

dos; vinieron las suspensiones de pagos y con ellas el pánico, la atrofia de los negocios por la prisa que ponía cada cual en recoger sus fondos para salvarlos del desastre. Y sonó para los deudores la hora terrible de pagar, de pagar inmediatamente y sin demora, no importaba á precio de cuales sacrificios.

Para Nicomedes la cuestión era sencillísima: sin ser dueño de nada: sin otro capital que esperanzas fundadas en todos sus papeles y en su alza continua que le permitiera pagar la enorme suma que debía y recoger bella cosecha, su dilema era muy neto: si sus valores subían, él pagaba sus deudas y quizás le quedara un saldo en su favor; pero si sus valores bajaban, era el caso de no tener con qué pagar ni sus deudas — la bancarrota sin apelación y sin remedio.

Y ante el amenazador fantasma de todos sus vencimientos inmediatos; y ante la seguridad casi infalible de que el valor de sus papeles — de sus malditos "papelotes," como ahora él era el primero en llamarlos — apenas daría para cubrir la mitad de su deuda; ante la suspensión general de sus entradas — los bancos ya no daban dividendos — y ante el crecimiento constante é incontenible de los intereses, Nicomedes tembló cual miserable caña, viendo el abismo cuyas fauces iban á tragarle sin demora.

Y en su lujosa oficina de banquero, de la que sin saberse por qué empezaban á huir los amigotes del gran mundo, Nicomedes recorría las hojas de sus libros — los bancos arruinados — las compañías constructoras en huelga — las empresas anónimas moribundas — los bonos sin valor alguno — y el pobre hombre lloraba, lloraba con lágrimas amargas, sabedor de que aquel

despacho de magnate era la tumba de sus ilusiones y de sus esperanzas — lloraba al sentir el frío y las angustias de la soledad y de la muerte que ya asomaban — lloraba, embrutecido por la derrota inevitable, por la cruel revancha del estúpido destino ciego, que sólo parecía haberle elevado para complacerse en derribarlo con tremendo y pavoroso estrépito.

¡ Oh ! sus libros, sus adorados libros, atestados de números, debidamente sellados y rubricados de Juez y de Escribano ; sus libros con los que soñara tantas veces en sus deliquios de apasionado de la fortuna ! En sus páginas de papel de lujo, en números rojos y negros, se destacaban los nombres de aquellos papeles infernales que le habían engañado. ¿ Qué valían ahora las acciones del B. U. F. medio arruinado, del " Fiduciario," que casi estaba náufrago, encallándose en escollos formidables, del " Territorial," cuyo gerente se fugara con la caja ? ¿ Qué las del " Judío " y las del " Suizo " y los otros fachendosos títulos ? ¿ Qué valían esos documentos, por los que un año y medio antes se ofrecía prima sin que estuvieran pagados ? ¡ Ay ! Eran hojas secas, hojas miserables caídas del árbol de los ensueños, pobres despojos que nadie quería ni regalados y que nominalmente se cotizaban á precios irrisorios !

Pues ¿ y las construcciones ? ¿ Y los tres barrios en perspectiva ? ¿ Y los inmigrantes que ya venían ? Oh ! y como se vino abajo aquella brillante idea de hacer de Guatemala el París de América, la gran ciudad cosmopolita con sus palacios y sus monumentos y todas sus grandezas !

Los cálculos sin duda estaban mal hechos y las compañías, al venirse abajo, habían abandonado sus

construcciones, que en las afueras de la capital envejecían invadidas ya de malezas y de alimañas.

Del desastre no se escapaba ni "La Industriosa," cuyos materiales, en lo sucesivo inútiles, verdegueaban cubriéndose de líquenes, en rimeros informes y cuyas chimeneas ya no despedían torrentes de humo negro y cuyos trabajadores en huelga se morían de hambre; ni tampoco la "Gran fábrica democrática de calzado," que fracasara ruidosamente en su empeño de monopolizar el negocio y que ahora yacía abandonada, hundida bajo el peso de sus gastos de instalación, amenazada de formidables procesos judiciales, viendo impávida cómo se levantaba sodre sus ruinas la nube inmensa de remendones y de zapateros chicos, apresurándose á hacer leña del árbol caído al embate de la tormenta; ni la "Carnicera guatemalteca," ni la "Tabacalera," ni la del "Palo de Campeche," que se bamboleaban furiosamente, amenazando desplomarse y tragarse á los accionistas y á los acreedores. Todas estaban heridas de muerte; todas caminaban hacia la irreparable ruina, todas, hasta la importadora de avestruces, que había gastado lo increíble, sin lograr traer á Guatemala uno sólo de aquellos interesantísimos bípedos del desierto.

Sólo Ercole Crispi parecía firme en medio de la general bancarrota; sólo él se mostraba inconmovible, como formidable roca á la que en vano embisten las olas agitadas por la borrasca. Sin duda que los desastres de las empresas en que él figuraba deberían de conmoverle; pero si conmoción hubo, nadie osó jurar que se la conociera. Sus trenes seguían cada vez más lujosos, su ostentación no bajaba un punto; él marchaba, con su eterna sonrisa, con plácida indiferencia,

viendo hundirse á los otros, sobrenadando siempre..... Y todos sostenían que guardaba inagotables reservas, pastas preciosas, tesoros enterrados en el fondo de algún escondite sólo de él conocido.

En otras columnas de sus libros, los créditos pasivos de Nicomedes, las deudas contraídas para girar con más amplitud en sus operaciones, engordaban diariamente, engendrado intereses, amenazantes, cargados de terribles calamidades que estallarían al venir los vencimientos próximos é implacables.

Y por más que el banquero ponía en prensa su fecunda imaginación y trataba de hallar la salida del conflicto, los números se le imponían con su seriedad austera, las puertas se le cerraban, los amigos, los colegas le huían, queriendo todos por prudencia replegarse al balcón para ser espectadores y no actores en la catástrofe. Nicomedes no conseguía dinero ni aún á cambio de su sangre, que gustoso la diera por conseguirlo. Cuando se resolvió á pedirlo á sus compañeros de calaveradas, á los que él diera el dulce título de amigos, halló tal frialdad en el primero con quien hablara, que hubo de declararle que todo aquello era en broma y que la situación suya, lejos de motivar empréstitos, era ahora más firme y más brillante que nunca.

Y entre tanto, los vencimientos aproximándose! No le quedaba sino un mes de respiro, durante el cual había de conservar á todo trance sus exteriores rumbosos, para que no le negaran hasta el saludo y para mantener abiertas las relaciones que á cualquier precio, aún al de los más graves sacrificios, le suministrarían acaso los fondos necesarios para salvar sus acciones,

para obtener un año de plazo que le permitiera esperar una nueva alza de los valores.

Apenas tenía para lo primero, para seguir durante dos ó tres meses su existencia aparatosa y elegante; pero para lo segundo, para pagar, para abonar algo á los créditos, para lo gordo, ni pensarlo siquiera. Y lo peor venía á ser que todas las puertas se le cerraban: diez, cien, mil, que en otras circunstancias le hubieran ayudado, se encontraban en el caso suyo, buscando como él la manera de salvarse del naufragio. La crisis había puesto de manifiesto multitud de escándalos estrepitosos. Personas á las que se diputaba por riquísimas resultaban perdularias y se demostraba que todo su espléndido aparato no era sino oropel y alquimia; otras tenidas por honorables quebraban con estruendo, después de haber puesto á buen recaudo sus bienes por medio de traspasos que apestaban á fraudulentos y dejaban en la calle muertas de hambre á gentes infelices, en tanto que otros tomaban las de Villadiego, llevándose cuanto podían...... ¿á quién podía ocurrir Cortina, si de sus compañeros de negocio no había uno sólo inmune contra aquella peste? Sólo Ercole Crispi, sólo aquel roble vigoroso que hacía burla de los bamboleos y de las tempestades, hubiera podido ayudarle; y sólo á Ercole no acudiría jamás Nicomedes, pareciéndole que debía morir antes que dejar que su futuro suegro conociera sus atrenzos y sus dificultades. Por el contrario, cuando visitaba la casa de Crispi — que era casi todas las noches, porque él se aferraba á aquella novia como á la única salvación posible — cuando iba allí de visita, ponía cara risueña y afectaba que sus negocios iban viento en popa, cual

si con ellos nada tuviera que ver la pésima situación ambiente.

Por fin llegaron los vencimientos y dieron con Nicomedes que no tenía fondos para hacerles frente. Desde que él se convenció de que no podría sortear la catástrofe, se entregó con nuevo furor á su insensata vida, cual si quisiera aturdirse y no ver el achuchón que encima se le venía. Fue entonces cuando estuvo más en boga, cuando más derroches hizo, cuando gastó más lujos, en su ansia de disimular su casi infalible ruina.

Pero ¡ qué terrible reverso el de su brillante medalla de hombre de dinero ! qué angustias y qué trances los que ocultaba como crímenes á los ojos de los extraños, para no verse en la picota del desprecio público ! Qué vueltas las suyas, venteando si algún cándido le daba fondos, qué pasos tan vergonzosos los que emprendía para procurarse algo con que amenguar siquiera la fuerza del golpe ! Y lo sentía venir por todas partes: le llegaban sus efluvios en el aire que respiraba, en las sonrisas de sus amigos que se creyeran burlonas, en las miradas de los indiferentes, de los transeúntes que — según la imaginación exaltada de Cortina — ya no tardarían en hacer befa de él y en gritar, señalándole con el dedo — "¡ al quebrado !" como se grita — "Al ladron !" ó "¡ Al asesino !" Cuando estaba solo consigo eran tan tristes sus pensamientos, tan tristes sus ideas, que se ponía en fuga, temeroso de aquellos instantes y se largaba en busca de compañía y de placeres que le aturdieran.

Y allí estaba tres días antes del más gordo de sus véncimientos, del que decidiría inapelablemente de su

destino — á menos que un milagro no le salvara. Cincuenta mil pesos, con prenda de acciones que valían nominalmente otro tanto, y por las cuales nadie daría veinte mil ahora.

Y entonces, ya al borde del abismo, sintiendo la atracción del vacío que se abría bajo sus plantas, le acometió ansia de luchar aún, de no rendirse sin combatir en sus últimas trincheras, de caer en plena batalla, con los ojos vueltos hacia la muerte y resolvió arriesgarse al juego en cuerpo y alma y apresurar su matrimonio con Hortensia Crispi. Si el juego no le salvaba, Ercole pagaría. Aquel era el único sendero que podría conducirlo á una solución; y ese sendero no cabía ni discutirlo. ¿Discute el náufrago la tabla que se le presenta como único refugio, cuando ya siente que el mar se lo traga irremisiblemente?

¡La suerte estaba echada y Cortina, al tomar esa resolución, estaba decidido á jugar el todo por el todo!

VIII

Era en la misma casuca sospechosa y de infectos exteriores — la casa de juego — que se exhibía vergonzante, disimulando bajo su techo los placeres y las impresiones de los sectarios del dado.

Los salones derramaban otra vez torrentes de luz eléctrica y de nuevo se miraban en ellos, servidos por el solícito empresario, los jugadores, los dominados del terrible vicio, apostando, corriendo la aleatoria probabilidad del caprichoso caer del cubito de marfil, triunfantes los unos, vencidos los otros, en aquella áspera lucha que el azar decidía asesorado de la trampa. De nuevo se escuchaba el ruido de los cubiletes, en los que los dados bailaban danzas diabólicas, chocando los unos con los otros, cual si dudaran del número que al caer sobre el tapete debían indicar. Y de nuevo había voces y alaridos de júbilo y juramentos; y rostros impasibles de aquellos que no dejaban traducir sus impresiones, cuya serenidad podía compararse á la de los cuadros inmutables que adornaban los salones del garito de moda.

En una de las piezas, Nicomedes Cortina jugaba, jugaba con la ansiedad nerviosa del que sabe que es su porvenir, que es su vida lo que está jugando. Aquel era para el quebrado banquero el día memorable y decisivo — el gran día. O salir de allí rehecho, con fuerzas para continuar en la brega, ó salir vencido, por completo derrotado, sin más esperanza que la de atrapar la dote de Hortensia, esperanza que dependía de

que el plazo para el matrimonio se acercara y de que las narices de Ercole perdieran su olfato sutilísimo y no le dejaran ventear la pésima situación de sus negocios. Y Cortina, con los ojos medio salidos de sus órbitas, con el aliento entrecortado é intermitente, con las sienes sudorosas latiéndole rápidas, con todas las señales de la ansiedad y de la angustia, seguía los azares del juego, queriendo leer el porvenir, augurar el éxito, como el delincuente quiere leer la sentencia en los ojos y la expresión del que le juzga.

Tres mil pesos — lo único que á costa de grandes esfuerzos había logrado reunir — tres mil pesos, llevaba consigo Nicomedes para librar aquella última batalla: y los mazos de billetes verdegueaban — porque eran billetes verdes — con su verdor claro, sobre el verde fundido y obscuro del tapete en que estaban en confusión y desorden colocados.

Habíase empeñado la partida sobre una hora antes; y la suerte andaba desdeñosa y esquiva, como si de veras dudara por quién de los dos contendientes debería decidirse.

Luego saltó y se hizo enteramente favorable á Cortina. Dijérase que la febril mano del banquero hipnotizaba á los dados y los hacía caer en la posición que á el le convenía. Cada nueva operación del cubilete significaba un nuevo triunfo para el joven, que veía caer sonriente los cubitos blancos con sus puntos negros, portadores de la suerte. Y cada vez que el otro le pagaba con estoicismo austero, con serenidad impecable, cual si aquello no saliera de su bolsa, los ojos de Nicomedes brillaban resplandecientes de placer y de codicia y la esperanza le iba volviendo y el júbilo tor-

naba á ocupar poco á poco el puesto de las pasadas inquietudes.

¡ Si fuera, pues, verdad, que había sido felicísima inspiración la suya al abrigar aún confianza en la suerte ! ¡ Si la fortuna, la caprichosa fortuna que se complace en jugar con nosotros, ocultándonos sus designios, si la fortuna le hubiera hecho descender, le hubiera perseguido, sólo con el fin de proporcionarle la más famosa de las revanchas ! Apenas se atrevía á pensarlo, no fuera á ser que aquello resultara un goce falso, un alegrón sin fundamento, una ilusión casi al mismo tiempo de concebirse desvanecida. Pero ¡ qué ventura, qué felicidad tan grandes, si á aquello se le antojaba resultar cierto, si de veras salía rehecho y ganancioso !

Eso significaría la disolución de aquella pesadilla, la vuelta al campo de los negocios — esta vez con más prudencia y con más tino ; la reconquista de los placeres y de la alta posición que ya se le escapaban, la seguridad de obtener la mano de Hortensia y, con ella, los millones del viejo y respetable Crispi, su amado suegro futuro, y con los millones de Crispi el indiscutible dominio de la tierra..... Y luego, qué golpe para los que le miraban ya como quebrado y empezaban á huir de él cual si tuviera la peste ; qué sorpresa para sus acreedores, al sonar la hora terrible de los vencimientos próximos, qué pasmo el de los perros usureros, cuando se encontraran conque él, pujante y rico, les cubría sus créditos, peso sobre peso ! Si, en verdad, tal ilusión era muy bella, muy dulce para que pudiera realizarse !

Pero los dados decían que si ; los dados probaban que aquella ilusión podía convertirse en hecho posi-

tivo; los dados que, en sus vueltas inconscientes, seguían acordándole el triunfo. Ya Cortina había ganado diez mil pesos y no llevaba sino tres horas de bureo. Ya su contendiente, agotados los fondos con que le pagara mudo é impasible, había debido apelar al recurso de firmarle vales — ¡ oh, vales magníficos, oro en polvo, porque ése era no sólo un jugador de talla, sino un personaje de gran fuste, cuya riqueza y honorabilidad nadie sería osado á poner en duda!

Pero aquello no valía nada, no era más que el principio de la revancha. Diez mil pesos ¡ bah! apenas era la quinta parte de lo que urgentemente y en el acto necesitaba ganar Nicomedes, la quinta parte de lo que ganaría sin genero de duda, á no engañarle sus presentimientos y siempre que no le volviera las espaldas la suerte, hasta ahora tan complaciente como recién casada en plena luna de miel.

Y dos horas después, Nicomedes había ganado veinte mil pesos; y al llegar á ese punto del combate, las cosas habían parecido detenerse, la suerte dijérase que quiso reflexionar y la gran batalla de golpes certeros y contundentes, se tornó en una serie de escaramuzas, inútiles, estériles, en las cuales ya ganaba el uno, ya ganaba el otro, sin que el éxito pudiera presumirse.

Era la calma que precede á las grandes conmociones. Aquella brusca interrupción en su marcha triunfal, hizo temblar á Nicomedes Cortina; hizo que el encanto se rompiera, que su seguridad y sus energías trepidaran: fue como el descanso repentino en la empinada cuesta, en el que el viajero determina el trabajo hecho para ascender penosamente y mide el que le fatla por hacer

y descubre los peligros que le aguardan, los precipicios, los abismos, los pasos inseguros, que acaso detendrán largo tiempo su marcha, cuando no le hagan rodar sin remedio hasta el fondo del barranco. Era el instante en que los ejércitos beligerantes se recogen y se reconcentran, para poder preparar los golpes decisivos é irreparables.

Y después de aquel descanso momentáneo, el duelo siguió su curso — esta vez con terrible resultado para Cortina. La fortuna había huido, cansada de favorecerle, para pasarse con armas y bagajes al enemigo. En pocos golpes, Nicomedes perdió la mitad de sus ganancias; y entonces tornaron sus sienes á latirle precipitadamente y á bañársele en sudor y sus ojos tornaron á tomar proporciones desmesuradas, cual si otra vez quisieran salírsele de sus órbitas; y sus manos temblorosas, al agitar el cubilete, parecían locas, insurrectas á la voluntad, incapaces de ejecutar los movimientos del juego, inhábiles para comunicar al dado el fluido poderoso, hipnotizante, que viola y sujeta á la fortuna El pobre hombre veía otra vez abiertas, negras y horribles, las fauces del antro, del abismo, que había de tragarle — y allá en el fondo, en la sombra fulminaban rayos los ojos de la bestia — ¡ la miseria ! ¡ Oh sueños de fortuna, disipados en un instante, oh deseos de gozar, para siempre borrados del libro de lo posible, oh porvenir, grandeza, amor convertidos en humo !......

La partida continuaba feroz, ardiente, implacable — entrecortada por momentos de tregua, para verificar las decisiones del dado, ritmada por la respiración anhelante de los dos hombres, por la música macabra

que los cubos blancos hacían al chocar los unos con los otros, al caer sobre el tapete inflexibles, irresponsables. Y la fortuna se encarnizaba, se volvía sanguinaria en su persecución contra Nicomedes. Ya no era la mitad de las ganancias lo perdido: eran todas las ganacias las que se le habían disipado, las que se iban sin remedio, acaso para no volver nunca. Y el jugador, insensato ya, demente, no tenía sino una noción, un instinto incontrastables; jugar más, seguir jugando, jugar siempre, mientras se columbrara la más leve esperanza de victoria. Pero la serenidad y el aplomo ya no eran suyos; temblaba más y se extremecía más que el cubilete, cuya nerviosidad parecía habérsele transmitido; la fuerza moral indispensable para imponerse á la suerte, para sujetarla y violentarla, ni la conocía en aquel instante.

Cuando no tuvo otra vez sino los tres mil pesos con que llegara, la suerte se detuvo de nuevo y tornó á mostrarse indecisa y coqueta, como si quisiera reflexionar con mas despacio, antes de irse resueltamente en brazos de alguno de los dos rivales. Nicomedes y su contrario aprovecharon aquella tregua para mirarse y para medirse; y, con ser amigos, se determinaron con odio, dominados ambos del diabólico espíritu que parecía presidir en aquella áspera lucha; burlón el uno, con burla casi imperceptible pero sangrienta en los ojos, rabioso el otro, á punto de echar espumarajos por la boca, despierta en ambos la bestia, la pasión brutal é indomable, que en aquella ocasión les dominaba por completo.

El combate siguió, después de aquella tregua, implacablemente adverso para Cortina. Golpe tras golpe,

perdió los tres mil pesos de que se aperara para penetrar en la casa de juego y se halló sin un centavo.

— "No hay cuidado, amigo mío," le dijo su inflexible compañero, mirándole con ojos que tenían algo de los ojos malditos de Mefistófeles. — "No hay cuidado: Ud. tiene crédito bastante con este servidor suyo, Ud. que es hombre de honor. Y no puedo dejarle sin el desquite......"

¡Era verdad! Faltaba aún el desquite, el terrible desquite, la boa que fascina á la avecilla incauta hasta hacerla caer hipnótica del árbol hojoso en que antes gorjeara dulcemente; el abismo que se abre más y más profundo para que salir de él sea imposible. La lucha desesperada en la que mientras más se brega más se enmaraña la red sutilísima que os envuelve — el desquite! Nicomedes firmaría vales que su honor le obligaría á hacer efectivos al día siguiente. Y de aquella última rama frágil y leve, de aquel hierro ardiente, se agarró el insensato, formando quimeras, esperando lo extraordinario, milagros, absurdos, imposibles. ¿Quién sabía si después de haberse hundido hasta donde estaba, no iba á verse de repente levantado, recuperando lo suyo, ganando fuerzas, rehaciendo su fortuna? Tan cierto es que hay en el hombre algo último que se subleva siempre contra los fallos inapelables del destino, que quiere luchar siempre y lucha y le hace esperar, aún en las puertas de la muerte. Y el hombre siguió jugando, con gestos de autómata, con fiebre, con delirio; y la implacable divinidad ciega le ministraba instante por instante tremendos golpes. No había remedio: contra las ilusiones y las quimeras estaban los hechos, cada vez más tristes y dolorosos. Al

cabo de una hora debía diez mil pesos, dos horas después treinta mil ; y al amanecer, su deuda montaba á sesenta mil...... ¡ sesenta mil pesos, para pagarlos dentro de veinticuatro horas, él, que no tenía un centavo ! Aquello era la deshonra, la picota infamante, la muerte civil irremediable, á menos que Crispi le salvara, á menos de un milagro !

Cuando se levantó de la mesa aleatoria parecía un cerdo á quien se le hubiera dado fuerte golpe de maza en el colodrillo, tal estaba de embrutecido, de idiota, de insensible — con la vista fija, fuera de este mundo. Su cerebro era un hacinamiento de ideas confusas y extraviadas, un mar revuelto y absurdo, en el que á veces sobrenadaba el apetito de lanzarse sobre su compañero y devorarlo — apetito que no pasaba de relámpago que le atravesaba rápido la mente enferma.

Cuando salió de la casa se halló con la mañana — una mañana encantadora y risueña, de intento para hacerle burla. ¡ Vamos, si aquel sol que apuntaba tras las azules montañas entre abigarrados copos de oro y blanco, si aquel cielo purísimo, si aquel ambiente fresco, que eran la salud la vida y la esperanza ¿ qué otra cosa hacían sino burlarse de él, que llevaba la muerte en el alma ? Por las calles semi-desiertas y casi dormidas apenas se miraban beatas madrugadoras que iban á la misa de las cinco y media, llamada por el repique sonoro de los campanarios : policiales que se pasmaban de ver la faz de loco que se traía Nicomedes : criadas que iban en busca del desayuno y vacas que marchaban al establo sonando melancólicamente sus esquilas. El vencido caminaba de veras como beodo, dándose con las paredes como aquellos coleópteros que se

deslumbran y entontecen con los fulgores de la luz eléctrica. Anduvo, anduvo...... ¿Años? ¿Segundos? Nunca lo supo, ni se dió razón de sus actos, hasta que la puerta de su casa, á la que le había llevado el instinto, le volvió á la realidad de las cosas.

Se metió en la querencia. — Sentía la cabeza enormemente pesada — quintales, toneladas de cabeza. Ni pensamientos ni discursos se le venían, hecho bestia por lo rudo del golpe, á modo de los que son heridos y al principio nada sienten y ya tiene el alma en la dentadura.

Entró á su cuarto, tambaleándose: dió con la cama; se desnudó rápido y se durmió con inmovilidad y pesadez de piedra. Ni un mal sueño le turbó el reposo del que bien necesitaba. Seis horas después, todavía se estaba en la misma posición. Luego despertó...... Y le entregaron una carta que poco antes de las nueve llevara el correo y la cual decía textualmente:

"Guatemala, tantos.

"Estimado amigo: — De acuerdo con mi hija Hor-
"tensia — y sin que ésto afecte en nada las buenas
"relaciones que yo quiero siempre cultivar con Ud. —
"le suplico encarecidamente que se abstenga de visi-
"tar *la mia* casa. — Soy de Ud. afectísimo servidor y
"amigo,

"ERCOLE CRISPI."

Nada: el tiro de gracia que le cayó como si un repentino terremoto desplomara sobre su cabeza el techo de la casa, las torres de la Catedral, el Volcán de Agua... Aquel último golpe de la suerte le dejó lelo...

"Estimado amigo..... *la mia casa*..... Hortensia..... Ercole..... buenas relaciones..... *¡ re-contra-córcholis !* ..... aquello era la *debacle*, el derrumbamiento final, sonoro y tremendo, de todas sus ilusiones, de todos sus sueños, de su vida entera.

Pero inmediatamente, sin darse el tiempo necesario para reflexionar, sin recordar un punto sus pérdidas al juego, su terrible deuda de honor, que debía pagar ese mismo día, Nicomedes sintió la necesidad de obrar, de hacer algo, de reaccionar contra aquella nueva calamidad que encima se le venía.

Y después de tomar ligera colación, casi en ayunas, Nicomedes salió rápido de su casa y voló á la de Crispi, por instinto, sin saber lo que hacía, sin darse cuenta de lo que quería, en su afán de desahogarse, de arrancarse del cuello la soga, de apelar de aquel fallo que le condenaba, de no aceptar la completa destrucción de su destino sin tentar otra vez la lucha y el combate.

Nicomedes llegó á donde Crispi, y por fortuna — tal lo pensó él — le halló solo.

La recepción que le hizo el obeso italiano fue fría y ceremoniosa ; y cuando el joven hubo expuesto lo que allí le llevaba — el deseo de saber siquiera por qué se le rechazaba de esa suerte, por qué se ponía fin de modo tan brusco á una cosa consentida y arreglada, el otro, con su sonrisa astuta y su faz beata, falsamente compungida, le declaró la verdad.

— "Yo esperaba que mi carta, por lo terminante, le quitaría á Ud. la idea de venir á *provocare* una *explicacione* que no puede si no ser desagrable para Ud. lo mismo que para mi, puesto que los dos somos personas *distintas (el maldito quería decir " distinguidas ;" pero*

á Nicomedes le sonó muy mal y le llegó al alma lo de distintas). Para Ud., porque *(dulcificándose)* oirá cosas que yo quisiera no haberle dicho nunca, *veramente;* para mi, porque me veré precisado á decirselas."

Nunca había estado Críspi tan lleno de italianismos, lo que tal vez demostraba que el caso le dolía. Con todo, él soltó una parrafada, por vía de preliminares, ponderando la gran estimación que siempre le tuviera; recordándole que él se había empeñado en favorecer *il suo amore*, en ayudarle en sus negocios, en abrirle los caminos. Pero aquello se hacía en el concepto de que Nicomedes pudiera casarse, sostener una posición, mantener dignamente á la familia que fundara. Nada más contrario á sus deseos y á su modo de ser, que los amores eternos, esos amores que nunca acaban y en los cuales el hombre y la mujer se gastan en besuqueos estériles y á lo mejor el hombre se fastidia y da la vuelta y se larga con la música á otra parte, dejando á la mujer perfectamente plantada. Y aquello tendría naturalmente que suceder en el caso de Nicomedes.

—"Porque yo no ignoro — ¿qué lo he de *ignorare* si es público en Guatemala? — que Ud. se encuentra en una situación *lamentábile*, que lo ha *perduto tuto*, que anoche mismo perdió al juego, por tratar de rehacerse, una suma considerable que no podrá pagar de ningún modo?"

—"¿Y Hortensia?" se aventuró á preguntar el sandio de Nicomedes.

—"*Ma* Hortensia piensa como su padre! *Ma* ella no se puede casar con un quebrado!"

Naturalmente, desde que Nicomedes era pobre, desde

que estaba en ruinas, ya no existía, se le rayaba para siempre.

Cortina quizo conmover á Crispi, excitar su piedad. Sacáralo él, sacáralo de sus apuros — si, eran ciertos y la deuda del juego también, no lo negaba — levantáralo en fin ; y ambos trabajarían y todo se repondría. ¿ Qué era aquello para el millonario Crispi ?

— " ¡ Pero insensato ! " gritó el italiano en español perfecto. " ¡ Me obliga Ud. á revelarle un secreto, que ¡ ay de Ud. si no le guarda ! ¿ Ve Ud. mi posición, mis palacios, mis caballos, mis carruajes ? ¿ Me ve Ud., rey de la banca y príncipe de las finanzas, inconmovible en mis negocios ? Pues sépase que estoy tan quebrado como Ud., que todo esto es humo, que mis negocios son hoy día la tela de Penélope...... sólo que yo soy más hábil y más fuerte que Ud. !...... Y basta ! "

Con aquello terminó la conferencia ; y Nicomedes, antes de rendirse, quiso tentar un último recurso desesperado y escribió á Hortensia una carta. Se la devolvieron sin abrirla.

Entonces el horizonte se cerró y el cielo se desplomó sobre su cabeza y Nicomedes se vio aplastado, aniquilado para siempre......

Comenzaba la tarde y el sol descendía hacia al ocaso, próximo á ocultarse tras las colinas que por ese rumbo cierran el valle de Guatemala. Nicomedes comenzó á andar con el corazón convertido en tumba. ¡ La tumba de sus ilusiones que era tambien el patíbulo de su porvenir ! Entonces vio claro, entonces se arrepintió, echando de menos á Chico Fernández y á Sofía González y á su ruda vida de antes, de bravo trabajador á quien cada bocado costaba una gota de honroso

sudor. Mas parecíale que era muy tarde para tornar á empezar. Sofía se respetaba y no volvería á aceptarle. Chico estaba profundamente herido y le miraría con desprecio. Y luego él — Nicomedes — ya no era el mismo, ya había perdido la costumbre del trabajo, ya tenía el paladar hecho al sabor picante de los placeres, ya no se resignaría á ser el modesto agente comisionista de antes. Y después, la deuda del juego! ¿Cómo hacer para pagarla cuando no tenía ni un centavo? ¿Y cómo no pagarla, cuando la falta en el pago de semejantes deudas quiere decir ignominia y muerte? Nada: que no tenía abierto otro sendero sino el de perder en lo absoluto la vergüenza y vivir siempre á salto de mata, defendiéndose de acreedores, engañándoles, haciendo engrosar su propio cutis hasta que se convirtiera en vaqueta.

Y andando, andando, llegó al cerro del Carmen, que en la bella tarde de verano se encontraba desierto, ostentando su desnudez requemada por el sol ardiente de los trópicos.

Nicomedes Cortina ascendió la suave pendiente y vio extenderse á sus pies la ciudad, la charca, cuyos techos doraban los últimos reflejos del sol que se ponía. En el océano ocre de los tejados resaltaban como islotes las torres y las cúpulas de las iglesias: el Carmen y Santa Teresa blancos, San Francisco negro, la Merced y Santo Domingo pardos, la Catedral horriblemente amarilla, cual si estuviera tomada de ictericia: más allá, el fuerte de San José, los volcanes esfumados en lontananza, los edificios de la Exposición..... todo hundiéndose poco á poco en la sombra.

Y Nicomedes hablaba solo.

" ...... Pues...... ésto se acabó...... ¡ qué farsa tan estúpida, la vida !...... Sofía, Fernández, mi madre...... esos eran la verdad, que yo desconocí en mi insensatez ridícula...... ; grandezas...... porvenir, palacios, Guatemala convertida en Paris, puro humo, leve humo más insignificante que el de esa chimenea que aquí descubro.....; Hortensia Crispi, Rosita Ríos..... qué tiña !..... La sociedad que bulle en multitud hambrienta de goces, luchando con todas sus armas por la vida, preparando los golpes del mañana...... ¡ qué asco !...... "

Y con una sonrisa de infinito desprecio, Nicomedes abarcó por última vez toda la charca.

— "..... ¿ Qué sucederá luego ? " pensó, amartillando su revólver...... " Nada. El estallido pondrá en fuga á esos grajos que ya descabezan el primer sueño en el árbol vecino y que mañana vendrán á picotearme ; habrá uno menos ; y mientras mi cadáver esté caido en el suelo, como caerá toda la generación presente, mientras yo, tranquilo yazga bajo la luz de las estrellas que ya asoman en la eternidad transparente y diáfana, el mundo, la eterna humareda, seguirá su marcha...... "

Sonó el disparo,

Desplomose : muerto.

Antigua, Diciembre de 1899.
Guatemala, Marzo–Abril, de 1900.

